IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EL TRÍO de la DAMA NEGRA

SAINT • MALO

1870

Verano de 1870. Sherlock Holmes, Arsène Lupin e Irene Adler se conocen en Saint-Malo. Los tres deberían estar disfrutando de sus vacaciones, pero el destino les ha reservado algo distinto. En efecto, los chicos se ven envueltos en un torbellino criminal: roban un collar de diamantes sin dejar rastro, en la playa es encontrado un hombre sin vida y una oscura silueta aparece y desaparece sobre los tejados de la ciudad. La policía anda a tientas y les tocará a otros resolver el caso…

Irene Adler

El trío de la Dama Negra

Sherlock, Lupin y yo - 1

ePub r1.1

Titivillus 14.09.2020

Título original: *Il trio della Dama Nera*
Irene Adler, 2011
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El trío de la dama negra

Capítulo 1. Tres amigos

Capítulo 2. El arte de la fuga

Capítulo 3. La casa Ashcroft

Capítulo 4. ¿Tú sabes jugar?

Capítulo 5. Naufragio

Capítulo 6. La playa del miedo

Capítulo 7. Un armario parlante

Capítulo 8. Una visita insólita

Capítulo 9. Los secretos de un forastero

Capítulo 10. Hôtel de la Paix

Capítulo 11. Voces en la noche

Capítulo 12. La dama negra

Capítulo 13. Hôtel des Artistes

Capítulo 14. Un día muy movido

Capítulo 15. Un mensaje

Capítulo 16. El señor Théophraste

Capítulo 17. O todos o ninguno

Capítulo 18. Paseo nocturno

Capítulo 19. Más allá de la oscuridad

Capítulo 20. Un club de caballeros

Capítulo 21. Acróbatas bajo la luna
Capítulo 22. Rue des Mézières número 6
Capítulo 23. En París
Capítulo 24. El hombre de los muchos nombres
Capítulo 25. Tres amigas
Capítulo 26. Una historia desafortunada
Capítulo 27. El último misterio

Capítulo 1

TRES AMIGOS

Creo que nadie me llamará mentirosa si digo que fui la primera y única amiga de Sherlock Holmes, el famoso investigador. Cuando nos conocimos, sin embargo, él todavía no era investigador, y mucho menos famoso. Yo tenía doce años y él era poco mayor que yo.

Era verano. Julio, para ser exactos. El 6 de julio.

Aún recuerdo perfectamente el momento en que lo vi por primera vez. Estaba sentado en el ángulo que formaban las paredes de piedra de un baluarte, en lo más alto de la muralla, con la espalda apoyada en la hiedra. Por detrás de él solo había mar, una superficie oscura y agitada. Y estaban las gaviotas, que volaban en el cielo trazando lentas espirales.

Mi amigo apoyaba la barbilla en las rodillas juntas y estaba

absorto, con cara casi de enfado, en el libro que leía, como si de aquella lectura dependiese algo importantísimo para el mundo entero.

No creo que se hubiese dado cuenta de mi presencia ni que nunca nos hubiésemos conocido si a mí no me hubiera picado la curiosidad tanta, y tan furiosa, concentración y no hubiera ido a molestarlo.

Puesto que yo acababa de llegar a Saint-Malo, le pregunté si él, en cambio, vivía allí.

—No —me contestó sin despegar los ojos del libro siquiera—. Vivo en la rue Saint-Saveur número 49.

«¡Vaya sentido del humor! —pensé. ¡Por supuesto que no vivía allí, en un baluarte cortado a pico sobre el mar! De todos modos, dije para mí—: *Touchée*».

Y supe que entre nosotros había empezado un desafío.

Yo era forastera. Acababa de llegar a Saint-Malo tras un larguísimo viaje en coche de caballos desde París. Estábamos de vacaciones, y la idea de pasarlas enteras en Saint-Malo había sido de mi madre.

Yo no estaba contenta, ¡estaba entusiasmada! Hasta entonces había visto el mar pocas veces: en las escasas ocasiones en que había acompañado a mi padre a Calais, donde se había embarcado para Inglaterra, y una vez en San Remo, Italia. Decían que era demasiado pequeña para recordarlo, pero sí que me acordaba de aquel mar. De verdad que me acordaba.

Tener que pasar todo el verano de 1870 en una localidad de veraneo a orillas del mar me había parecido, pues, magnífico. E iba a seguir el consejo de mi padre, que siempre decía: «Quedaos un poco más, si queréis. ¡No tenéis ninguna obligación de volver a París!». Pero lo cierto es que mi madre prefería vivir en la gran ciudad. Y que yo, después del verano, debía volver al colegio… Pero no tras aquel verano precisamente. El verano que cambió totalmente mi vida. Totalmente.

El viaje había sido horrible. La culpa, desde luego, no había sido del carruaje, que mi padre había alquilado sin reparar en gastos, como por lo demás hacía siempre cuando se trataba de nuestro bienestar, mío o de mi madre. Era un carruaje digno de un rey: cuatro caballos negros, cochero con sombrero de copa y asientos cubiertos de cojines de seda china.

Pero las seis horas de viaje bajo la atenta mirada de mi madre y del señor Nelson se me habían hecho realmente eternas.

El señor Nelson, Horace, era el mayordomo de color de los Adler. Era muy alto y taciturno, y estaba muy preocupado por todo lo que yo pudiera hacer. La mayor parte de la servidumbre de casa había viajado la semana anterior para preparar la que sería nuestra residencia durante las vacaciones; el señor Nelson había sido el único en quedarse con nosotras.

No me quitaba los ojos de encima. Y siempre que podía, me decía: «Tal vez no sea conveniente, señorita Irene».

«Tal vez no sea conveniente». Siempre me decía eso.

Puede que aquel fuera el motivo por el que, en la primera ocasión, me escabullí y subí por el ventoso camino que llevaba a las fortificaciones de Saint-Malo.

Nuestra casa para las vacaciones era un pequeño chalé de dos plantas. Pequeño pero muy bonito, con un gran tragaluz en el techo y ventanas de esas que los ingleses llaman *bay-windows*, «ventanas en curva», y que yo, de pequeña, llamaba «ventanas panzudas».

Había una pérgola de glicinias y la hiedra trepadora era tan abundante que cubría la fachada. Mi madre dijo: «Oh, cielos, estará siempre llena de bichos», y yo tardé bastante en comprender lo que quería decir.

Lo hice días después, cuando dejé abiertas las ventanas de mi habitación y a la mañana siguiente encontré una culebra arrastrándose por el suelo.

—Tal vez no sea conveniente, señorita, dejar las ventanas abiertas por la noche —dijo severamente el señor Nelson al entrar en la habitación.

Luego cogió el atizador de la chimenea y yo grité:

—¡Ni se le ocurra, señor Horace Nelson!

Entonces él suspiró, soltó el atizador, agarró la culebra por la cola y dijo:

—Permítame, al menos, devolver a su huésped al jardín.

Nelson era un hombre adusto, pero sabía hacerme reír de vez en cuando.

En cuanto salió de la habitación con mi serpenteante «huésped», la puerta del armario se abrió de golpe y asomó el rostro afilado de un chico.

Mi segundo gran amigo de aquel largo verano.

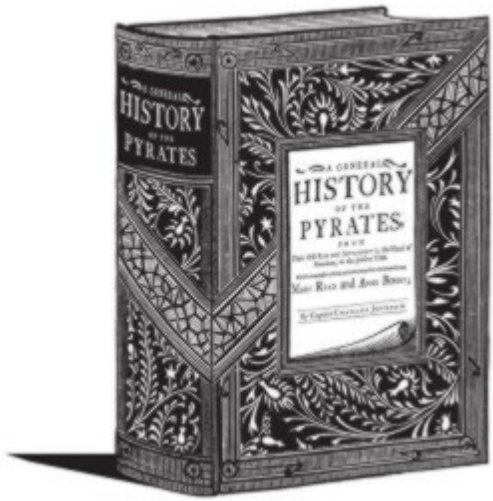
Su nombre era Arsène Lupin, el del famoso caballero ladrón. Solo que, en aquellos lejanos días, todavía no había comenzado su fulgurante carrera como ladrón internacional. Y tampoco era un caballero, dado que solo tenía un par de años más que yo y alguno menos que Sherlock Holmes.

Pero, como fácilmente imaginaréis ahora que sabéis el nombre de mis amigos, aquel verano sucedieron muchas cosas que merece la pena recordar.

Lo mejor, por tanto, es que empiece por el principio.

Capítulo 2

EL ARTE DE LA FUGA



—*Touché* —dije en voz alta.

Puse los brazos en jarras y ladeé ligeramente la cabeza, como había visto hacer a mi madre cada vez que reclamaba la atención de mi padre. Pero Sherlock Holmes parecía no querer dedicarme ni una pizca de la suya.

—¿Qué lees? —le pregunté.

—Un libro.

—¿Lees todas las palabras o solo una aquí y otra allá?

Mi impertinente ocurrencia consiguió enervarlo. Metió un dedo entre las hojas para no perder la página y se volvió para clavar sus ojos llameantes en los míos.

—¿Tú sabes quién es René Duguay-Trouin? —me preguntó.

—No.

—Ah —exclamó él—, un pésimo espíritu de observación.

Y dicho esto, volvió a sumergirse en el libro.

Unos años más tarde le habría replicado en el mismo tono, pero

aquel día no me atreví. Todavía estaba demasiado contenta por tener ante mí todo un verano en aquel encantador lugar marítimo y no me apetecía discutir con la primera persona que había encontrado al salir de casa.

Imaginaba a mi madre dedicada a impartir órdenes a la servidumbre sobre cómo deshacer nuestros baúles, ¡pero yo no tenía ninguna intención de perder una tarde de aquella manera! Había encontrado una pequeña cancela en la trasera del jardín, la había abierto y, desde allí, había llegado a las callejuelas tortuosas de la ciudad vieja, en el promontorio, y luego a las murallas.

Aquel chico era la primera persona con la que me encontraba. No sabía nada de él, aparte de que era muy maleducado y hablaba inglés. Decidí no hacerle ni caso.

Me acerqué al parapeto de la muralla y miré hacia abajo. Una franja de arena blanca se extendía formando una línea caprichosamente quebrada, como si quisiera abrazar el mar azul.

Contemplé el pequeño puerto, el promontorio y, por último, dos islotes a no más de un centenar de metros de la orilla.

Luego me volví y solo entonces vi la estatua sobre su pedestal, a pocos pasos de nosotros.

—René Duguay-Trouin —susurré, y chasqueé la lengua.

He ahí quién era.

—¡Un héroe de los mares! —dije en voz alta mirando bien la estatua.

Subí al parapeto y me senté en él. Oía romper las olas debajo de mí, y la sensación de vacío que me producía la altura de las fortificaciones era embriagadora.

—Era un corsario —me corrigió.

Hojeó un par de páginas de su libro y siguió diciendo:

—Nació en esta ciudad en 1673, era el octavo de diez hijos. Cinco murieron muy pronto.

—Pero él no.

—No. Él se embarcó y se convirtió en uno de los más famosos bucaneros de su época.

Columpié las piernas en el vacío haciendo como si no lo escuchara. Él, entonces, dejó de hablar y fingió leer.

Pasamos así unos minutos. Luego, sin embargo, lo sorprendí espiándome por encima del libro. Me entraron ganas de reírme.

Y me reí.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me preguntó.

—Me río porque me estás mirando.

—No es verdad —mintió.

—Sí que lo es. Me estabas mirando por encima del libro.

—¡Uf! —bufó mientras buscaba una postura más cómoda en su rinconcito cubierto de hiedra.

—No importa. Yo me llamo Irene —le dije alegremente. No podía dejar de reírme, mirar la estatua de aquel señor con sombrero y espada en mano, y pensar en todas las cosas inútiles que me acababa de decir aquel chico. Corsario, bucanero, bla, bla, bla… Las habituales palabras huecas de los chicos.

»Y tú, ¿no tienes nombre?

—Tengo dos incluso, William Sherlock —me contestó él burlonamente—, pero todos me llaman William a secas… ¡Supongo que Sherlock les parece demasiado excéntrico!

Recuerdo claramente que reflexioné largo rato en silencio. Al final dije:

—Bueno, ¡pues yo creo que hacen mal! William es un nombre tan corriente… Sherlock te pega más, ¿sabes?

—Si tú lo dices…

—Y tanto que lo digo. Es más, ya lo he decidido: ¡para mí, tú serás Sherlock!

El chico se encogió de hombros.

—Como prefieras. En el fondo, solo es un nombre…

Entonces añadí:

—¿Hace muchos meses que vives en Saint-Malo con tus hermanos?

Él alzó una ceja.

—Has dicho que tengo un pésimo espíritu de observación, ¿verdad? —Le señalé la estatua—. Puede que tengas razón. Pero sé que no eres francés, porque estamos hablando en inglés y tienes un acento demasiado perfecto para haber aprendido este idioma en el colegio. Además, no vistes como el típico veraneante de playa, así que creo que vives en esta ciudad desde hace ya algún tiempo. Tienes una expresión sombría, como la de quien acaba de discutir con alguien, o se ha escapado de casa, que es lo que he hecho yo. Y hay más, llevas la chaqueta arrugada, le falta un botón y, cuando

me contabas que cinco hermanos del corsario la espicharon, te han brillado los ojos, así que he deducido: «Este chico acaba de discutir con un hermano suyo». —Tomé aire—. ¿Cuántas de mis afirmaciones son verdaderas?

Los ojos de Sherlock estaban llenos de sincera sorpresa. Una mirada muy distinta de otra, gélidamente genial, que todo el mundo conocería luego, cuando aquel chico se convirtiera en el mejor detective del mundo.

Cerró el libro y yo sonreí para mí.

Por lo que parecía, me había ganado su atención.

—Tú hablas inglés, pero no eres inglesa —empezó a decir.

—Soy americana —me anticipé, privándolo de la posibilidad de adivinar.

—Pero vives en París.

—Cierto. —Pero me pregunté cómo lo había deducido. Yo llevaba un vestidito, zapatos ligeros y calcetines blancos, nada descaradamente parisino—. ¿Tanto se nota?

Sherlock soltó una risita.

—No, en absoluto. Lo he dicho a ver si adivinaba. Pero… no calzas zapatos adecuados ni para ir a la playa ni para caminar por el campo, así que acabas de llegar. Has dicho que te has escapado de casa y deduzco que no estás de paso. Pero no pareces asustada, como lo estaría alguien que se escapa por miedo a algo. Así que debes de haberte escapado por otros motivos. Puede que estés de veraneo con tus padres.

Tenía una voz calma, tranquilizadora. Casi musical.

Le seguí el juego.

—¿Y tengo hermanas?

William Sherlock lo pensó unos instantes y luego meneó la cabeza.

—No.

—¿Hermanos?

—Lo he pensado. Por tu manera de hablarme, diría que sí, que tienes un hermano mayor.

—Has fallado, Sherlock.

—Eres hija única.

—Ja, ja. —Columpié las piernas—. Muy hábil, no obstante. Has acertado en todo excepto en lo de mis padres, porque solo ha

venido mi madre…

—Lo siento —se apresuró a disculparse Sherlock—. No quería…

—¡No, no! Mi padre se encuentra muy bien, pero no ha venido de veraneo con nosotras. Es que tiene que trabajar. Se dedica a los trenes, a las vías ferroviarias. Pero fue él quien eligió este lugar. Hemos venido tres: mi madre, yo y… el señor Nelson.

Miré el laberinto de callejuelas por las que había llegado y me imaginé viendo aparecer de un momento a otro al mayordomo de la familia, jadeante y, como siempre, preocupadísimo. No percibí la sombra que había pasado por los ojos de Sherlock mientras le hablaba de mi padre. Pero entonces no podía saber que el suyo había muerto ocho años antes.

—¿Qué estás leyendo?

Él miró la tapa del libro como si lo hubiese olvidado.

—Es la historia general de los piratas del capitán Johnson.

—¿Y es interesante?

—Oh, sí, mucho.

—¿A ti te gustaría?

—¿El qué?

—Ser pirata.

Sherlock soltó una carcajada antes de responder.

—Nunca lo había pensado, la verdad.

—A mí sí. Sería una excelente pirata. ¿O se dice piratisa?

—No, se dice igual, pirata, creo. Aunque no ha habido muchas.

—¡Pues muy mal! Yo lo seré: daré órdenes a todos y tendré una isla propia. ¡Aquí, grumetes! ¡A estribor! ¡A babor!

Sherlock hizo una mueca divertida.

En ese momento me llegó la voz del señor Nelson. Se oía lejana aún y provenía de algún punto de las calles de la ciudad. Repetía mi nombre sin cesar:

—¡Señorita Adler! ¡Señorita Adler!

«¡Qué vergüenza! —pensé—. Bonita manera de presentarse en un lugar nuevo».

Mi reciente amigo me estaba observando para estudiar mi reacción.

Salté del parapeto. Miré el puerto, el mar y uno de los islotes próximos al promontorio. Por un momento lo imaginé como una auténtica isla del tesoro, con un galeón de bandera negra al viento y

todo.

—Creo que tengo que huir sin falta, Sherlock… —dije—. El señor Nelson, nuestro mayordomo, estará aquí de un momento a otro.

—¿Huir?

—Huir, has oído bien. No quiero que me lleve a casa.

—A mí me parece preocupado.

—Pero no lo está. Es mi madre quien lo ha mandado. Tanto si vuelvo ahora con él como si vuelvo más tarde, para la cena, me va a regañar de todos modos. Así que es mejor que me regañe por algo.

—Lo entiendo perfectamente.

Me dirigí a la escalera de piedra que, desde la muralla, parecía bajar a la playa.

—Además… —dije mientras hacía ademán de marcharme—. No tengo ninguna intención de pasar el resto de la tarde colocando sábanas y vestidos en los armarios. O peor todavía, jugando a las cartas.

—¡Qué horror! —comentó él, no sé si refiriéndose a la ropa o a las cartas.

Todo era un pretexto, naturalmente. Un juego entre él y yo, porque de colocar la ropa se ocuparían las doncellas y mi madre no jugaba a las cartas, pero Sherlock no podía saberlo, claro.

—¡Señorita Adler! —se oyó de nuevo, ya muy cercana, la voz del señor Nelson.

Volví a ponerme en jarras.

—¿Y bien, Sherlock? ¿Qué haces? ¿Te quedas aquí leyendo tu libro o me ayudas a huir?

Sherlock lo pensó un instante, luego cerró el libro sobre piratas y lo metió en un pequeño macuto de tela que llevaba en bandolera.

—Por aquí… —me aconsejó.

Se detuvo delante de un callejón tan estrecho que parecía casi una grieta entre las piedras y pasó él primero. Nos rozamos una mano sin querer y él la retiró inmediatamente, como si se hubiera quemado. Luego me dio la espalda y caminó sin hablarme durante un tiempo que me pareció larguísimo.

Sherlock andaba de prisa, a largas zancadas. Yo lo seguía con curiosidad, deslizándome por callejas y escaleras que bajaban al mar. Llegamos a la base de las fortificaciones y empezamos a

bordearlas en dirección al puerto.

—¿Adónde vamos? —le pregunté manteniendo su paso.

—A ver a un amigo.

Era alto y muy delgado, y la chaqueta de algodón le bailaba sobre las marcadas costillas.

Cada vez que se paraba, se curvaba y replegaba sobre sí mismo, como si se escondiera. Pero al echar a andar, la espalda se le enderezaba como un mástil.

—¿Y qué hace tu amigo?

—Tiene una barca. No es suya, sino de su padre, pero… normalmente podemos usarla.

—¿Una barca?

—Muy pequeña.

—¿Y quieres usarla para… salir al mar?

—Para eso suelen usarse las barcas.

No me lo podía creer. Acababa de llegar a la ciudad y no solo había conocido a un chico, sino que ese chico me estaba invitando a navegar.

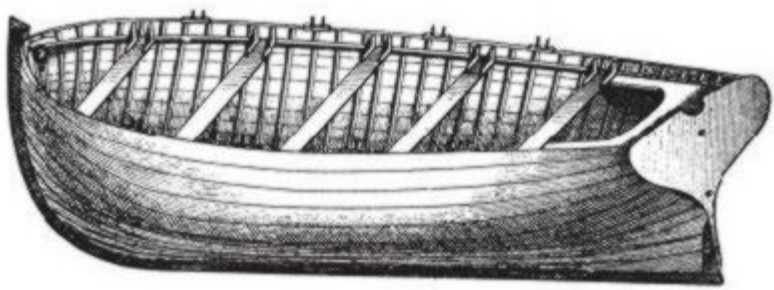
—Pero ¡si es fantástico! —exclamé radiante.

Y así fue como Sherlock Holmes me condujo hasta el puerto para que conociera a su misterioso amigo.

Si tuviera que elegir el momento preciso en que empezaron todos nuestros problemas, creo que sería aquel momento.

Capítulo 3

LA CASA ASHCROFT



El amigo de Sherlock Holmes era un chico enjuto, de complexión fuerte, ojos oscuros y pelo negro, como él. Estaba limpiando el fondo de una barca de remos amarrada en el extremo del muelle.

Hacía un sol abrasador, las gaviotas se posaban en la arboladura de las embarcaciones y algunos pescadores remendaban las redes puestas a secar.

La voz del señor Nelson se había perdido en el azul del cielo y yo solo tenía ojos para los barcos que se mecían despacio sobre el agua.

—Según parece, tenemos una emergencia, Lupin —dijo Sherlock cuando llegamos a la barca, sin perder tiempo en saludos.

—¿Qué clase de emer…? —El chico dejó de hablar en el momento mismo en que sus ojos se posaron en mí. Todavía hoy no sé si lo hizo simplemente porque me vio o bien porque me vio con Sherlock. En todo caso, dejó de hablar y se quedó tan quieto como una estatua de sal.

—Ella es Irene —me presentó Sherlock.

—Hola —dije yo.

—Hola —dijo él.

—Y él es Lupin —concluyó Sherlock.

—¿Lupin? —repetí, perpleja.

—Mi amigo no es tan tolerante con su nombre como yo —

explicó Sherlock sonriendo.

—Cómo voy a serlo, ¡me pusieron de nombre Arsène! ¡Vaya nombre, propio de viejo mentecato! Mucho mejor Lupin.

—¿Eres francés? —le pregunté.

Era un apellido francés.

—Ajá —asintió él—. ¿Y tú?

—Se ha escapado de casa —se entrometió Sherlock doblando las rodillas para agacharse. Tenía las piernas delgadas, puntiagudas—. No es nada serio —añadió—. Pero ya sabes cómo son estas cosas…

—Prefiere mantenerse un rato a distancia —adivinó Lupin.

—Eso es.

—Veamos, ¿has discutido con tu hermana?

Negué con la cabeza.

—¿Con tu madre?

—Se trata del señor Nelson —contesté—. Pero no he discutido. Simplemente no quiero volver a casa en seguida.

—Irene está de veraneo —explicó Sherlock—. Y le he dicho que tenía un amigo que hace pocas preguntas.

Los dos chicos cruzaron una mirada, la clase de mirada que significa: después hablamos tú y yo.

Sherlock se encogió de hombros y Lupin dejó el cubo y me señaló la maroma con la que había amarrado el barco.

—Trato hecho —dijo—, desátala y subid a bordo. Vamos a dar una vuelta. ¿Tienes traje de baño?

—No —contesté.

—¡Entonces mira bien dónde pones los pies!

La barca se balanceaba y era realmente pequeña, solo tenía dos asientos, uno junto a los remos y otro poco más allá, a proa. A popa estaban amontonados, al tuntún, maromas, trozos de red y cachivaches con incrustaciones que Lupin había sacado del mar en sus inmersiones.

Los dos chicos me acomodaron a mí en la proa y ellos se pusieron a los remos. Cogieron uno cada uno, Sherlock el de la derecha y Lupin el de la izquierda. Hicieron que la barca se deslizara hasta afuera del puerto con pocas maniobras, remando perfectamente acompasados, como dos viejos lobos de mar.

—¿Se puede saber quién es el señor Nelson? —me preguntó Lupin en determinado momento—. ¿Y por qué se llama como el

almirante inglés?

No lo sabía con exactitud y, en ese momento, no le contesté. El señor Nelson siempre se había llamado señor Nelson y jamás me había preguntado por qué. Siempre había estado al servicio de la familia de mi madre, incluso después de la Guerra de Secesión, o así lo creía yo.

Miré el puerto, que se iba alejando a espaldas de los dos remeros. La proa se levantaba a cada boga y luego batía contra el agua. A nuestro alrededor había otras embarcaciones, mucho mayores e imponentes que la nuestra.

Era como navegar en una pulga de mar.

Estábamos costeando el promontorio cuando oí un grito que venía de la orilla y vi gaviotas echando a volar. Sonreí.

—Tal vez debiéramos preguntárselo a él directamente.

Acababa de reconocer al señor Nelson, que braceaba y me llamaba desde la calle tratando de llamar mi atención.

—¡Señorita Adler! ¡Señorita Adler! ¿Adónde va?

Mi dos nuevos amigos dejaron de remar al instante, como asustados por el gigantesco sirviente negro de mi madre. Pero les hice un gesto para que siguieran.

—No, no, por favor. No tenéis nada que temer, ¡no nos hará nada!

Levanté la mano y saludé al señor Nelson, intentando hacerle comprender que estaba bien y que no debía preocuparse.

—¡Volveré pronto! —le grité ondeando un pañuelo blanco—. ¡No pasa nada!

—Eso espero —comentó Lupin en voz baja después de echar un segundo vistazo de inquietud a mi mayordomo—, porque me parece realmente corpulento y bastante enfadado.

—Aunque lo estuviera… —dije riéndome y sin dejar de saludar al señor Nelson, que ahora corría por la playa siguiendo la trayectoria de nuestra barca—. ¡No creo que sepa nadar!

—¿Y si te equivocas? —me preguntaron mis nuevos amigos mientras hundían los remos en las olas tranquilas del Atlántico.

Pasado el cabo, el señor Nelson se rindió. Se quedó un momento inmóvil como una estatua, con una pierna levantada apoyada en las rocas y el sol reverberando en su cráneo negro. Luego regresó a casa para informar a mi madre.

Nos metimos en la lengua de mar entre las dos islas separadas del promontorio donde se alzaba ciudad. Durante la marea baja, me explicaron, era posible llegar a ambas a pie gracias a una pasarela de piedra que ahora quedaba apenas cubierta por la superficie del mar.

—Que quede claro que no te hemos raptado —recalcó varias veces Lupin, quien, de los dos, me parecía el más diligente y el más preocupado al mismo tiempo—, sino que has sido tú la que querías escapar…

Hice un gesto de indiferencia.

—Exacto. Pero estad tranquilos, luego volveré a casa para recibir la habitual regañina.

—¿Habitual? —repitió Sherlock con curiosidad.

—Sí. No es la primera vez que… ¡me tomo un poco de libertad! —reconocí echándome a reír—. Pero ¿qué hay de raro en ello?

—Bueno, no es precisamente normal.

—Mi madre… siempre me ha regañado —respondí sintiendo en el pecho algo que lo oprimía de improviso—. Estoy acostumbrada a los rapapolvos… —concluí mirando alrededor.

Casi habíamos superado la primera isla, en la cual se erigía una gran cruz, y estábamos doblando la segunda, que albergaba, casi escondida entre los arbustos, una construcción baja y sólida.

Se la señalé a mis amigos.

—¿Qué es?

—Un fortín —me respondió Lupin—. No suele haber nadie, solo la bandera francesa ondeando al viento.

Proseguimos. El sol quemaba ahora y yo tenía una mano metida en el agua que discurría junto al casco para disfrutar de su frescura. Miraba las pocas casas entre la vegetación y las rocas, y las aún más escasas personas en la playa. Aquellos eran años en que no estaba de moda ir al mar y tomar el sol, y los hombres preferían a las mujeres de piel blanca y pálida a las bronceadas.

Escruté la línea accidentada de la costa y pregunté:

—¿Adónde vamos?

—A casa de los Ashcroft —respondió Lupin.

—¿Son amigos vuestros? —pregunté.

Él negó con la cabeza y, con la barbilla, me señaló algo.

—Es una vieja mansión abandonada, justo al final de la playa. El

camino que llega hasta ella está invadido por las zarzas y no suele ir nadie. Dicen que solo está habitada por el espectro inquieto del viejo Ashcroft…

—Lo cual, a todas luces, es una bobada —lo interrumpió Sherlock con sequedad.

Sonreí.

Las palabras de Lupin parecían querer crear un halo de misterio alrededor de la casa Ashcroft. Halo que Sherlock, en cambio, había querido borrar con su comentario tajante.

—Una vieja mansión deshabitada —dije yo—. Parece interesante.

—No lo es. Habitaciones vacías. Mucho polvo. Nada que ver —insistió Sherlock lacónicamente.

Lupin le propinó un codazo y me dio a entender que no pensaba del mismo modo.

—No le hagas caso. Es un sitio realmente especial. Además, ahora se ha convertido en nuestro refugio.

—¿Vuestro refugio?

—Cuando queremos alejarnos de los problemas, vamos allí.

—¿Y cuáles son los problemas de los que queréis alejaros? —pregunté con gran curiosidad.

No me contestaron en seguida. Y, en el tiempo que transcurrió, pensé que parecían hermanos, pero no lo eran.

Cruzaban sin querer continuas miradas, como para decidir qué secretos compartir y cuáles no. Y había algo terriblemente fascinante en lo que parecían esconder que me empujaba a querer oír lo que no decían y a querer descubrir los motivos que, al menos en mi cabeza, tenían para no contármelo.

Me sentía como un ladrón que tuviera que vérselas con una cerradura de caja fuerte especialmente complicada.

—En fin, problemas… —farfulló Lupin—, no es que tengamos verdaderos problemas.

—Las cosas normales —dijo Sherlock.

—¿Como cuáles?

—Sus hermanos, por ejemplo —reveló Lupin.

—¿Tienes hermanos? —le pregunté a Sherlock.

Él asintió con una sonrisa sesgada.

—Uno mayor que yo y una hermana menor. Y los dos son un

suplicio.

—¿Y tú? —le pregunté a Arsène.

—Soy hijo único, pero… —movió las manos en el aire, soltando y recuperando luego el remo con la velocidad de un prestidigitador— tengo una familia muy turbulenta a la espalda.

—Puedes decirlo bien alto —se rio Sherlock.

—Por eso, cuando no podéis más, cogéis la barca y venís aquí.

—Exacto —confirmó Lupin.

La idea del extraño refugio de aquellos dos me hizo reír.

—Y cuando estáis aquí, ¿qué hacéis?

—Bueno, para empezar, hay muchas habitaciones que explorar —dijo Lupin—. El viejo estudio de Ashcroft, los sótanos, el desván…

—Sí, muchas habitaciones, ¡y todas vacías! —puntualizó burlonamente Sherlock, lo que le valió otro codazo.

—Y entonces ¿qué encuentras tú tan interesante?

—Puedo leer en paz —contestó él.

Miré sus brazos largos y secos que remaban y los comparé con los músculos bruñidos de Lupin. Era realmente difícil imaginarse dos chicos más distintos: la piel de Sherlock era blanca como la leche, mientras que Lupin lucía un moreno propio de un pescador; Sherlock se movía de manera rígida, como si tuviera los huesos de pedernal, y Lupin, por el contrario, parecía uno de esos ágiles felinos del África negra que aparecen dibujados en los libros de viajes de los exploradores.

La playa describió una larga curva y después pareció empequeñecerse, tragada por la vegetación. Precisamente al fondo de la última lengua de tierra vi asomar entre los árboles bajos y los peñascos de los escollos el tejado de una vieja casa.

—La casa Ashcroft… —murmuró Sherlock Holmes levantando el remo.

Capítulo 4

¿TÚ SABES JUGAR?

El viejo caserón se alzaba junto a la playa, sobre un lecho de rocas. Sus muros eran de madera, el tejado negro y muy plano, y tenía grandes ventanas que daban a la orilla. La vegetación, atacándola por detrás, la había cubierto en parte. Junto a ella había inmensas piedras pulidas, redondeadas, esparcidas sobre la arena como juguetes de gigantes abandonados en la playa.

Sacamos la barca del agua a poca distancia del estrecho sendero que subía hasta el porche atravesando un prado de hierba descuidada. La casa Ashcroft tenía un magnífico pórtico de cara al mar, con algunos muebles destartalados y objetos tirados por ahí. Mirándola desde lejos, parecía normal, pero, de más cerca, se notaba su estado de abandono. Los postigos del piso superior estaban clavados, el tejado se había desmoronado en varios puntos y la pintura de los muros de madera se desprendía en fragmentos abarquillados.

Me dije que era una verdadera lástima.

Luego pensé que aquel lugar era vagamente inquietante.

La casa se encontraba a pleno sol, a pocos pasos del mar, pero parecía estar bajo el manto de una larga sombra gris que ella misma emanaba. Era como si la sombra procediera del interior de sus estancias.

No nos dijimos nada, pero ninguno de los tres hizo ademán de querer entrar. Nos sentamos en las rocas incrustadas de moluscos y nos quedamos mirando el mar y la costa que se prolongaba hacia el cabo con sus dos islas.

—¿Dónde está tu casa? —me preguntó al rato Lupin.

—Por allí.

Señalé los tejados puntiagudos de la ciudad vieja, los baluartes del fuerte y la cruz de la primera de las dos islas.

—Sí, pero ¿se llama de alguna manera?

—Que yo recuerde, no. Es más… —Me reí. No había pensado en ello al abrir la cancela de la parte trasera del jardín y adentrarme en las callejas—. ¿Sabéis que no tengo ni la menor idea de dónde vivo? —reconocí, divertida.

—¿Y cómo vas a saber volver? —me preguntó Sherlock.

—No creo que sea tan difícil. Es una casa de dos plantas, como esta, con un pequeño jardín, una verja y un caminito que lleva a la ciudad, y…

—¿Se ve el mar?

Pensé un momento antes de contestar.

—Sí.

Me hicieron más preguntas y, poco a poco, logramos averiguar dónde se encontraba mi nueva casa de veraneo. Estaba muy cerca de aquella en la que vivía Sherlock.

Eso explicaba por qué nos habíamos encontrado en el mismo baluarte en busca de un poco de paz. O de lo contrario.

Hablamos largo y tendido aquella tarde, como se hace cuando se conoce a una persona interesante y se siente una especie de necesidad de cautivarla y retenerla con alguna buena historia. No se tienen ganas de separarse y se cuenta todo lo que se puede, como si ese momento será el único tiempo de que se dispondrá.

La casa Ashcroft se cernía a nuestra espalda y yo escuchaba a mis nuevos amigos, y me enteré de muchas cosas sobre ellos. Quizá hoy, en el recuerdo, exagero el número de cosas que nos dijimos

aquella larga tarde. Todo lo que ahora sé de ellos es resultado, de hecho, de decenas y decenas de conversaciones sobre nosotros y nuestras familias mantenidas a lo largo de los años. Pero lo que sí recuerdo a la perfección es que, cuando por fin volvimos a la barca y remamos hasta el puerto (yo también remé, ¡y fui un auténtico desastre!), estábamos exhaustos. Cansadísimos y con una extraña sensación de felicidad.

Durante todo el viaje de vuelta permanecimos en silencio, escuchando las olas y observando el sol, que se ponía detrás de la línea oscura del horizonte.

Saltamos al muelle cuando las sombras del atardecer se alargaban ya y Lupin amarró rápidamente su barca. Fue el primero en marcharse. Se quedó unos segundos delante de mí antes de despedirse, preguntándose si tenía que darme un beso en la mejilla, como se hace con los parientes.

Se ruborizó, todavía hoy lo recuerdo con claridad, aunque trató de esconder su hermoso y elegante rostro a la sombra del campanario.

—¡Hasta mañana! —me dijo.

Y yo asentí.

Sherlock y yo caminamos juntos, puesto que, como habíamos descubierto hacía poco, éramos casi vecinos.

Él iba delante, bastante rápido. Pero había algo ansioso en aquel paso veloz suyo, como si tuviese prisa por volver a casa.

—¿Sherlock? ¿Va todo bien? —le pregunté poniéndome a su lado en el camino.

Llevaba un reloj sujeto a una trabilla del pantalón con una cadenita de plata. Observó la posición de las manecillas y me dijo:

—Debo estar en casa sin falta antes de que mi madre vuelva de su partida de bridge.

El bridge, un juego de cartas muy popular que mi madre, trabajosamente, había intentado enseñarme, se juega entre cuatro personas. Sus principales características son la «declaración», un procedimiento muy complejo mediante el cual los jugadores deciden cuál de los cuatro palos será triunfo, y el momento siguiente, cuando uno de los jugadores «muere», lo que significa que está obligado a jugar con las cartas descubiertas.

—¿Tú sabes jugar?

—Sí —me contestó con un suspiro—. Pero no me gustan demasiado las cartas. En cambio, a mi madre… Conoció a sus amigas del bridge antes que a cualquier otra persona del lugar. Juegan prácticamente todos los días. Y si por casualidad vuelve y no encuentra todo como es debido…

Por la vergüenza con que susurró aquella última frase intuí lo que Sherlock me ocultaba: tenía que volver a casa porque era el encargado de cocinar para todos.

Hice ver que lo había entendido, o que no lo había entendido en absoluto, y dije no sé qué estupidez para cambiar de tema. Por la sonrisa que se dibujó en su rostro me di cuenta de que me estaba agradecido.

Caminamos casi diez minutos bordeando una valla de piedra que nos condujo hasta la salida de la ciudad. Luego él me indicó una casita impecable, bastante modesta, a pocas manzanas de la mía.

—¿Sabes cómo ir? —me preguntó antes de entrar en su jardincito.

Le respondí que sí. Reconocía algunos detalles de la calle y estaba segura de que no me perdería.

—Hasta mañana entonces, Sherlock.

—Hasta mañana —se despidió él apresuradamente.

No habíamos dicho a qué hora ni dónde nos veríamos, pero estaba completamente segura de que eso no sería ningún problema.

Fui rumiando lo que me habían contado mis nuevos amigos hasta llegar a la verja de mi casa y, apenas me había dado tiempo a empujarla, haciéndola chirriar un poco, cuando rugió la voz de barítono del señor Nelson:

—¡Señorita Adler!

Horace Nelson apareció a la puerta de casa con todo su solemne disgusto. Cada músculo de su cara parecía temblar de rabia y sus ojos, que echaban chispas, hacían presagiar el inminente desahogo.

Me rendí sin reaccionar y me cayó encima un aluvión de palabras, todas sacrosantas y cargadas de razón.

«Nada más llegar…»

«Dos desconocidos, quizá unos gamberros…».

«Los peligros del mar…»

«Todas esas horas fuera…»

«¡No piensa en su madre!»

«¡Su preocupación!»

«¿Para ir adónde?»

«¿Para hacer qué?»

Levanté las manos, rendida ante la evidencia de todo aquel sentido común, y avancé como un soldado condenado a muerte. Llegué hasta la puerta de mi habitación sin pedir misericordia. La abrí, miré al señor Horace Nelson y le dije:

—Lo siento.

Luego cerré la puerta a mi espalda y esperé a que, como en otras ocasiones, el señor Nelson la cerrara por fuera con una, dos, tres vueltas.

Sacó la llave de la cerradura y añadió:

—¡Ahora estará castigada hasta que su madre ordene!

Fui al baño que había junto al dormitorio y no pude evitar sonreír.

Me había encerrado en la habitación, sí, pero, antes de hacerlo, me había llevado una tina de agua caliente y toallas limpias.

—Gracias, señor Nelson… —murmuré mirándome al espejo.

Tenía la piel quemada por el sol y el pelo despeinado por el viento. Y mis ojos parecían relucir de felicidad.

Lo que más se me quedó grabado aquella noche, mientras estaba tumbada en la cama y abajo, en el comedor, se degustaba una refinada cena de la cual solo me llegaban los aromas y el tintineo de la plata, fue la palabra «desconocidos». Se la oí pronunciar a mi madre al menos una docena de veces, en un intento por buscar consuelo en la servidumbre o el señor Nelson sobre el acto desconsiderado con que yo me había mancillado aquella tarde.

Era una manera de repetirse a sí misma y a los demás lo desobediente, incontrolable y quién sabe cuántas otras cosas que yo era. Cargando las tintas al describir el peligro que, según ella, yo había corrido aquella tarde, mi madre, en realidad, estaba confeccionando una de sus pequeñas tragedias familiares que pondría en escena para mi padre cuando este viniera a vernos.

«Desconocidos», decía mi madre al señor Nelson.

«Se equivoca», pensaba yo mientras puñados de estrellas se encendían en el cielo de color índigo al otro lado de la ventana.

Sherlock y Lupin no eran en absoluto unos desconocidos.

Era como si fuésemos amigos desde siempre. Viejos amigos que

por fin se reencontraban después de mucho tiempo.

Capítulo 5

NAUFRAGIO

—¡Sherlock! ¡Sherlock! —grité al día siguiente frente a las ventanas de la casa de los Holmes.

El jardín estaba arreglado con precisión. La puerta estaba cerrada. Las contraventanas, cerradas también. No volaba ni una mosca.

¿No habría nadie?

—¿Estás en casa, Sherlock? —probé una última vez.

Oí trasiego en el interior, una silla movida, un objeto de vidrio que caía al suelo, una imprecación ahogada y luego una contraventana del segundo piso abierta de un manotazo.

En el cuadrado oscuro de la ventana apareció la cara robusta de un veinteañero con el pelo engominado, los ojos abiertos y la mirada más bien ausente.

—¿Es día de mercado, señorita? —me apostrofó con grosería—. ¿Qué nos trae? ¿Melones maduros? ¿Hortalizas? ¿Una redecilla de

chirlas? Dígame, haga el favor.

Retrocedí un paso, rabiosa. No porque me hubiera tomado por una de aquellas aldeanas que iban de casa en casa vendiendo pescado o verduras frescas, sino por el hecho de que el chico de la ventana me hablara sin mirarme siquiera.

—Creo que comete un error, milord —lo dejé helado con una respuesta afectada en su justa medida. Y me satisfizo ver que se sobresaltaba—. Soy una amiga del señor William Sherlock Holmes. ¿Está en casa?

—¿Una amiga? —soltó el chico—. ¡Esto sí que es bueno! ¡William! —gritó vuelto hacia el interior de la casa—. ¡William, corre!

Visiblemente sofocado, Sherlock apareció en la entrada.

—¡William! —siguió llamándolo el otro—. ¡William! ¿Se puede saber dónde te has metido?

—¡Aquí estoy! —dijo mi amigo mirándome primero a mí y luego al chico de la ventana. Levantó una mano—. Todo está bien. Puedes volver a tu lectura. Nosotros vamos a dar una vuelta.

Viéndolos hablar, intuí que el de la ventana debía de ser el hermano mayor de Sherlock.

—¿No me presentas a tu amiga? —preguntó.

—¡Quizá en otra ocasión! ¡Hasta luego! —Sherlock vino corriendo a la cancela, me dirigió una mirada suplicante y me indicó la calle que bajaba al puerto—. ¡No, mejor no! —cambió de idea en seguida—. ¡Vamos por aquí!

Le dejé los tres pasos de ventaja de costumbre y permanecí en silencio; después, nada más doblar la esquina, en la primera pérgola cubierta de enredaderas, me paré en medio de la calle y fingí estar enfadada.

—¡Encantada de verte, Sherlock!

Él levantó los brazos al cielo, como si lo hubiese amenazado con un fusil.

—¡Ah, perdona! ¡Perdona! —gritó—. ¡Lo siento! No quería que os conocierais… Yo… Él…

—¿Tu hermano?

—¡Sí! No… nos llevamos nada bien. Es tan…

—Es guapo.

Sherlock bajó de golpe los brazos.

—¿Có-cómo?

—He dicho que es guapo. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinte?

—Veintiuno —musitó él.

—¿Y qué hace?

—¡Bah, nada! ¡Absolutamente nada! —exclamó él poniéndose colorado—. ¡Es la persona más vaga y con menos ambición que conozco! ¡Es incapaz de hacer nada!

—Todo lo contrario a ti, entonces.

—¿Qué quieres decir?

—Que si ser vago y no tener ambición hace que te enfades tanto, significa que tú eres distinto. O que tienes un agudo sentido práctico.

—No sé… Desde luego, más que él.

Reanudó la marcha con sus inimitables zancadas, dando por descontado que yo lo seguía. En cambio, yo no me moví ni un centímetro, me quedé a la sombra de la pérgola de glicinias, en el punto exacto en que me había detenido poco antes.

Él tardó bastante en darse cuenta de que caminaba solo. Dio un respingo, turbado, y se volvió para ver qué sucedía. Arqueó las cejas con aire interrogativo y me preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Primera lección de sentido práctico, mi buen Sherlock: cuando nos encontremos, agradecería que me saludases, basta con un «Hola, Irene».

Él resopló.

—¡Ah! ¿Y qué más?

—Y también puedes sonreírme.

Sherlock volvió a encararse conmigo; tenía las mejillas encarnadas, no sé si por las ganas de reírse, porque estaba furioso o porque se avergonzaba de algo.

—¿Se puede saber qué es toda esta payasada?

Porque estaba furioso, comprendí.

Puse una voz melosa, calmada.

—Se llama educación, Sherlock. No he ido a tu casa para conocer a tu hermano. Habíamos quedado, ¿no? Pues aquí estoy. Me he pasado toda la noche castigada y no cené. Me encantaría comer algo, pero tengo la impresión de que la ciudad está hacia el otro lado, en la dirección opuesta. —Sonreí—. ¿Me quieres decir

adónde nos dirigimos o solamente tengo que seguirte?

Eran muchas frases juntas, con preguntas y pullas una tras otra. Sherlock abrió la boca, sin saber por dónde empezar. Era evidente que necesitaba que le echaran una mano, no estaba acostumbrado a charlar demasiado con amigos.

—Empieza disculpándote —me adelanté a él— y luego te ayudo yo.

En una tienda cambié mis veinte francos de plata por tanto pan, tantas sardinas y tanta mostaza picante que tuve la impresión de que la mía era la primera moneda de plata que habían visto.

Fuera de la tienda, partí un pedazo de pan, lo unté en la mostaza y me lo comí con voracidad, con el resultado de que la garganta estuvo abrasándome el resto del día.

Nos encaminamos por la costa, como el día anterior, y luego tomamos un sendero interior, una pista de tierra batida que serpenteaba paralela al mar, bajo una amplia bóveda de vegetación lozana.

—¿Adónde vamos? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—A la casa Ashcroft. Lupin ya debe de estar allí.

Tardamos casi media hora en llegar a la vieja casa derruida y la última parte del trayecto fue la más dificultosa. El camino de tierra batida continuaba pasada la casa y se hundía en un bosque lejano, y teníamos que atravesar un prado inculto de hierba quemada por el sol. Y muchas espinas.

Como Sherlock había previsto, Lupin ya estaba allí. A buen seguro nos había oído llegar mucho antes, al menos desde que yo había empezado a dar saltitos sobre uno y otro pie tratando de no pincharme con las zarzas, pero aún nos daba la espalda y miraba el mar frente a él.

—¡Bienvenidos! —exclamó sin volverse.

—Lupin… —dijo Sherlock brincando a uno de los pedruscos diseminados por la playa.

Luego, ya en la arena, se paró, indeciso sobre si volverse para ayudarme a bajar o dejar que lo hiciera yo sola, como si fuera un chico. Uno de ellos, y no una chiquilla de pálidas piernas llenas de arañazos, que exigía sonrisas y buena educación.

Optó por una actitud intermedia. Se apartó del pedrusco, pero se quedó en las inmediaciones por si acaso necesitaba su ayuda.

Salté a la arena sin pensármelo.

—¡Irene! —exclamó Lupin volviéndose de sopetón hacia mí.

Grité.

Lupin tenía una cicatriz sangrienta que le atravesaba la frente y una mueca horrible, con los dientes saltones.

Se volvió también hacia Sherlock y levantó las manos.

—¡Uuuuh! ¡Estoy muerto!

Miré la horrible cara de Lupin y el rápido cambio de expresión en la cara de su amigo. Un terror indeciso, perplejidad y, al final, una carcajada.

Y comprendí que tal vez fuera mejor dejar de gritar.

Noté por primera vez que a los pies de Lupin había una extraña maletita de cuero. Y que mi nuevo amigo no parecía sufrir mucho por su herida.

—¿Qué, qué tal es? —inquirió Lupin mirándonos primero a Sherlock y luego a mí.

—¡Fabulosa! —respondió Sherlock—. ¡Parece de verdad!

Quise rozar la cicatriz de Lupin, pero él se apartó de un salto.

—¡Ah, no! ¡No se toca!

Sherlock cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Caray! No comprendía qué te había pasado.

Lupin fingió que se tambaleaba, se rio de nuevo y puso la misma mueca infernal que le había visto poco antes.

—¿Y los dientes? ¿No son perfectos? Has picado, ¿eh?

Se metió un dedo en la boca, infló y desinfló los carrillos y, con un ruido sordo, se quitó la dentadura postiza.

—*Et voilà!* —dijo.

—¿Te importaría explicarme qué es todo esto? —pregunté mientras recuperaba poco a poco la calma.

Sherlock y Lupin se sentaron en la arena con las piernas cruzadas, junto a la maleta de cuero. Lupin la cerró a medias para enseñarme la insignia de latón de la tapa.

—¿No te he dicho a qué se dedica mi padre? Es acróbata, funámbulo…

Volvió a abrir la maleta.

—Y esta es su maleta de los disfraces.

Me acerqué con cautela, casi recelosa. En la maleta había máscaras, pelucas, estrambóticas dentaduras, narices postizas,

pinceles y tarros de cola. Un verdadero arsenal de bigotes y barbas falsas, coletas, polvos y pintalabios.

—¿Y podemos usarlos? —pregunté fascinada.

Dejé caer al suelo mi bolsita con pan, mostaza y arenques.

—De ninguna manera —contestó Lupin cogiendo una larga peluca negra de pelo auténtico—. ¿Quién empieza?

Pasamos toda la tarde disfrazándonos y personificando a los héroes y las heroínas de los pocos pasajes de obras teatrales que sabíamos de memoria. Sherlock demostró ser un actor nato: cambiaba completamente de cara con solo unos toques de pincel y un par de bigotes, y su voz se transformaba de acuerdo con su aspecto. Podía ser, indiferentemente, el rey Lear o Enrique V, el judío Shylock o un soldado siciliano. Lupin era más elegante en sus movimientos y eso, por contraste, lo hacía perfecto para interpretar papeles salvajes. Se movía con ímpetu, de una manera dramática y armoniosa a la vez. Con la peluca y color blanco alrededor de los ojos, podía parecer un mono; con un pañuelo de través en la cabeza, perfectamente redonda, era un pirata; la barba hacía que se convirtiera en náufrago; el polvo de arcilla y la brillantina, en príncipe del desierto. En cuanto a mí, me sentí tan a gusto con el maquillaje escénico, las joyas falsas y las pelucas, que en determinado momento empecé a cantar. Canté porque en mi cabeza estaba interpretando un papel, pero canté de verdad, con mi voz, como si estuviese en una representación de *Rigoletto* o *La Traviata*.

Sherlock y Lupin participaban en la escena conmigo —Lupin tumbado en el suelo con Sherlock condenándolo a muerte con una espada de madera—, pero cuando empecé a cantar dejaron de jugar de golpe. Me di cuenta, pero terminé el aria que había empezado. Al acabar, en la playa se hizo el silencio, solo roto por el chapoteo de las olas.

—Hazlo otra vez —me dijo Sherlock en voz baja.

—¿Qué haga qué, perdona? —le pregunté.

—Tiene razón —intervino Lupin—. Hazlo otra vez, ¡canta!

Me puse colorada. Totalmente, sin poderlo remediar. Me quité la peluca y balbucí:

—No, chicos, yo…

—Hazlo otra vez —repitió Sherlock apoyándose en la espada de madera.

Me miraba con una intensidad casi hiriente, como si me lo estuviese ordenando.

—Yo… —quise escurrir el bulto—. Ni siquiera sabría qué cantar… No…

—Tienes una voz preciosa —dijo Lupin.

Sherlock no me quitaba los ojos de encima.

—¡Dejadlo ya, chicos! ¡Me estáis avergonzando!

Él lo comprendió. Comprendió que no estaba bromeando y que me desasosegaba que me miraran de aquella manera. Así que meneó la cabeza y rompió la extraña atmósfera que se había creado en aquella playa.

Ayudé a Lupin a levantarse, y luego empezamos de nuevo a interpretar y a ponernos los disfraces, pero no fue lo mismo.

Nos servimos pan y arenques. Lupin los limpió con un fascinante cuchillito de hoja afiladísima, fabricado, nos contó, por un amigo de su padre. Nunca se separaba de él. El amigo de su padre, al cabo de pocos años, fundaría la célebre cuchillería Opinel y haría fortuna, una fortuna que continúa en la actualidad.

Dejamos morir la tarde y, cuando el sol empezó a dorar el horizonte, emprendimos la vuelta a casa.

Decidimos ir por la playa, descalzos. Las gaviotas brincaban delante de nosotros, molestas, y las olas eran largas y regulares.

—¿Has recibido lecciones de canto? —me preguntó al rato Lupin.

—Han intentado dármelas, sí —admití mirando el mar. Sabía cantar desde que era muy pequeña, pero me gustaba tenerlo en secreto. Era una satisfacción que me costaba compartir con los demás—. Pero no creo que los latosos profesores de canto estén hechos para mí —añadí.

Era cierto. Odiaba las clases que mi madre me había obligado a tomar. Todos aquellos maestros afectados, con el pañuelo sobresaliendo del bolsillo de la chaqueta negra, los dedos flojos sobre el piano, que repetían durante horas «¡Do! ¡Do! ¡Do mayor! ¡Do mayor!», tratando de que hiciera gorgoritos antinaturales.

—Pues haces mal —siguió diciendo Lupin—. ¡Nunca había oído cantar así a nadie!

—¡Venga ya! —repliqué.

—¡Es verdad! ¡Díselo tú, William!

Sherlock, como siempre, caminaba unos pasos por delante de nosotros. Levantó una mano y dijo:

—Se nota que eres indisciplinada.

—¿Qué? ¿Indisciplinada? —repliqué.

Él me miró por encima del hombro.

Casi habíamos llegado a la ciudad. Se veían los dos islotes frente al promontorio, coronados por gaviotas.

—Si no fueses indisciplinada, ¿por qué ibas a odiar algo útil como las lecciones de canto?

—¡Las odio porque son terriblemente aburridas! —repliqué.

—Precisamente. Es lo que he dicho.

—¡Mira quién fue a hablar!

Sherlock se detuvo entonces. Buscó la complicidad de Lupin y la obtuvo sin ningún esfuerzo.

—¡Menudo carácter! Si te felicitamos porque cantas bien, pides que nos callemos. Y al revés, si te decimos que cantas regular porque no tomas lecciones, ¡te enfadas!

Lupin rio, pero yo no. Mientras Sherlock hablaba, había visto algo a su espalda, detrás de una cresta de rocas que ocultaba la pequeña franja de arena de una cala. Parecía un grueso bulto que el mar había traído a la orilla.

El chillido de una gaviota me puso la piel de gallina y me percaté de que no había oído ni una palabra de lo que Sherlock y Lupin me estaban diciendo.

—Perdonad… —murmuré apoyándome primero en el hombro de Lupin y agarrándole luego el brazo a Sherlock.

Señalé aquel extraño bulto de la orilla.

—¿Qué es… eso?

Ambos volvieron la cabeza. Delante de nosotros, la playa se erizaba de rocas que subían hacia el promontorio. Se veían luego la muralla del barrio viejo, las torres y campanarios de la ciudad, y largas nubes aplanadas que desaparecían hacia el interior.

—Por mil rayos… —murmuró Sherlock envarándose de repente.

—*Mon Dieu!* —exclamó por su parte Lupin al tiempo que echaba a correr por la playa.

Era un náufrago.

Capítulo 6

LA PLAYA DEL MIEDO

Nos detuvimos a pocos pasos de él, justo detrás de las rocas. Era un hombre de cabello largo, pegado ahora a la cara. Yacía con la cabeza sobre la arena y muy compuesto, como si durmiera profundamente. Sus ropas, empapadas y manchadas de arena, parecían curiosamente pesadas. Chaqueta, camisa de puños con gemelos, pantalones de terciopelo y un solo zapato.

—Quedaos aquí… —nos instó Sherlock salvando las rocas de una sola zancada.

—Ten cuida… —quise advertirle, pero Lupin me hizo callar.

Sherlock dio un par de pasos cautos dejando sus huellas en la arena, que se hundía un poco bajo sus pies. Se acercó al náufrago, lo estudió, lo rodeó a medias y al final concluyó:

—Está muerto.

Sentí que me subía un sofoco a las mejillas.

—¿Muerto? —pregunté incrédula.

—Muerto —repitió Sherlock.

—Demonios… Demonios… —empezó a repetir Lupin mientras se disponía a acercarse.

—¡Espera! —lo detuve.

Nos miramos. No quería que me dejara allí sola, y tampoco tenía deseos de acercarme a un cadáver encallado en la playa. Los ojos de Lupin, en cambio, brillaban de curiosidad.

—Voy contigo… —dije entonces reuniendo valor.

Y llegamos hasta Sherlock.

El chico que se convertiría en el investigador más grande de todos los tiempos se había arrodillado junto al cuerpo del náufrago y había empezado a examinarlo con ayuda de una ramita arrastrada por el mar.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Lupin.

—Intento saber quién es —contestó Sherlock.

—¿Le damos la vuelta?

—¿Darle la vuelta? —gemí—. No os atreváis a… ¡tocarlo!

Se pusieron uno al lado del otro. Yo me llevé la mano a la boca y empecé a mirar a mi alrededor con apuro.

—Chicos, yo… creo que deberíamos… —balbucí. Pero estaba claro que aquellos dos no me escuchaban.

—Bonita camisa, cuello inglés —observó Sherlock moviendo sabiamente su palito—. No se ven muchas así por estos lugares.

—Ropa lujosa, diría —estuvo de acuerdo Lupin—. Mira los puños.

—¡Chicos! —insistí.

—Puede que cayera al mar desde un crucero —prosiguió Lupin.

Sherlock meneó la cabeza.

—No va vestido para un crucero. Parece más bien un traje de negocios. O de…

Lupin se agachó para observar la cara del hombre. Notó que tenía la barba descuidada, pero era de rasgos más bien aristocráticos.

Yo no aguantaba más allí. Empecé a alejarme, describiendo largos círculos en la playa. No me cabía en la cabeza que pudieran estar tan tranquilos. A mí, el corazón me latía alocadamente en el pecho y tenía los pies y las manos completamente helados. Aquellos dos, en cambio, parecían… cirujanos en una sala de operaciones.

—¡Vamos a llamar a alguien, chicos! —dije con la voz temblorosa.

Ellos confabulaban.

Suspiré y volví sobre mis pasos.

—Lupin, Sherlock, ¿qué…?

Vi que Sherlock había hurgado con la ramita en el bolsillo de la chaqueta del hombre. Al hacerlo, habían salido dos gruesas piedras y un papelito mojado que Lupin giró.

Me llevé las manos a la boca. En la nota se leía una frase escrita con tinta que el agua había desvaído.

—El mar borrará mis culpas —leyó Sherlock.

Retrocedí un paso, miré a mi alrededor de nuevo y esta vez vi que había alguien en la playa. Era una figura envuelta en una capa azul que le ocultaba completamente el rostro. Su silueta se recortaba contra la línea de árboles que protegía el sendero que habíamos recorrido aquella misma tarde.

Y parecía estar mirando precisamente en nuestra dirección.

El miedo se abatió sobre mí como una ola.

Señalé la figura y grité con todas mis fuerzas:

—¡Vámonos!

Lupin y Sherlock se pusieron en pie como resortes. No estaba segura de que también hubiesen visto al encapuchado en lo alto de las rocas, pero seguro que mi grito los asustó. Empezamos a correr los tres por la playa, lo más de prisa que pudimos, y no nos detuvimos hasta alcanzar la puerta de las murallas.

Una vez allí, nos apoyamos en la piedra aún caliente y nos dejamos resbalar al suelo, jadeantes.

—¿Qué… ha… pasado? —preguntó Lupin cuando recobró el aliento.

—Había un hombre… —balbucí—. Un hombre encapuchado…

Sherlock había cerrado los ojos.

—Un hombre encapuchado… estaba en lo alto de las rocas…

—¿Estás segura?

Asentí tratando de respirar también.

—Nos estaba mirando… Nos miraba a nosotros y… al muerto.

—El hombre sin nombre —intervino Sherlock. Abrió la mano. Había cogido la nota del bolsillo del náufrago.

Los pensamientos zumbaban en nuestras cabezas como un enjambre de abejas enloquecidas. ¿Qué debíamos hacer? ¿A quién teníamos que avisar? ¿Quién había estado observándonos en la playa? ¿Quién era la misteriosa figura que había visto espiándonos?

—No hagamos nada —dijo Lupin, como si me leyera el pensamiento—. No hagamos nada y no digamos nada. Nosotros nunca hemos estado en la playa. No hemos visto a ningún muerto.

—Nuestras huellas están en la arena… —dijo Sherlock.

—La marea está subiendo, las hará desaparecer.

Sherlock asintió.

—Olvidas el hecho de que alguien nos ha visto —añadió señalándome con la barbilla.

—No estamos seguros… —matizó Lupin.

—Os digo que estaba allí. ¡Estoy segura!

—Probablemente sea cierto —dijo Sherlock.

—Y entonces ¿qué hacemos? —pregunté—. ¡Tenemos que decírselo a alguien!

Lupin meneó la cabeza con determinación.

—No. Esperemos, si acaso, a que sea él quien lo diga. Nosotros no hagamos nada.

—¿Y estáis seguros de que el hombre que he visto… avisará a alguien?

Sherlock se levantó y proyectó sobre nosotros su larga sombra.

—Lupin tiene razón. Si el hombre misterioso va a la policía, dentro de pocas horas todo el mundo en el pueblo sabrá la noticia.

—¿Y si no va?

—Entonces significará que, muy probablemente, has visto al asesino, Irene.

Me quedé sin respiración unos instantes. Los ojos de Sherlock eran dos luces en la sombra.

—Y que él nos ha visto a los tres —concluyó, siniestro.

Capítulo 7

UN ARMARIO PARLANTE

El día siguiente era viernes.

Lo recuerdo perfectamente, como también recuerdo perfectamente el momento en que me levanté de la cama y me miré la cara en el espejo del baño. Creí ver a un fantasma. No había pegado ojo, me había pasado toda la noche dando vueltas entre las sábanas.

—Señorita Irene —llamó educadamente el señor Nelson, que me traía una toalla y una palangana con agua caliente para el aseo de la mañana—. Su madre la espera para desayunar.

—Iré ahora mismo —le mentí bajando los ojos para que mi servicial mayordomo no se percatara de las ojeras que los enmarcaban.

Él dejó la palangana sobre el mármol de la consola y se quedó mirándome con más insistencia de la que estaba dispuesta a soportar.

—¿Se siente bien, señorita Irene? —me preguntó.

—¡Estoy de maravilla! —corté en seco, y lo invité a dejarme sola.

Me arrepentí en el acto de haberlo tratado tan bruscamente. Había algunos pétalos de rosa flotando en el agua, un detalle verdaderamente delicado.

Me lavé de manera sucinta y me froté enérgicamente todo el cuerpo con la toalla para reactivar la circulación. Froté y froté, como si quisiera sacudirme algo de encima, hasta que la piel se me puso roja.

Me puse un vestido ligero y largo que me tapara todo lo posible y me dirigí a la mesa del desayuno.

—Irene —me saludó mi madre levantando la mirada del librito encuadernado en piel verde que la veía leer desde hacía meses—. Tienes un aspecto de veras horrible.

—Gracias, mamá —le respondí—. Creo que es el aire del mar.

Ella cerró el librito, irritada, como solía estar a causa de mis modales expeditivos. Noté que, pese a los meses transcurridos, el marcapáginas siempre estaba más o menos en el mismo sitio.

El señor Nelson, muy oportuno, tuvo la amabilidad de interrumpir nuestro airado silencio trayendo una bandeja de plata con la tetera, de la que salían espiras de vapor con aroma a jazmín, y unos panecillos calientes en los que untar mantequilla y mermelada.

Nos sirvió con su habitual gentileza, como si fuese un día totalmente normal.

—¿Qué día nos espera hoy, Horace? —le preguntó mi madre.

Él se apoyó la bandeja contra el pecho, como haría con un escudo, y respondió:

—Hoy hay mucho bullicio en el pueblo.

Me puse rígida.

—¿Bullicio? ¿Y por qué motivo? —preguntó mi madre.

—A consecuencia de una serie de deplorables acontecimientos, me temo —contestó el señor Nelson.

La risa de mi madre, cristalina, resonó en la estancia.

—¡Prosiga, Horace, no nos tenga en ascuas! ¿De qué se trata?

—Nada de lo que no se pueda hablar una vez terminen su *petit déjeuner*, señora —replicó Horace Nelson con una pequeña inclinación.

La cautela mostrada por el señor Nelson al no hablar en mi presencia me confirmó mis sospechas, es decir, que el bullicio y la agitación a los que había aludido estaban ligados al descubrimiento del hombre en la playa.

Mi madre, no obstante, no podía saber los motivos de aquel titubeo y, simplemente, se lo tomó a mal.

—Dígamelo de todos modos, Horace, ¿qué está pasando?

—Ha sido en la costa nororiental del promontorio… —dijo el mayordomo con un suspiro—. Han encontrado un náufrago, señora. Un forastero, dicen.

Yo respiré profundamente, agradeciendo al señor Nelson en mi fuero interno su manera genérica de informarnos.

—¿Y cómo es que un simple náufrago ha excitado así los ánimos? —preguntó mi madre.

—Verá, es que está muerto, señora —fue la seca contestación de Horace Nelson antes de abandonar la estancia.

Un forastero encontrado muerto en la playa le pareció a mi madre una excusa más que plausible para enviar a mi padre un telegrama de alarma.

—¿Puedo ir con usted, señor Nelson? —le pregunté poco más tarde, cuando lo vi ponerse el bombín para ir a la única oficina postal del pueblo.

—Por supuesto, señorita Irene.

Le di las gracias.

—Ya sabe, con esta historia del muerto… —dije mientras recorríamos el camino—. Me siento más tranquila si no estoy sola. Y también mi madre.

—¿De veras? —dijo el señor Nelson alzando una ceja.

No. Estaba mintiendo. No sentía ninguna necesidad de que el señor Nelson me vigilara continuamente y estaba segura también de que mi madre no se sentía realmente en peligro a causa de aquella noticia. Sí, había dictado un mensaje para telegrafiárselo urgentemente a mi padre, a París, en el cual le rogaba que se reuniera con nosotras lo antes posible, pero lo cierto era que mi

madre exigía una continua atención, y el ser olvidada mucho tiempo en una ciudad perdida de la costa atlántica de Francia era lo único que le daba miedo realmente. Para mí, en cambio, el misterioso hombre encontrado en la playa, a los pocos días de nuestra llegada, era casi una diversión placentera.

Asentí distraídamente, esperando el momento idóneo para hacerle un par de preguntas a Nelson.

—¿Qué es lo que ha oído hoy en la ciudad?

—No son cosas adecuadas para los oídos de una señorita respetable —me respondió él con sequedad.

—Ah, ¿y por qué no? ¿Acaso piensa que las señoritas respetables son unas tontainas que no merecen saber lo que ocurre a su alrededor?

—En absoluto —repuso él.

—Entonces ¿por qué no me lo quiere decir? —le pregunté—. ¿Porque soy una chica? ¿Porque soy demasiado joven?

—Por lo uno y por lo otro.

—¡Pero, veamos, señor Nelson! ¿Qué se cree? No tardaré mucho en descubrir toda la historia por mi cuenta. Mire a su alrededor, en la ciudad parece que no se habla de otra cosa.

Y en efecto, en las calles de Saint-Malo se veían corrillos de personas que hablaban animadamente, gesticulaban y alargaban el brazo para señalar varios puntos de la costa.

—Siempre puede preguntárselo a sus nuevos amigos, señorita Irene… —dejó caer el señor Nelson unos pasos más adelante.

Aquella alusión a Lupin y a Sherlock no tuvo sobre mí el efecto buscado. Pero era la primera vez que me encontraba mezclada en una historia así y no estaba preparada para captar los mínimos matices de las frases, las expresiones de la cara, los tonos de voz, como muchos años más tarde me enseñaría a hacer Sherlock Holmes. Los casos se resuelven gracias a los detalles. Y los detalles, después de todo, a menudo son simples. Pequeños frutos de la casualidad.

En la oficina postal había una treintena de personas que, repartidas en varios corrillos, hablaban del hallazgo en la playa. No vi a ningún amenazador hombre de negro, sino solo a un señor achaparrado que pasaba de un grupo a otro, hacía preguntas y anotaba en un cuaderno las partes más interesantes de sus

respuestas, seguramente para redactar un artículo que se publicaría en la edición vespertina del periódico.

—Disculpen… Disculpen… —El señor Horace Nelson se abrió paso hasta la ventanilla de los telegramas, donde se puso pacientemente a la cola.

Yo aproveché para escuchar cuantos comentarios pude, pero lo que logré reconstruir fue solo un gran embrollo.

—¿Ya está satisfecha, señorita Adler? —me preguntó el señor Nelson cuando terminó de dictar el telegrama. El hecho de que me hubiera llamado por mi apellido me hizo comprender lo enfadado que estaba por todo lo que sucedía.

Lo miré.

—Se ha cometido un delito. Pero cada boca que lo cuenta hace que parezca un delito distinto… —dije bastante turbada.

—Precisamente, señorita Adler, precisamente. Todos hablan y todos tienen su propia versión. Y cuando hay demasiadas versiones de los hechos, ninguna es la buena.

Regresé a casa con el señor Nelson.

Me sentía extrañamente vacía y todavía turbada por lo que había oído en la oficina de correos. Mi corazón se había sobresaltado a cada frase temiendo que alguien empezara a hablar de tres chicos. Vistos en la playa, rebuscando en el cadáver. Pero nadie lo había hecho, afortunadamente.

—¿He de avisarla para la comida? —me preguntó el señor Nelson mientras yo subía a mi habitación. No recuerdo lo que le contesté. Estaba completamente sumida en mis pensamientos, no del todo segura de que el no ser mencionados en los comentarios que corrían por el pueblo fuese algo positivo.

Imaginad mi sorpresa, pues, cuando me tumbé en la cama y oí una voz salir del armario de la habitación.

Capítulo 8

UNA VISITA INSÓLITA

A decir verdad, más que hablar, mi armario susurraba. Y susurraba mi nombre.

—¿Irene? ¿Ireneee?

Mi primera reacción fue la de pellizcarme. Luego, sin embargo, a los susurros les siguió un golpe seco en la madera, un rumor de ropas y una imprecación entre dientes.

—¿Lupin? —dije creyendo reconocer aquella voz.

Me levanté de la cama, algo cohibida. Era una bonita mañana luminosa y los rayos del sol se derramaban desde la ventana abierta de la habitación como una cascada dorada. Una suave brisa llenaba

el aire de salitre y traía consigo el canto de los pájaros.

Me acerqué a la puerta del armario, un delicado mueble provenzal de perfil ligeramente ondulado, y la abrí.

—¿Qué haces ahí dentro? —le pregunté.

Que yo recuerde, contando incluso a mis numerosos primos por parte paterna, era la primera vez que un chico ponía un pie en mi dormitorio. Y sin duda ¡era la primera vez que un chico ponía un pie en mi armario!

—¡Shhh! ¡No hables! —exclamó él—. ¡O me oirán!

Mi vestido de seda azul le había caído sobre la cabeza y ahora lo aguantaba arrugado contra él, como un trapo. Parecía casi contrariado por el hecho de que yo estuviera sorprendida.

—William, es decir, Sherlock y yo estamos haciendo una especie de… ¡comprobación! —dijo.

Me complació oír que también Lupin empezaba a llamar a su amigo de aquella manera. Pero no dejé que se notara.

—¡¿En mi armario?! —me asombré.

—¡Shhh! ¿No lo entiendes? ¡Estamos tratando de descubrir si nuestras casas son seguras!

—¿Seguras? Perdona, pero ¿contra qué peligros?

Lupin se libró por fin de mi vestido de seda azul apelotonándolo en un rincón y se dispuso a salir del armario.

—No sabemos quién nos vio ayer por la tarde.

Yo no me moví y le impedí hacerlo a él, quería tener claras las cosas en aquella historia.

—¿Y te parece una buena razón para colarte en mi habitación de este modo?

—Hasta un niño podría haberlo hecho, Irene —me respondió, y señaló la ventana—. Cualquiera, incluso sin estar en buena forma, podría entrar.

Miré la ventana abierta de par en par y los rayos de sol. De repente, me sentí estúpida. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que alguien pudiera… hacerme daño.

—Yo siempre duermo con las ventanas abiertas… —murmuré.

—Es lo que ha dicho Sherlock. Por eso he venido a comprobar si estabas en peligro. Y siento decirlo, pero la respuesta es sí.

Lo miré.

—¿De verdad ha dicho eso Sherlock?

No había dicho a ninguno de los dos dónde se encontraba mi habitación. ¿Cómo podía saberlo Sherlock? La única explicación posible era que me hubiese espiado.

Ese pensamiento me hizo sonreír.

Me senté en la cama y apoyé las manos en las rodillas.

—Lamento haberte asustado. Mi intención era esfumarme antes de que te dieras cuenta —dijo Lupin—, pero os he oído volver a casa y he pensado que era mejor que no me encontrarais.

¿De verdad Sherlock se había apostado cerca de la casa para averiguar cuál era mi habitación?

Me percaté de que Lupin me estaba mirando.

—¿Decías algo? —le pregunté ruborizándome de golpe.

—No, no. Voy a irme por donde he venido y… —Lupin señaló de nuevo la ventana—. He quedado en los baluartes con William, o Sherlock, como tú lo llamas.

—Voy contigo —dije.

Salté de la cama.

Y en ese momento me di cuenta de que tenía una culebra enrollada en el tobillo.

Ya sabéis lo que sucedió luego.

Chillé como una niña pequeña.

Lupin agarró aquel ser repelente y me lo desenrolló de la pierna para arrojarlo luego contra la puerta de la habitación.

Pero yo no dejé de chillar, el señor Nelson subió corriendo la escalera antes que nadie y abrió la puerta sin pensárselo dos veces.

Me vio de pie sobre la cama y vio que señalaba la pobre culebra, que buscaba un hueco por el que desaparecer, a buen seguro más asustada que yo. Pero Horace Nelson no estaba asustado. Sencillamente, agarró el atizador de la chimenea y, después de que yo le pidiera que no le hiciera daño, se libró de la culebra soltándola en el jardín.

Me sentía como aquella reina que, clemente, le había perdonado la vida a un hombre que había atentado contra ella, pero todavía estaba demasiado confundida para acordarme del nombre de aquella reina.

Empecé a respirar con más calma y poco a poco me recompuse.

—¿Se ha ido? —preguntó Lupin asomándose desde el armario, en el que se había vuelto a esconder a tiempo, justo antes de que

Nelson irrumpiera en la habitación.

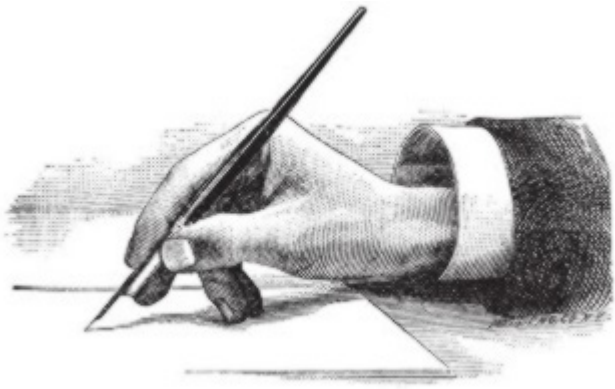
«¡Maldición!», pensé. Casi me había olvidado de que, en presencia de Lupin, acababa de montar una escena propia de una niña mimada de ciudad. Habría querido que se me tragara la tierra.

—Te brillan los ojos cuando te pones nerviosa —me dijo él, en cambio, desconcertándome por completo.

Y antes de que decidiera si era o no un cumplido, desapareció por la ventana, ágil como un gato, con un rumor de hiedra.

Capítulo 9

LOS SECRETOS DE UN FORASTERO



Nos encontramos en el sitio de costumbre, delante de la estatua del pirata, en el ángulo saliente de la muralla que daba directamente al mar.

Sherlock y Lupin estaban sentados en el parapeto, con los pies balanceándose en el vacío, como les gusta hacer a los chicos.

Yo, más prudente, me tumbé boca abajo y apoyé el mentón en el dorso de las manos. Sentía las piedras irregulares de la fortificación clavárseme en la piel bajo el vestido.

—Entonces, según vosotros, ¿debemos tener miedo? —pregunté. Porque yo empezaba a tenerlo y me preguntaba por qué ni Lupin ni Sherlock parecían asustados en lo más mínimo.

—¿Miedo de qué? —quiso saber Lupin.

No hizo ninguna mención al suceso de la culebra y yo no aludí tampoco a su intrusión por la ventana.

—Hemos encontrado un cadáver en la playa… —dije—. ¿Eso significa que hay también un asesino?

—No obligatoriamente —intervino por fin Sherlock—. Pueden ser más de uno, o bien ninguno.

—¿Ninguno, Sherlock? —le preguntó su amigo—. Dado el

estado en que lo encontramos, ¿cómo pudo morir solo?

—La muerte es, tal vez, el acontecimiento más natural de la vida.

—¿Y la nota que tenía en el bolsillo…?

—La nota habla de culpas que el mar borrará. ¿Una especie de siniestra condena, quizá? Puede ser, o tal vez sea el mensaje desesperado de un suicida. Y en los bolsillos de su traje había piedras. ¿Para qué se mete uno piedras en los bolsillos si no es porque quiere ahogarse?

No estaba segura de que tuviese razón. Él prosiguió:

—No sabemos quién era ese hombre, no sabemos cómo murió y tampoco si tenía motivos para quitarse la vida, así que… —Sherlock alzó sus delgadas y despellejadas piernas y las cruzó delante del pecho— no tenemos pruebas suficientes para concluir que lo hayan matado. ¡La hipótesis de un suicidio muy teatral es igual de válida!

—Olvidas al hombre encapuchado —objetó Lupin.

—Cierto, el hombre de la capa azul que Irene dice que vio detrás de nosotros.

—¡Lo vi de verdad! —protesté.

—Estoy seguro de que estás segura de haberlo visto —me corrigió Sherlock—, pero nosotros no podemos estarlo tanto. No podemos estar seguros.

—Te agradezco la confianza, Sherlock.

—No es cuestión de confianza. Diría lo mismo si lo hubiese visto yo.

—Al que vi podría ser el asesino —insistí.

—Perdona, Irene, pero en esto yo también tengo mis dudas —intervino Lupin.

—¡Oh! ¿Y puedo saber por qué?

—Porque un asesino se habría ocultado, habría procurado que no lo vieran… Aunque se tratara de tres chicos como nosotros.

—Bien pensado —concedí.

—No obstante, me gustaría mucho tener clara toda esta historia.

—Faltan cosas por descubrir, desde luego. ¿Quién es el muerto? ¿Lo mataron? Si así fue, ¿el asesino es el encapuchado de la playa? —hice la lista.

Lupin pensó un poco y luego contestó:

—La nota habla de culpas. Y las culpas de un hombre siempre

dejan huella en la vida de los demás. Además, la nota la tenemos nosotros. Tenemos una pista que no tiene nadie, ¡ni siquiera la policía! Yo propongo que indaguemos por nuestra cuenta.

—¿Estás realmente seguro? —le pregunté cuando me di cuenta de que hablaba en serio—. Esa nota… Según tú, deberíamos…

Sherlock negó con la cabeza.

—Quizá debiéramos entregársela a la policía y ya está.

—¡Ah, por supuesto! —soltó Lupin sarcásticamente—. Seamos niños buenos, demos nuestra pista a los policías y volvamos a nuestros juguetes favoritos… ¿Es que no os han entrado ganas de descubrir lo que ha pasado? —preguntó finalmente abriendo los brazos.

Sherlock nos miró, primero a mí y luego a Lupin.

Y se echó a reír.

—¿Qué es tan divertido? —le preguntó su amigo.

—Me río porque, francamente, me parece una empresa imposible. Peligrosa e imposible.

—¿Quieres echarte atrás? ¿Incluso antes de empezar?

—No he dicho eso. Pero pensadlo: incluso con esa nota en nuestras manos, será muy difícil descubrir quién era ese hombre, dónde vivía y qué hacía aquí. Sin contar los peligros que nos arriesgamos a correr.

—¿Tienes miedo?

Sherlock soltó otra carcajada.

—En realidad, no podría pedir más.

Lupin se relajó.

—¡Ahora te reconozco! ¿Y tú qué opinas, Irene?

—Pienso que es una locura. En la ciudad no se habla de otra cosa. Hasta he visto a un periodista en la oficina de correos, sin contar a la policía…

—¡Puaj! —profirió Lupin—. ¡El inspector jefe Flebourg! Mi padre opina que es un completo estúpido. Se pasa la mitad del día comiendo y la otra mitad durmiendo. Podemos hacer como si no existiera.

—Sí, pero… ¿y los demás? Todo el mundo habla del hombre de la playa.

—Irene tiene razón —dijo Sherlock—. Cuantas más personas metan la nariz en este asunto, mayor es el peligro de que embrollen

las pistas.

Lupin se dio una palmada en las rodillas y exclamó:

—Pues si es así, ¡yo digo que tenemos que movernos ya!

—Estoy de acuerdo —dije—. Pero ¿adónde vamos?

Sherlock nos miró. Nuestra determinación parecía divertirlo.

—Allí donde empiezan y acaban muchas de las historias en esta ciudad —contestó él poniéndose en pie de un salto—: ¡el puerto!

—Ejem… —carraspeó Lupin para llamar nuestra atención.

Sherlock y yo nos detuvimos. Casi habíamos llegado a la calleja que, desde los baluartes, bajaba serpenteando por el barrio viejo de la ciudad.

—¿Eh, qué haces? —pregunté—. ¿Nos convences y luego te quedas ahí parado como un animal disecado?

Lupin no se movió de donde estaba y nos miró con una sonrisita enigmática. Parecía divertirse haciéndose el misterioso. No cabía duda de que podía volverse tremendamente irritante.

—¿Se puede saber qué tienes en mente? —lo apremié volviendo sobre mis pasos.

—¿Cómo reaccionaríais si dijera que hay alguien que sabe quién era el náufrago? —nos preguntó por fin Lupin acabando con la incertidumbre.

—Es sencillo, te preguntaría si conoces a ese alguien —contesté.

—Puede —repuso él, evasivo.

Y balanceándose como un ridículo bailarín, se puso a caminar por delante de nosotros.

—Ayer por la noche me hice un sencillo razonamiento… —nos explicó—. ¿Quién era ese hombre? No dejaba de preguntármelo, no conseguía dormirme. Por sus ropas, sabemos que era un hombre de cierta elegancia: la chaqueta, los gemelos… Una persona así no pasa desapercibida, me dije; sin embargo, esta mañana, cuando empezó a correr el rumor del hallazgo, todo el mundo concordaba en un solo detalle…

—Que no era de aquí —proseguí por él, dado que había escuchado los mismos comentarios.

—Exactamente —dijo Lupin rozándome la punta de la nariz con un dedo—. Y si no era alguien de aquí, solo había dos alternativas. O estaba de vacaciones como tú, Irene, o bien era un forastero de paso. Esta mañana temprano me he dado una vuelta rápida por los

mejores hoteles de la ciudad. —Lupin lució su acostumbrada sonrisa —. En el Maritime no me han sabido decir nada, pero en…

Sherlock pareció a punto de decir algo, pero se calló y dejó continuar a su amigo.

—… el Hôtel de la Paix el misterio de nuestro hombre estaba más que resuelto ya.

—Ah —comentó finalmente Sherlock.

—En la *conciergerie* trabaja un amigo de mi padre… —contó Lupin—. Le he hecho un par de preguntas y he descubierto que el náufrago se alojaba allí. Y por lo que parece, iba y venía continuamente. Por negocios, me ha dicho.

—¿Y el amigo de tu padre te ha dicho también cómo se llamaba? —pregunté, demasiado curiosa para esperar el resto del relato.

—*Mais oui!* —asintió Lupin en tono triunfante—. ¡El nombre del misterioso náufrago era François Poussin!

Me emocioné tanto por lo que Lupin había descubierto, y por la ingeniosa manera en que había llegado a su descubrimiento, que creo que lo abracé impulsivamente, felicitándolo por su intuición. Y me quedé igual de asombrada al darme cuenta de que Sherlock, en cambio, no se había movido ni un paso y no había dicho ni palabra, como si algo lo trastornara.

Me entró la duda incluso de que Sherlock pudiera estar… celoso de Lupin. Como si entre ellos hubiera una especie de reto a ver quién me impresionaba más.

Incluso hoy, ese recuerdo aún me hace sonreír. ¡Evidentemente, todavía no conocía lo bastante bien a Sherlock Holmes! Tuve que corregir mi impresión en cuanto mi amigo inglés se decidió por fin a hablar.

—Verdaderamente notable, Lupin —dijo.

—¡Tonterías! —eludió el cumplido Lupin, que mientras tanto se había librado de mi abrazo.

—Notable e increíblemente insólito, diría —prosiguió Sherlock, cada vez más absorto.

—¿Insólito? ¿Qué hay de insólito en tener una habitación en el Hôtel de la Paix?

—Oh, nada, nada… —se apresuró a añadir Sherlock—. No hay absolutamente nada insólito en tener una habitación en el Hôtel de

la Paix, sobre todo siendo forastero, pero el hecho es que… —Sus labios se tensaron y le dibujaron en el rostro una expresión dubitativa—. Por una afortunada coincidencia, esta mañana he hecho una indagación similar a la tuya. Paralela, me atrevería a decir. Yo también había pensado que nuestro hombre de la playa podía ser un forastero, de cierta elegancia y, en suma, todas las cosas que acabas de decir tú. —Sherlock hizo otra de sus largas pausas de gran efecto—. Lo gracioso es que, bueno, ¡yo también lo he encontrado! —reveló mirándonos a Lupin y a mí con ojos ardientes—. Solo que mi hombre se llamaba Jacques Lambert y tenía una habitación en el Hôtel des Artistes.

Capítulo 10

HÔTEL DE LA PAIX

Pensándolo bien, debía de haber algo predestinado en nuestra vida. De otro modo, ¿cómo explicar el hecho de que tres chicos que se acababan de conocer, en una perdida localidad marítima, se tropezaran en seguida con un caso tan singular y enigmático?

La única respuesta que acierto a darme es que el destino quería que aquellos tres jóvenes compartieran una aventura memorable, un recuerdo precioso que los ligara para toda la vida.

¿Cómo imaginar una historia más increíble que aquella? ¡Un muerto hallado en la playa que, cuando estaba vivo, tenía dos nombres y se alojaba en dos habitaciones de hoteles distintos de la misma ciudad! Y otro hombre, no menos misterioso, al que solo había visto yo pero que, estaba segura, nos había visto a los tres.

Y para terminar, el amigo del padre de Lupin, el que trabajaba en el Hôtel de la Paix, que parecía tener la intención de confundirnos aún más.

No recuerdo exactamente cómo se llamaba. Era un altisonante nombre holandés, tal vez Van Hesselink o algo parecido. Lo que sí recuerdo bien es que aquel nombre no cuadraba nada con su aspecto. En efecto, era un hombrecillo de ojos redondos y una chaqueta tres tallas mayor que la suya. Para hablar con él, había que esperar a que pusiera el oído bueno, en caso contrario era

esfuerzo desperdiciado y había que repetir todo desde el principio.

Le preguntamos por el hombre que conocía como François Poussin y él nos respondió con una serie de largas frases inconclusas en las que costaba trabajo encontrar un hilo lógico.

—Ah, el señor Poussin… Pues claro, era cliente nuestro… Un hombre atractivo, muy alto, no demasiado alto, pero un hombre atractivo, de verdad… No es que me corresponda a mí decir si un cliente es o no es un hombre atractivo, pero este lo era de verdad… Casi más que tu padre, Lupin, con eso lo digo todo, ¿no crees?

Insistiendo con nuestras preguntas, pudimos averiguar que François Poussin era huésped del hotel desde hacía casi un mes y que dejaba su habitación con cierta frecuencia.

—Nunca estaba más de tres días… Pero, pasados otros tres, ahí estaba de vuelta…

Sherlock le pidió poder ver el registro de firmas, pero, por lo que parecía, el hotel no tenía.

—¿Alguna vez le dejó un recado, una nota, alguna instrucción escrita? —le preguntó al amigo de Lupin.

—¿Cómo dices, muchacho? ¿Que si llevaba pajarita?

Sherlock tenía que encontrar algo escrito por François Poussin de su puño y letra para poder compararlo con la nota que llevaba encima el hombre de la playa. Lo convencimos para que nos dejara ver su habitación.

—¿Nunca habló con él? —le preguntó Lupin mientras subíamos en fila india por una escalera que crujía.

—¡Nunca! —rugió el señor—. Salvo alguna frase de vez en cuando. Cosas sin importancia. A lo mejor quería un café o un buen zumo.

—¿Y no tenía acento? —pregunté yo haciendo que se detuviera en lo alto de la escalera.

—Acento, dice la señorita, ¿eh? Bueno, ahora que lo pienso… Sí, acento del sur, diría, marsellés, para ser preciso.

Manipuló con el *passe-partout* del hotel; primero abrió una habitación equivocada y luego la que había sido de nuestro hombre.

—Este es un favor personal que te hago solo porque tu padre y yo somos amigos, ¿entendido? —aclaró quejumbrosamente el hombrecillo dirigiéndose a Lupin—. No toquéis ni mováis nada, por favor. Mejor, no paséis de la puerta y echad una ojeada desde fuera.

—¿La policía ya ha estado aquí? —preguntó Lupin deslizándose por delante de la barriga del hombre, desobedeciendo su prohibición de entrar.

—Durante mi turno, no —respondió.

—Tch. Una investigación realmente cuidadosa.

—Mejor para nosotros —comentó Sherlock.

—¡Te lo ruego, Arsène! Se trata de un favor personal, no hagas que me arrepienta, porque…

Entonces, el hombrecillo se lanzó a una retorcida explicación de la cual, de todos modos, ninguno de nosotros escuchó una sola palabra.

Fue el viernes de las habitaciones. Lupin había entrado a hurtadillas en la mía y me había dado un susto mortal. Y ahora éramos nosotros los que entrábamos en la que, al menos según nuestra reconstrucción de los hechos, debía de ser la última habitación en que había dormido el hombre encontrado en la playa.

Al poner el pie en aquel cuarto, me sentí asaltada por una sensación de angustia y por algo más indefinido, en absoluto agradable.

Encontraba especialmente macabro aquel lugar, tanto, que evité cuidadosamente rozar cualquier cosa. Me moví como un títere entre la ráfaga de frases inconclusas del *concierge* y la metódica inspección de mis amigos. Era una bonita habitación, luminosa, que recibía la luz de un amplio tragaluz. La cama estaba bien hecha, sobre la mesilla había un librito de tapas rojas. Una chaqueta, un par de pantalones de pana, una maleta minúscula, ropa interior para dos días y un par de zapatos, en cuya suela Sherlock comprobó el número.

—Nuevos y poco usados… —comentó observando lo poco gastada que estaba la suela de cuero.

Aparte de aquello, y de una pequeña maleta de piel, no había prácticamente nada más. Nada que nos aclarara su profesión, ningún papel, ningún indicio que pudiera ponernos tras la pista adecuada.

Nuestra visita a la habitación había terminado.

Pero, cuando salimos, el librito rojo de la mesilla había desaparecido.

—¿Y usted no tiene idea de quién podría haberlo matado?

El hombrecillo nos acompañó al vestíbulo del hotel, que crujía menos. Esta vez oyó la pregunta a la primera.

—Me lo habrán preguntado hoy diez personas por lo menos… —Se encogió de hombros—. Nunca recibió a nadie. No hablaba con nadie, que yo sepa. Iba y venía continuamente y… no tengo la menor idea de a qué se dedicaba. Le lavábamos las camisas y la ropa interior, eso sí, pero aparte de eso… Tampoco habló nunca con mis compañeros… Quién sabe, por lo que yo sé, puede haberlo matado incluso el ladrón de los tejados.

—¿El ladrón de los tejados? —pregunté—. ¿Y quién es?

Repetí la pregunta y el rostro del hombre se deformó en una especie de mueca que, en su intención, debía de ser misteriosa pero que solo resultaba cómica.

—Oh, muchos lo han visto… En las noches sin luna hay una figura que vaga por los tejados de la ciudad… Una figura vestida de negro que trepa por las paredes como si fuera una araña…

Miré a Lupin.

Y descubrí que mi amigo había palidecido.

Cayó la noche, que me sorprendió mientras volvía a casa con Sherlock. Tuve la impresión de que la extensión ondulante y tenebrosa del mar, junto a nosotros, se había tragado de golpe todos los colores. Las calles se habían vuelto grises, las piedras de las casas, violeta oscuro y los parterres de glicinias, de un color plateado sin brillo.

Habíamos hablado mucho, fantaseando sobre nuestro hombre con dos nombres, sin llegar, por lo demás, a ninguna conclusión.

—Ese ladrón de los tejados, siempre vestido de negro, ¿crees que podría ser la misma persona que vi en la playa? —le pregunté a mi amigo mientras subíamos por las callejuelas que llevaban a nuestras casas. Él no parecía muy convencido de aquella suposición. Podía leer en sus ojos que no había creído ni una sola palabra de lo que nos había dicho el *concierge*.

—No lo sé, pero…

Su expresión perpleja me hizo comprender que no era cuestión de insistir.

—Es un poco tarde —dije cuando estábamos a punto de llegar a mi casa—. Espero que tu madre no se enfade.

Noté que Sherlock había guiado nuestro paseo de modo que

evitásemos pasar primero por delante de su casa. Quizá para que no fuera yo la que lo acompañara a él o para que no me viera obligada a pedirle que siguiera hasta mi verja. Fuera cual fuese el motivo, le estuve agradecida.

Tardó unos segundos en comprender lo que le había dicho. Y cuando lo hizo, se echó a reír.

—He dejado todo preparado antes de salir. Además, no estoy preocupado, cuando juega a las cartas suele volver tarde.

Casi habíamos llegado.

—¿Puedo preguntarte algo? —añadí.

Él se metió las manos en los bolsillos.

—¿Lo has cogido tú?

No tuve que explicarle de qué hablaba.

—Solo para ver si hay anotaciones —me contestó.

—Claro, por la letra —asentí yo.

Luego solté un gran suspiro y doblé la esquina.

—Enciérrate bien en casa —me aconsejó Sherlock.

—¿Qué?

—Comprueba la puerta, aunque esté el mayordomo, pero sobre todo… cierra la ventana.

Levantó los ojos hacia mi casa y noté que su mirada se demoraba, pasando de una a otra de las ventanas iluminadas del segundo piso.

—Si no me equivoco… Lupin me ha dicho que tu ventana debe de ser esa que hay ahí —murmuró señalando una.

Alcé una ceja.

—¿Ah, sí? ¿De verdad te lo ha dicho?

¿Quién de los dos había dicho al otro cuál era mi ventana?

Sherlock me miró. Sus ojos brillaban. Iba a decirme algo, pero luego, fuera lo que fuese, desistió.

—Buenas noches —se despidió—. Nos vemos mañana.

—Buena noches, Sherlock.

Esperé a verlo desaparecer en la oscuridad, luego di media vuelta y corrí hacia las luces de mi casa.

Mi padre debía de haber llegado.

Capítulo 11

VOCES EN LA NOCHE

—¡Irene!

—¡Papá!

Allí estaba mi famoso padre. Me esperaba en el recibidor con los brazos abiertos y yo me arrojé a ellos llena de felicidad.

—Pero ¿cuándo has llegado?

—¡Ahora mismo, pequeñuela, ahora!

Me levantó en el aire como hacía desde que tenía memoria y no me volteó en una pirueta solo porque mi madre nos llamó al orden inmediatamente.

—¿Leopold?

Así se llamaba mi padre, como un príncipe bohemio. Y habría sido un excelente príncipe, pese a no tener aspecto principesco: era un hombre pequeño y entrado en carnes, de mirada avispada y bigotes en continuo movimiento. Sus manos eran suaves y fuertes al mismo tiempo, y su piel olía siempre a afeitado reciente y agua de colonia, incluso después de los viajes más largos.

En seguida me di cuenta de que estaba muy cansado y que aquella sorpresa debía de haberle costado un gran esfuerzo. Estaba

contento de estar allí, aunque, bajo su sonrisa, se notaba claramente el agotamiento.

—Y bien, ¿qué tal van las vacaciones?

—¡Ya lo sabes, supongo! ¡Son vacaciones con muerto incluido, papá! —le susurré, divertida.

—Lo sé, lo sé… —repuso él acariciándome el pelo—. Un misterio de tomo y lomo, ¿eh?

Entre nosotros existía una gran confianza y una complicidad que a veces no sabía cómo explicar. Acababa de llegar y ya me habría gustado llevarlo a conocer a mis nuevos amigos y, tal vez, también la casa Ashcroft.

Nos dirigimos, en cambio, al comedor, donde todo estaba ya preparado y la cristalería y los cubiertos de plata en perfecto orden hacían más difícil cualquier conversación.

Para mi sorpresa, descubrí que teníamos un invitado. Un señor alto y delgado, muy distinguido, de unos sesenta años, que respondía al nombre de doctor Morgoeuil.

Era un médico de la ciudad que nos visitaba a invitación de mi madre, y se le veía muy contento de conocer a mi padre.

El doctor Morgoeuil habló poco aquella noche, pero era comprensible. Mis padres tenían, de hecho, una manera bastante particular de divertirse: generalmente, era mi madre la que hablaba, mientras que mi padre se limitaba a hacer observaciones puntuales de una o, como mucho, dos palabras. O mejor aún, asentía con un simple ademán de cabeza. De vez en cuando me lanzaba una mirada que yo siempre atrapaba al vuelo, por la sencilla razón de que sabía perfectamente cuándo me las dirigiría. Es decir, cada vez que estaba seguro de que nadie lo vería. En esos momentos, mi padre aprovechaba para hacer toda suerte de muecas y poner caras bufas: desencajaba los ojos, hinchaba sus ya gruesos labios o hacía como si le entrara un irresistible ataque de sueño.

Era divertido y por eso me gustaban las cenas en que estábamos todos juntos. Aunque eran escasas, porque mi padre trabajaba mucho. Como tuvo oportunidad de contar mi madre al doctor Morgoeuil, mi padre era un gran industrial alemán de trenes y vías férreas por cuenta de la familia real bávara. Era una persona importante, en suma. Alguien que viajaba mucho y envidiaba a las personas que podían quedarse en paz en sus casas. Esas personas

que, con toda probabilidad, cuando lo veían marcharse envidiaban sus continuos viajes, siempre en trenes de lujo y grandes hoteles.

—Qué fascinante, señor Adler —comentó el doctor en un determinado momento de la velada—. Y mis felicitaciones a la señora, todo estaba exquisito.

El señor Nelson quitó la mesa y los adultos pasaron al salón para tomar café, té o alguna de aquellas bebidas de color rubí que, lo sabía bien, yo no debía tocar.

Me despedí de los tres, empezando por el doctor y terminando por mi padre.

—Mañana vamos a la playa, ¿te apetece? —me propuso él.

—¿Te quedas con nosotras? —le pregunté a mi vez, felizmente incrédula.

—¡Solo unos días, pequeña mía! Solo hasta el lunes.

Y así, sabiendo que mi padre estaba en casa, se me pasó de golpe todo el miedo, del hombre vestido de azul, de las culebras que se escondían en la hiedra y de quien, tal vez, observaba mi casa desde las callejas de la ciudad vieja.

Quizá fue un error, porque ellos, en cambio, no se olvidaron de mí.

Me desperté sobresaltada en mitad de la noche.

Y lo primero que miré fue el armario.

La puerta estaba entreabierta y me había parecido que alguien susurraba desde dentro. Quizá solo lo había soñado.

—¿Lupin? —pregunté estúpidamente. De hecho, no obtuve respuesta.

El corazón me latía con fuerza.

Me acerqué con cautela a la ventana tapándome con una almohada y aparté la cortina para mirar afuera. Vi el mar, oscuro, veteado por una quebrada línea plateada. Y el cielo tan limpio que podían contarse las estrellas una a una.

No vi a nadie en la calle. Ni una sombra detrás de las glicinias. Todo me pareció tranquilo.

Con ansiedad, abrí la puerta del armario, pero allí dentro no vi más que la masa oscura de mis vestidos, que en las sombras parecían todos iguales.

Sin embargo, alguien susurraba de verdad.

Eran mi padre y mi madre.

Me asomé al pasillo. El reloj de péndulo dio unos toques sordos que parecían venir del fondo de aquel mar oscuro que acababa de ver. Y la conversación de mis padres me llegaba a ráfagas, solo cuando uno de los dos alzaba un poco la voz.

Podía oír con claridad el lento ronquido del señor Nelson, metódico y tranquilizador.

No sé por qué, pero aquella noche decidí escuchar lo que decían. Quizá porque estaba tan metida en mi papel de pequeña investigadora que creía deber indagar todo el tiempo, en todas partes. O quizá porque sentía curiosidad, o a lo mejor porque yo debería haber estado en el salón charlando con mi padre hasta altas horas.

El caso es que me senté en lo alto de la escalera y me dispuse a escucharlos, sirviéndome de la fantasía para completar las frases que no conseguía captar.

No fue difícil comprender algo: estaban hablando de mí.

—… preocupada —oí decir a mi madre.

Sentí que el latido de mi corazón se aceleraba un poco. ¿Preocupada por qué? ¿Por el hombre de la playa? ¿O por…?

—No hay ningún motivo —repuso mi padre, tranquilo—. Aquí estará más tranquila que en ninguna otra parte.

—Puede ser, pero… Los rumores corren.

—Tú déjalos correr. El doctor…

El resto de la frase se me escapó.

—Nunca se enterará, ¿verdad? —preguntó en determinado momento mi madre.

Mi padre dudó antes de darle su respuesta.

—Yo creo que, tarde o temprano, deberíamos decírselo.

«¡Oh!», exclamé para mí. ¡Pero yo me lo olía! ¡Podía intuir de qué estaban hablando! Sentí el impulso de bajar la escalera e ir a decirles a mis padres que lo había entendido, pero en ese momento una mano negra apareció a mi espalda y me apretó el hombro levemente.

Abrí la boca, pero no grité.

—Supongo que lo mejor será volver a la cama, señorita Irene… —me susurró el señor Nelson.

Había aparecido junto a mí sin que me diese cuenta.

—No está nada bien escuchar las conversaciones de los demás.

En la oscuridad que me rodeaba, veía solamente su sonrisa blanca, semejante a una media luna.

Seguí su recomendación y, a la mañana siguiente, me había olvidado ya de lo sucedido.

Capítulo 12

LA DAMA NEGRA

—¿Se puede saber dónde has estado? —me preguntó Sherlock en cuanto asomé por los arbustos que circundaban la casa Ashcroft. Caminé hacia él y le sonreí. Me alegraba verlo, mientras que él parecía contrariado. Vino a mi encuentro como si quisiera pisotearme, pasó por mi lado y se encaminó por el sendero por el que yo acababa de llegar.

—¡Venga, vámonos ya!

«¿Venga, vámonos ya?», pensé, irritada.

Pero ¿quién se creía que era?

Y sobre todo, ¿con quién se creía que estaba hablando?

—¡WILLIAM SHERLOCK HOLMES! —exclamé parándome donde estaba.

Oír su nombre completo y pronunciado con aquel tono de voz debió de provocar el efecto que yo esperaba, porque dio un saltito sobre sus pies y se paralizó de repente.

—¡PÍDEME DISCULPAS AHORA MISMO!

—¡JA! —exclamó él—. ¿Disculpas? ¿Disculpas por qué? ¿Por haberme hecho esperar en la muralla y luego aquí toda la mañana?

—¡Pero es que ha llegado mi padre! —me justifiqué, sin poder evitar, no obstante, sentir algo de culpa por haberlo tenido esperando.

—¿Y?

—Y no lo veía desde hacía mucho tiempo… ¡Hemos ido a dar una vuelta en barco!

—Y dime, ¿cómo podía saberlo yo?

—¿Y por qué razón debías saberlo?

—¡Hicimos un pacto, señoritinga, los tres!

—¡Un pacto! ¿Qué pacto?

—¡Estamos llevando a cabo una investigación! ¡Una investigación peligrosa! ¿O es que se te ha olvidado?

—Pero ¿cómo te atreves? ¡No eres mi hermano! Y tampoco mi…

No sé qué es lo que iba a gritarle en aquella ocasión, pero la palabra no dicha sirvió, como por arte de magia, para que dejáramos de pelearnos. Nos dimos cuenta de lo mucho que debíamos de haber gritado y de cuánto nos habíamos acercado, hasta terminar chillándonos a pocos centímetros de distancia una del otro en medio de los arbustos.

Cuando nos percatamos, parpadeamos un par de veces.

Luego Sherlock entornó los ojos y dijo:

—Oh, bueno…

Y yo dije:

—En fin, yo…

Vinieron a continuación otras avergonzadas tentativas de explicarnos, compuestas por frases que no conseguíamos acabar, como: «Es solo que…», «Quizá habría debido…», «No, quizá sea mejor…», «Lo siento, estamos todos un poco…».

Y después, por suerte, llegó Lupin.

—Grandes noticias, señoras y señores —empezó a decir el tercer miembro de nuestro pequeño club de detectives aficionados.

Nos habíamos sentado en los muebles destartalados del viejo porche de la casa Ashcroft. Frente a nosotros teníamos el mar y a nuestra espalda el viento silbaba en las estancias vacías del caserón. Compartíamos el contenido de un cucurucho de papel lleno de una especialidad italiana que mi padre me había traído de París. Los llamaban «colines» y eran como palitos finos de pan crujiente, que se comían partiéndolos y mordisqueándolos.

—Tal vez hemos hecho mal menospreciando la información sobre ese misterioso ladrón de los tejados —dijo Lupin—, porque ayer por la noche, por lo que parece, actuó.

—¿Otro muerto? —pregunté dando un respingo.

—¡No! ¡Un robo!

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de robo?

—Le han robado un collar de diamantes a la señora Martigny —contestó Lupin—. Un collar de gran valor, ha dicho el inspector jefe Flebourg. ¡Si lo hubierais visto! ¡No se estaba quieto un momento!

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Sherlock.

—Me he enterado indirectamente… —respondió Lupin casi metiendo la cara en la bolsita de colines—. Esta mañana, el inspector se ha presentado en la carpa de mi padre para…

Y entonces Lupin me lanzó una larga mirada que me hizo sentir incómoda.

—Para hacerle una consulta.

Tragué saliva.

—¿Qué clase de consulta?

—Una consulta acrobática —dijo Lupin riéndose—. Parece que este misterioso ladrón, para entrar en casa de la señora Martigny, tuvo que bajar desde el tejado, pero es un tejado con mucho declive, peligrosísimo. Y debía de ser muy bueno, porque, según parece, no ha dejado ni rastro: ni marcas en los muros ni en los tejados cercanos, ni mucho menos en la ventana.

—¿Y estaba abierta? —se informó Sherlock.

—Eso parece.

—¿Y qué le ha dicho tu padre? —le pregunté yo.

—¿Al inspector? —Lupin se encogió de hombros—. Le ha dicho que, para entrar por esa ventana, el ladrón debe de ser un verdadero profesional y que, por lo tanto, no tienen ninguna posibilidad de pillarlo. Y luego me ha susurrado al oído que él mismo no lo habría hecho mejor.

Nos reímos divertidos.

En aquella época, ninguno de nosotros, y mucho menos Lupin, sabía cuál era el verdadero oficio de su padre. Simplemente, creíamos que era un gran equilibrista, un experto en artes marciales, un artista de circo.

Muy pronto descubriríamos que no era eso solamente. Y nuestro amigo Lupin no se limitaría a descubrirlo, sino que seguiría sus pasos y se volvería mucho más hábil que él.

El mayor ladrón de todos los tiempos.

—Perdonad —intervine—. Según vosotros, ¿el robo del collar de diamantes de la señora Martigny y el muerto de la playa están relacionados? —Partí un colín en tres trozos y les di dos, uno a cada uno—. ¿Hay algo que los une?

—Un ladrón no es un asesino, pero… En efecto, es curioso que en una ciudad pequeña como Saint-Malo sucedan dos hechos así tan seguidos.

—Seguro que este robo enturbia las aguas… —observó Sherlock —. El inspector no solo debe descubrir lo que le sucedió al misterioso hombre de la playa, sino también resolver el robo de un collar de diamantes. Y esa señora Martigny, ¿tú la conoces?

Lupin negó con la cabeza.

Sherlock sacó de los pantalones el librito rojo que había birlado de la mesilla en la habitación del señor Poussin.

—¿Has descubierto algo? —le preguntó Lupin.

—Sí —respondió mi amigo—. La nota que encontramos en su bolsillo no estaba escrita por él.

Pasó unas hojas del libro y nos enseñó una anotación escrita en el margen de una página. La letra era manifiestamente distinta de la de la nota.

—Esto complica las cosas —murmuró Lupin con un tono más fascinado que contrariado.

—Con toda seguridad, complica la hipótesis del suicidio. ¿Por qué un hombre que quiere matarse haría que encontraran en su bolsillo una especie de nota de adiós… —se preguntó Sherlock— que no ha escrito él?

No pude evitar pensar que había realmente una relación con el fantasmagórico ladrón de los tejados, pero no lo dije en voz alta.

—¿Entonces? —pregunté con cierta ansiedad—. ¿Qué hacemos?

—Lo primero es devolver el libro al lugar donde lo encontramos. Después, vayamos al Hôtel des Artistes, el segundo en que tenía habitación —propuso Lupin cogiéndole el libro de las manos a Sherlock—. ¿Hay alguna otra cosa interesante?

—Un naipe que utilizaba de marcapáginas —contestó Sherlock enseñándoselo. Era una reina de picas. Se la metió rápidamente en el bolsillo y añadió—: Una referencia clara a la señora Martigny.

—¿Una referencia clara? —repetí, pasmada.

—En el pueblo, algunos la llaman la «Dama Negra» —me explicó

Sherlock— por su costumbre de vestir únicamente ropa negra, como si estuviera de luto.

—Lo he oído decir —confirmó Lupin—. Y también he oído que está casada con un hombre bastante acaudalado, el cual, por cierto, prefiere sus negocios a su esposa, de ahí que nunca esté aquí —añadió.

Me mordí los labios pensando en mi familia.

Nos quedamos un rato más sentados fuera de la casa Ashcroft, haciendo mil conjeturas sobre los acontecimientos que sucedían en torno a nosotros, con la inconsciencia de esa edad maravillosa. Estábamos muy unidos, tres amigos inseparables. Y ninguno de nosotros se hacía aún demasiadas preguntas sobre lo que estaba bien o lo que estaba mal hacer. Nos entusiasmábamos con nuestras propias palabras y quemábamos las horas juntos animados por una insaciable curiosidad. Éramos alegres, inquietos, decididos. Jugábamos con la vida de las personas que nos rodeaban con la imprudencia más desconsiderada.

Tal vez porque la vida todavía no había empezado a jugar con nosotros.

Capítulo 13

HÔTEL DES ARTISTES

El Hôtel des Artistes no tenía absolutamente nada de artístico. Era una vieja casa que daba al puerto, austera y sombría, sin alma.

Las obras de los artistas a las que debía su nombre estaban expuestas en el vestíbulo y en los pasillos de la primera planta, como listas para ser vendidas. Por mucho que se intuyese que era un establecimiento de cierto prestigio, el Hôtel des Artistes tenía una pátina siniestra, daba la impresión de que, entre los muebles, los cuadros y las estatuas que acompañaban a quien entraba hasta el mostrador de recepción, siempre hubiera alguien espiando.

El *concierge* era alto y encorvado, nos miraba desde detrás de unas gafitas de cristales gruesos y se movía a tirones, como una marioneta.

No parecía importarle saber por qué estábamos interesados en Lambert y nos contó una historia idéntica a la que habíamos oído en el Hôtel de la Paix. El señor Jacques Lambert iba y venía continuamente, no se quedaba en la habitación más de dos o tres días seguidos y se ausentaba con frecuencia.

—¿Y veía a alguien aquí? —preguntó Sherlock—. ¿Recibía mucha correspondencia?

El hombre de las gafitas tomó aire a través de sus dientes ralos antes de responder.

—Dejadme que piense… ¿Si recibía a alguien? No. Generalmente se quedaba en su habitación. Pero, en cuanto a la

correspondencia, pequeños metomentodos, quizá sea mejor que preguntéis a ese señor de ahí. ¿No es verdad, Octave?

Dijo el nombre en voz bastante alta, como si quisiera asegurarse de que lo oía. A nuestra espalda, alguien bajó el periódico ruidosamente.

—Mira quién está aquí… —murmuró el hombre que lo leía escrutándonos con aire aburrido—. ¿Me equivoco o eres el joven Holmes?

Sherlock se volvió y se pasó la mano por la frente, azorado.

—Señor… —saludó con mucha educación.

—Sí, claro que sí, eres tú. ¿Cómo va todo en casa? ¿Se han resuelto las cosas?

Vi que Sherlock se ponía nervioso y percibí el acostumbrado desasosiego que nacía en él cada vez que la conversación recaía en algo que concerniera a su familia.

—Todo… todo va bien, sí, señor Octave —contestó, cortado.

—Me alegro —dijo el hombre del periódico. Y en ese momento lo reconocí: lo había visto antes, en la oficina de correos, cuando había acompañado al señor Nelson.

Era el director, como descubrí más tarde.

—¿Qué buscáis aquí, chicos?

Fue el hombre de la recepción el que respondió por nosotros:

—Preguntaban por la correspondencia del señor Lambert.

—¿Del señor Lambert? ¿Y por qué os interesa?

—Oh, bueno… —contestó Sherlock—. En realidad, por ningún motivo en concreto.

No sabíamos si en la ciudad se había descubierto ya la doble identidad del hombre de la playa y no queríamos ser nosotros los que hicieran circular la noticia.

—Estamos jugando a la caza del ladrón —improvisó Lupin por los tres—. Nos hemos enterado del robo del collar de diamantes y nos hemos puesto a buscarlo nosotros también.

El director de la oficina de correos se echó a reír.

—¿Y creéis que vais a encontrarlo en el hotel?

El recepcionista movió los dedos sobre el mostrador. Tenía las uñas muy largas y curvadas, me recordaron unas conchas tropicales que había visto en un museo de París.

—En algún lugar tendrá que estar, ¿no? —replicó Lupin con

tranquilidad.

—¿Y sospecháis del señor Lambert? Bueno, como policías no sois malos, chicos, pero me temo que debo desilusionaros. El señor Lambert está…

—Muerto, lo sabemos —se me escapó.

El director de la oficina postal y el hombre de la recepción cruzaron una larga mirada que me hizo sentir la persona equivocada en el lugar equivocado. También Sherlock y Lupin se habían puesto rígidos; puede que hubiéramos sido unos ingenuos yendo a pedir información de una manera tan directa y descarada.

—Creo que no tengo el placer… —dijo el director de la oficina.

—Irene Adler —me presenté—. Estoy en Saint-Malo de veraneo.

—Pues, según parece, ha llegado en mal momento —comentó el hombre, flemático—. En nombre de todos mis conciudadanos, no puedo más que lamentar cuanto está sucediendo, ¡un suicidio en la playa y un feo robo en pocos días!

—¡Como para que esos canallas de periodistas enloquezcan de júbilo! —comentó desdeñoso el recepcionista.

—¡Es raro que usted diga eso! —intervino Lupin—. Porque parece que también el señor Lambert era corresponsal de un periódico de El Havre, o quizá de Brest. ¡Es el motivo por el que nos interesa su correspondencia!

El hombre de las gafitas pareció sinceramente sorprendido. Las palabras improvisadas por Lupin habían sido muy astutas. Aquella novedad, completamente inventada, de un Lambert periodista había despertado el interés del director de correos, que preguntó:

—¿Corresponsal de un periódico? ¿Lo dices en serio?

—Es la primera vez que lo oigo —comentó el recepcionista—. Pero, en efecto, eso explicaría su continuo ir y venir…

—Podría ir a comprobar sus registros postales —murmuró el director, cada vez más interesado—. Pero esto, se sobreentiende, queda entre nosotros.

—¡Por supuesto! —repetimos al unísono con una gran sonrisa de chicos buenos.

Permanecimos aún unos minutos charlando, sin obtener más información digna de mención. Repetimos el cuento del periodista que se había inventado Lupin y escuchamos a dos hombres, que nos aportaron rumores y opiniones varios recogidos en el pueblo sobre

los hechos de aquellos días. Nada que no supiéramos ya, pero, escuchando a aquellos dos, pudimos comprender mejor la actitud de la gente de Saint-Malo: indiferencia por el suicidio de Poussin (alias Lambert) que acababa siendo fastidio y, por contra, una suerte de sarcástica complacencia por el robo que había escarnecido a la señora Martigny.

—El lugar de las perlas es el fondo del mar —comentó, por ejemplo, el director de correos con una sonrisita perfecta—. Exhibiéndolas demasiado, se corre el riesgo de atraer la mirada de los malintencionados.

—A propósito, ¿han oído algo sobre ese… ladrón de los tejados? —preguntó entonces Lupin.

La pregunta resonó entre las estatuas polvorientas de aquel vestíbulo demasiado oscuro y, antes de que llegase la respuesta, me pareció oír cerrarse una puerta. Pensé que me equivocaba, pero inmediatamente después oí, y esta vez muy nítidos, los pasos de alguien que se alejaba. Casi corriendo.

—Es una de las tantas leyendas de la ciudad —respondía, mientras tanto, el hombre de las gafitas—. La oigo contar desde que era niño.

El director de la oficina postal estuvo de acuerdo:

—Es una historia que circula cada vez que ocurre algo en la localidad.

Me miró y se apresuró a añadir:

—No es que sucedan a menudo episodios como este, señorita. Pero basta con que ocurra algo extraño y puede estar segura de que alguien sacará a relucir al ladrón de los tejados.

—Y la luna llena —añadió el hombre de las gafitas arañando con las uñas la madera pulida del mostrador.

—¡Corresponsal de un periódico! ¡El Havre! ¡Brest! Pero ¿cómo se te ha ocurrido? —preguntó Sherlock a Lupin en cuanto estuvimos lo bastante lejos para poder reírnos.

Habíamos recorrido los primeros metros deslumbrados por el sol, andando envarados y erguidos como lores.

—¡No lo sé! —dijo Lupin entre risas—. ¡Me ha salido, eso es todo!

—Has estado magnífico —comenté yo—. ¡Y ahora ese tipejo del director de correos nos ayudará en la investigación!

—Bien hecho —estuvo de acuerdo Sherlock—. Pero debemos tener cuidado en cómo actuamos. No somos policías. No somos nadie. Por lo tanto, alguien podría sospechar.

—¿Sospechar? —repetí yo, poco convencida—. ¿Y de qué? Solo somos tres chicos curiosos que van por ahí haciendo preguntas.

—Sí, pero en esta historia hay todavía demasiadas sombras para que podamos movernos libremente… —insistió él.

—Incluso dejando a un lado al ladrón de los tejados, que parece ser una leyenda inventada por los habitantes de la ciudad, ahí siguen estando —empezó a enumerar— el hombre encapuchado que nos vio en la playa, el ladrón del collar de la señora Martigny y, por último, probablemente, el asesino de Poussin, alias Lambert.

—¡Siempre que esas tres personas no sean la misma! —agregó Lupin.

—¿Es otra de tus geniales intuiciones? —le pregunté.

—A lo mejor estoy en vena hoy, ¡aprovechad! —respondió él antes de echar la cabeza hacia atrás con una gran carcajada.

Lo miré, admirada. Aquel día estaba espléndido: el rostro de facciones regulares, los ojos tan luminosos que parecían piedras preciosas, la piel morena que relucía al sol y recalcaba su físico enjuto.

Caminábamos a remolque de las largas y uniformes zancadas de Sherlock, que, como siempre, iba dos pasos por delante de nosotros. El sol caluroso, el viento fresco que subía del mar; parecía que nada pudiera detenernos y yo, junto a ellos, me sentía dispuesta a afrontar cualquier aventura.

Nuestra sensación de omnipotencia desapareció bruscamente, duró solamente el tiempo que tardamos en dejar a nuestra espalda las últimas casas y alcanzar los muros que bordeaban el puerto.

Un chico mal vestido se recortó contra la luz que inundaba la calleja con un movimiento que me hizo comprender en seguida que nos estaba esperando.

Sherlock se paró de golpe.

Lupin miró de reojo primero por encima de su hombro y luego por encima del mío.

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmada, y entonces vi otras dos figuras salir de entre las piedras de las fortificaciones.

Ocurría que habíamos caído en una trampa.

Capítulo 14

UN DÍA MUY MOVIDO

—¡Vaya, vaya, vaya! —empezó a decir el chico que había aparecido frente a nosotros—. ¡Pero qué suerte! Mira a quiénes tenemos aquí. A los tres pequeños sabuesos…

Mis amigos se detuvieron, el primero por delante de mí, el otro dos pasos por detrás.

—Tranquila —murmuró Lupin.

Pero la manera en que se habían dispuesto en medio de la calle, como si quisieran protegerme, no me hizo estar nada tranquila. ¡Una panda de golfillos nos había tendido una emboscada en toda regla! Eran gamberros, ladronzuelos del puerto. Se veía por las ropas que llevaban, por cómo arrastraban los pies y por su amenazador modo de moverse. Los conté intentando mirarlos lo menos posible; eran cinco. En efecto, por una calleja más adelante, hacia el puerto, habían aparecido otros dos delincuentes que se habían sumado a la panda.

—Sí, sí, ¡los tres pequeños metomentodos! —siguió diciendo el primer chico con una sonrisa burlona—. Que no saben quedarse donde deben. —Escupió en el suelo y se detuvo a tres pasos de nosotros.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Sherlock.

—¿Que quién soy? ¿Habéis oído? ¡Pregunta que quién soy! —Los ojos del gamberro brillaron con una luz maligna, mientras que sus compinches se echaron a reír sarcásticamente—. ¿De veras te interesa tanto saber quién soy?

—No —contestó Sherlock, glacial—. Pero me gustaría saber qué

haces aquí.

—¿Que qué hago aquí? Esta es mi ciudad —dijo el gamberro alzando la barbilla, desafiante—, no la tuya.

—Ah, si tú lo dices…

—Exacto, lo digo yo. Y si quieres, te cuento también los rumores que corren últimamente por aquí.

—No soy aficionado a los cotilleos, pero si te hace ilusión… —respondió Sherlock, aún imperturbable.

—Dicen que, desde hace unos días, hay tres mocosos extranjeros que van por ahí haciendo demasiadas preguntas, que van a playas peligrosas…

Alcé la mirada de sopetón.

«¡La misteriosa figura encapuchada que vi en la playa! ¿No sería más que uno de estos delincuentes disfrazado?», me pregunté.

—¡Esos tres niñatos deben de ser realmente estúpidos para meterse en líos así! —prosiguió el jefe de la pandilla, provocando otra oleada de carcajadas.

—¿Has dicho estúpidos? —replicó Sherlock—. Bueno, entonces no es a nosotros a quienes buscas. Adiós.

E hizo ademán de seguir andando. Pero el otro saltó como un muelle para cerrarle el camino.

—¡Despacio! —exclamó—. ¡No hay prisa!

Y su movimiento fue como una orden para el resto de la panda. También los otros cuatro gamberros avanzaron hacia nosotros y nos rodearon. Sentí que la espalda de Lupin se apretaba contra la mía y su voz me susurraba de nuevo:

—Tranquila. Sigue tranquila. No los mires.

—¿Quién te crees que eres, larguirucho? —le preguntó el jefe de los golfillos a Sherlock, que estaba dos pasos por delante de mí.

—No soy un individuo especialmente interesante —respondió él gélidamente.

—¡Pues a mí me interesas! —repuso el otro dando otro paso hacia nosotros—. ¡A mí y a mis amigos!

—Te lo advierto —dijo Sherlock con los dientes apretados—, estás cometiendo un grave error. Déjanos pasar.

—¡A mí me parece, en cambio, que el que se equivoca eres tú, larguirucho! —gruñó el otro—. Os hemos visto, ¿sabéis? Sabemos lo que estabais haciendo…

El corazón se me paró un instante. ¿A qué se refería? ¿Al cadáver de la playa, dos días antes?

—¿De veras? —preguntó Lupin en voz alta, interviniendo por primera vez—. ¿Y quién os lo ha dicho? ¿Ha sido el bribón de Spirou?

El más pequeño de los gamberros se sobresaltó, sorprendido de que alguien conociera su nombre.

—Ni siquiera creía que supiera hablar —añadió Lupin, burlón—. ¿Y tú, Sherlock? ¿Sabías que Spirou podía hablar?

—Me lo dijeron, pero no lo creí —contestó Sherlock.

Dos gamberros se rieron a su pesar, mientras que aquel al que Lupin había llamado Spirou hinchó el pecho tratando de disimular su vergüenza. Después, el jefe hizo un gesto imperativo y en la calleja se hizo de nuevo el silencio.

Se oyó el chillido de las gaviotas a lo lejos.

—Será mejor que tengáis mucho cuidado… —prosiguió el jefe de la panda—. Volved a jugar con muñecas, dad bonitos paseos… ¡Esas son las cosas que os corresponden! Y sobre todo, ¡dejad de ir por ahí haciendo preguntas!

—¿Has oído, Sherlock? —dijo Lupin con un suspiro socarrón—. Nada de preguntas…

—Es realmente terrible, amigo mío —dijo Sherlock en el mismo tono guasón—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¡Ahora dais media vuelta y desaparecéis! —vociferó el gamberro.

—¿Y qué nos aconsejas, muñecas o paseo? —replicó Lupin antes de estallar en una sonora carcajada.

—Me parece que no lo has entendido, ¡esto NO ES UNA BROMA, niñato! —gruñó malhumorado el jefe de la panda.

—Sin embargo, tiene toda la apariencia de serlo —repuso Sherlock.

—Cierto —asintió Lupin—. Una payasada que ni siquiera hace gracia.

Me volví para mirarlo, asombrada.

Y lo mismo hizo el gamberro.

—¿Cómo has dicho? ¡¿Quién es el payaso?!

—Es obvio, tú y tus amigos —respondió Lupin con toda la calma del mundo.

—Y me duele tener que confirmarlo, pero ni siquiera sois de los mejores —le hizo eco Sherlock.

Se oyó un clic. Algo brilló en las sombras. Ahora el gamberro tenía en las manos una reluciente navaja.

—Quizá no habéis entendido bien a quién tenéis delante… —dijo plantándole a Sherlock la navaja delante de la nariz.

—No —respondió este, impasible—, el que no ha entendido eres tú.

Y le asestó un gancho tan violento que lo tiró al suelo sin que pudiera rechistar.

Los momentos siguientes parecieron durar una eternidad. El pequeño Spirou y otro gamberro se lanzaron contra Lupin, que los tumbó, a uno de un puñetazo y al otro de una zancadilla ejecutada con rapidez felina. Sherlock, aprovechando que el jefe estaba atontado, le propinó una patada en la mano y la navaja salió volando hasta caer lejos. Luego se acercó a los dos gamberros restantes y los desafió con los puños levantados.

Con el rabillo del ojo vi que, en el suelo, su jefe, recuperado ya del puñetazo de Sherlock, intentaba arrojarse a sus piernas.

—¡Tú, a dormir! —le grité dándole una patada.

Volvió a derrumbarse sin proferir un lamento.

—¡Ahora vámonos! —dijo Lupin. Por lo que parecía, el pillo de Spirou había salido por piernas y Lupin peleaba con un solo adversario. Observé a Sherlock: hacía frente a los dos gamberros como un boxeador profesional. Con la guardia alta y las piernas ligeramente separadas, cambiaba el peso de una a otra y esquivaba los golpes con agilidad. O al menos lo intentaba.

Cuando lo vi encajar un vigoroso *uppercut*, tuve que cerrar los ojos.

—¡Irene! —me llamó Lupin después de haberse desembarazado de su contrincante con un rápido uno-dos. Me agarró por el brazo y me condujo a la boca de un callejón.

—Pero Sherlock… —balbucí volviéndome hacia nuestro amigo, que aún se batía.

—¡Se las apañará perfectamente solo! —dijo Lupin riéndose y tirando de mí.

Pero yo me solté de él. Por un momento me había parecido que los dos delincuentes llevaban las de ganar.

—¡Sherlock! —repetí. Instintivamente, quise correr hacia él.

Así fue como me percaté del carruaje que se aproximaba. El cochero tiró de las riendas hasta hacer encabritarse a los caballos y pasé a escasa distancia de sus pezuñas.

Me volví para mirar el carruaje. El cochero se había puesto en pie sobre el pescante y enarbolaba el puño hacia nosotros.

Detrás del vidrio atisbé un rostro femenino elegante y triste. Me pareció que me miraba como si le diese pena.

Pero no fue más que un instante.

Cuando miré de nuevo a Sherlock, comprendí que me había equivocado. Uno de los bribones había huido ya y el otro estaba encajando los golpes de mi amigo.

Lupin llegó hasta mí.

—¿Qué te decía? ¡Venga, vámonos ya!

Esta vez le hice caso y empezamos a correr a más no poder por las callejas de Saint-Malo. Lupin me agarraba firmemente de la mano y me guiaba esquina tras esquina, con seguridad, sin ralentizar nunca el paso.

—¿De qué te ríes? —le pregunté la primera vez que paramos para tomar aire. Sentía que el corazón me explotaba y notaba un gran calor en el pecho.

—Bueno —contestó él, que apenas jadeaba—. ¡Ha sido divertido!

—¡¿DIVERTIDO?! ¿Que una panda de matones nos amenace con una navaja?

—¿Matones? ¿Esos? ¡Eso quisieran! —fanfarroneó—. ¿Has visto cómo les hemos ajustado las cuentas?

—Sí, pero a Sherlock… ¡lo hemos dejado solo!

—¡Era más importante sacarte de allí!

—¡Sé cuidar perfectamente de mí misma!

—Creo que nuestro amigo se ha dado cuenta —volvió a reírse—. ¡Y la marca de tu bota en la mejilla le recordará este encuentro durante mucho tiempo!

Me apreté contra él improvisadamente.

—¿Lupin?

—¿Qué? —me preguntó. Pero me miraba a mí y no la calle. Me miraba con aquellos ojos suyos profundos y brillantes.

Le agarré la barbilla y se la giré; se la tuve sujeta hasta que no

tuvo más remedio que ver a los tres nuevos granujas que venían hacia nosotros.

—¿De dónde salen estos? —me preguntó.

—No lo sé, señor yo-me-ocupo-de-todo. ¿Y ahora qué hacemos?

Retrocedimos. Hasta acabar con la espalda contra la pared. Los tres avanzaban arrogantemente, ocupando toda la calle bañada por el sol.

No sé por qué, pero siempre había imaginado que ciertas cosas solo ocurrían por la noche, y solo en cierto tipo de literatura, como la del señor Robert Louis Stevenson, y que solo de noche podían existir aquellos callejones desiertos, perfectos para las encerronas.

Cuando resultó evidente que no había más opción, Lupin me soltó la mano y dijo:

—No te preocupes. Yo me ocupo.

Y se interpuso entre ellos y yo.

En aquella ocasión, su técnica de combate me asombró: alzó los hombros, levantó los brazos y atacó a sus adversarios gritando como un loco. Imagino que era para intentar asustarlos. Y por un momento pareció funcionar…

Los tres se pararon y cruzaron miradas de perplejidad. Luego siguieron avanzando, a la carrera, más animosos que antes.

Entonces vi que Lupin retrocedía medio paso, indeciso sobre cómo encararse con ellos.

Tres contra uno.

«¡Esta vez no se libra!», pensé. Pero, en cambio…

Una sombra negra les cayó a los gamberros por la espalda, repentina como la tromba de agua de una crecida. Agarró a dos y los zarandeó, golpeándolos contra una y otra pared del callejón.

El tercero se quedó tan sorprendido ante aquel nuevo ataque que por un instante no supo adónde mirar, si a Lupin o al recién llegado.

—¡Señor Nelson! —exclamé yo, sintiéndome como en un sueño.

Corrí hacia él y Lupin, que, entretanto, se había enzarzado con el último de los gamberros.

Era un chico musculoso que sabía luchar. Él y Lupin respondían a cada golpe del otro. Después de saltar hacia atrás para esquivar un puñetazo, Lupin se encontró junto a mí y se volvió rápidamente para mirarme. Tenía la cara tensa, con el gesto del combate, pero

por un instante se deshizo en una sonrisa.

—¡Vete, venga! —me dijo guiñando un ojo. Y luego recompuso la cara anterior.

No me dio tiempo a detenerlo. El señor Nelson se había arrodillado frente a mí, como si yo fuese aún una niña, y me miraba a los ojos.

—¿Va todo bien, señorita Irene? —me preguntó.

Asentí, mirándolo. ¿De dónde había salido?

¿Cómo se había enterado?

Él me tomó de la mano, saltamos por encima de los dos gamberros que había abatido como un ciclón y me obligó a alejarme del callejón.

—Señor Nelson… —balbucí—. ¿Y mis amigos?

Veía sus hombros subiendo y bajando delante de mí.

—Oh, no se preocupe, señorita Irene. Por lo que he visto, creo que se las arreglarán muy bien solos.

Capítulo 15

UN MENSAJE

Oía sonar las campanas. Un tañido, un segundo tañido, un tercero. Era como si llevaran repicando todo el tiempo. Di vueltas entre las sábanas mientras los oídos me devolvían el latido sordo del corazón.

Conté diez tañidos bajos y dos más agudos: las diez y media de la mañana.

Era domingo.

—Lupin —pensé en voz alta. Y luego—: Sherlock.

Me deslicé fuera de la cama y miré por la ventana. El cielo se había nublado; unas nubes grises, lentas y compactas ocultaban el sol. Podía oír a mis padres charlando relajadamente en el piso de abajo.

Mi madre rio y aquello me tranquilizó; confié en que el señor Nelson no le hubiese contado nada de lo ocurrido el día anterior en la ciudad. Me aseé a toda velocidad, saqué un vestido ligero del armario y bajé a desayunar de puntillas.

—Qué aroma… —dije sonriendo—. Ya no aguantaba más.

—¡Irene! —me saludó mi madre—. ¿Qué te pasa en la cabeza?

¿Qué me ocurría? Me pasé una mano por el cabello y me di cuenta de que no me había peinado. Debía de tener una melena salvaje.

Mi padre me despeinó todavía más riéndose a carcajadas.

—Tu madre y yo no sabíamos si ir a despertarte o no.

Mordí un panecillo aún caliente y el estómago se me abrió de repente. Una hambre nerviosa fruto de una larga noche de tensión.

—Apuesto a que mamá ha votado que sí.

—No es de buena educación que una señorita de tu edad pase tanto tiempo en la cama —dijo mi madre, que, como siempre, estaba impecable.

¡Si hubiera sabido lo que hacía esa señorita el día anterior y de qué modo había salido ilesa!

La entrada del señor Nelson me permitió cambiar de conversación. El gigantesco mayordomo evitó cuidadosamente que nuestras miradas se encontraran ni una sola vez. Me sirvió un té con leche e intercambió una rápida broma con mi padre.

—Hoy no le aconsejo salir al mar, señor. El cielo está oscuro y las gaviotas vuelan bajo.

Mi padre suspiró. El mal tiempo había hecho aparición con precisión diabólica, lo que volvía cada vez más probable el té de la tarde en algún salón de la ciudad que mi madre considerase «adecuado para nuestra familia».

—¿Es necesario que vaya yo también? —preguntó, y por el tono comprendí que mi madre y él habían abordado ya la cuestión.

Di un largo sorbo de té y me deleité con su calor y con el matiz dulce de la leche.

—¿Estará también la señora Martigny? —pregunté.

—¿Disculpa? —dijo mi madre.

—En el té de hoy —expliqué dando un segundo sorbo rápido.

—La señora que ha sido víctima de ese robo —recordó mi padre.

—Sé quién es la señora Martigny —respondió ella—. Pero no soy yo la que ha elegido los invitados para el té de esta tarde.

—Qué lastima —me dijo mi padre, recalcando aquellas palabras con una mueca cómica que casi me hace escupir el té.

—¡Irene! —saltó mi madre.

—¡Perdona! ¡Perdonad! ¡Nos vemos luego! —me apresuré a decir cuando tragué el último sorbo de té, me levanté y salí

corriendo del salón.

Llegué a oír la voz de mi madre, que decía:

—¿Ves, Leopold? Creo que ahora deberíamos…

Seguí corriendo. Comprendí que mi padre la había hecho callar con un gesto y yo oí pronunciar estas palabras:

—Te equivocas. No deberíamos hacer absolutamente nada.

Y pensé que era afortunada por tener un padre como él.

—Señorita Irene… —me llamó el señor Nelson desde la puerta del jardín. Me detuve un momento antes de abrir la verja y salir a la calle. La gran mole del señor Nelson, con su elegante vestimenta de trabajo de puños almidonados, ocupaba la entrada de la casa. Me parecía imposible que fuese la misma persona que el día anterior me había salvado de los gamberros.

—¿Qué ocurre, Horace?

Lo vi dudar. Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y no «señor Nelson». Ni siquiera yo me había dado cuenta. Me había salido con naturalidad; consideré si disculparme o quedarme callada y, finalmente, decidí volver sobre mis pasos y me acerqué a él.

Le hablé antes de que fuera él quien lo hiciera:

—Quería darle las gracias por lo de ayer.

—Oh —dijo él—, no tiene por qué, señorita Irene.

Las campanas empezaron a dar las once y el señor Nelson y yo esperamos pacientemente a que terminaran, como si aquellos tañidos pudieran hacer trizas nuestras palabras.

—Quería decirle, señorita Irene —empezó a decir—, que si hoy tiene intención de ir a buscar a sus amigos…

Yo asentí, precisamente iba a buscarlos.

—Creo que los encontrará nada más salir de la ciudad, donde está la vieja casa de los soldados.

La noticia me sorprendió. Sabía que era allí donde vivían Lupin y su padre, pero hasta entonces nunca había estado en ella. Igual que Sherlock, Lupin procuraba estar el mayor tiempo posible fuera de casa.

—Gracias, Horace —le dije—. Pero ¿usted cómo lo sabe?

—Esta mañana, cuando he ido a hacer la compra, me he encontrado con el señorito Lupin en la panadería, señorita.

—¿Y cómo estaba?

—Diría que muy bien. Me ha pedido que le dijera que hoy

estarán allí los dos.

—¿De verdad le ha dicho eso?

—Sí, señorita Irene. Esas han sido sus palabras, y ha añadido: «Entrenándonos».

—¿Entrenándose? ¿Para qué?

—Eso no me lo ha dicho, señorita Irene.

Empecé a asentir, pensativa.

—Gracias, señor Nelson.

—¿Horace? —dijo él con una sonrisa apenas perceptible.

Lo miré embelesada.

—No tengo nada en contra de que me llame Horace si le complace.

Yo también sonreí.

—Entonces nos tutearemos…

En ese momento, él levantó las manos y las movió enérgicamente.

—No, señorita Irene. No hace falta exagerar.

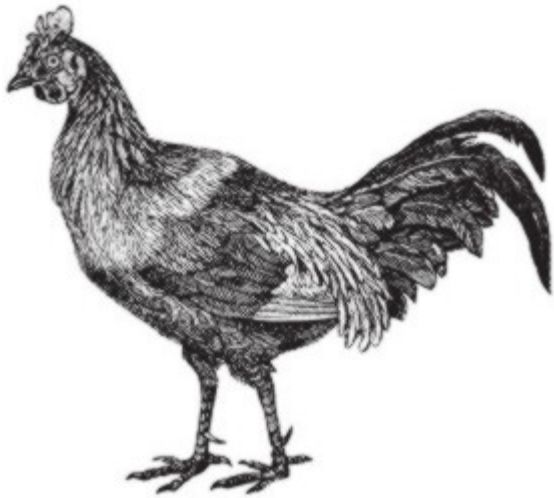
Nuestras sonrisas casi se volvieron risas.

Volví a la verja. Estaba abriendo ya la cancela para irme cuando me volví una última vez para hacerle otra pregunta. Quería saber qué había hecho para poder intervenir el día anterior en aquel callejón, cómo había podido aparecer en el momento oportuno. Quería preguntarle si había sido por casualidad o no.

Pero, cuando miré de nuevo a la casa, el señor Nelson ya había entrado.

Capítulo 16

EL SEÑOR THÉOPHRASTE



En el pueblo seguían llamándola la «casa de los soldados», pero hacía muchos años que ya no era un cuartel. A juzgar por el estado de los muros y por las ruinas de lo que parecía una vieja torre, debía de haber dejado de serlo después de las últimas escaramuzas entre las tropas napoleónicas y lord Wellington. Se alzaba a las afueras de Saint-Malo, pero tan pegada a la muralla que en realidad formaba parte de ella. Daba al mar por el lado opuesto al cabo en el que habían encontrado el cuerpo de Poussin/Lambert y en el que también se encontraba la casa Ashcroft.

—¿Hay alguien? —pregunté mirando las ventanas de la casa cegadas por la hiedra—. ¿Lupin? ¿Sherlock? ¿Estáis aquí?

Solo me respondió el cacareo de las gallinas. Cuando me acerqué más a la casa cruzando el terreno en el que picoteaban, salieron huyendo alborotadas.

—¡A los de la casa! —llamé otra vez.

Junto a la casa había un gran plátano, majestuoso e imponente,

como los que flanqueaban todas las carreteras de Francia, plantados por deseo de Napoleón. Era un plátano salvaje que había escapado a las intenciones de los peones camineros, que tendrían pensado plantarlo en el margen de la carretera principal; en cambio, había crecido allí, en el patio, y sus largas ramas blancas y grises se apoyaban en el muro de la casa. Sus hojas proyectaban en la grava una red de sombras temblorosas.

—Supongo que tú eres Irene —dijo el plátano cuando pasé por debajo de él.

Entre las ramas más altas había un hombre. Estaba agazapado allí como un gato, con las manos apoyadas en las rodillas, los pies descalzos, una larga melena de cabello negrísimo sujeto con un pañuelo negro y el cuerpo enjuto y esbelto.

Me protegí los ojos del sol con la mano para verlo mejor.

—Buenos días —dije titubeante.

—Buenos días a ti —me contestó el hombre con una sonrisa que reconocí al instante. Era la misma sonrisa franca y magnética de su hijo Lupin.

—¡Usted debe de ser Théophraste! —exclamé, e inmediatamente me tapé la boca con la mano. Pero ya lo había soltado—. Quiero decir, el señor Lupin. ¡Perdóneme!

El hombre encaramado al árbol rio con ganas y se movió entre las ramas con una agilidad sorprendente. Un momento antes estaba allí arriba y al momento siguiente lo tenía delante de mí.

Sin que yo hubiera oído ni un ruido.

—Théo está bien, señorita. Y bien, ¿eres o no la Irene de la que mi hijo no para de hablar? —me preguntó.

Mis mejillas adquirieron al instante el colorido de la pulpa de una sandía madura.

—Eh, bueno, sí —balbucí—. Soy yo.

—¡Lo suponía! Ven —me invitó—. Los chicos están detrás de la casa.

Lo seguí sin dudar, mirando admirada sus pies descalzos que pisaban la grava. Mientras el señor Lupin me precedía hasta dentro de la casa, pensé que era un hombre muy guapo. Pasamos una sencilla cortina de tela, una cocina, un gran cuarto de estar atestado de libros y fascinantes objetos exóticos, que yo, no obstante, estaba demasiado cohibida para observar con atención, y finalmente

llegamos a una galería que daba al mar.

—Arsène me ha contado que ayer… —dijo el señor Lupin.

—¿De verdad? —fue todo lo que acerté a decirle—. ¿Y qué le ha contado?

—Que lo pasasteis mal con aquellos gamberros.

—En efecto, no fue muy… —No sabía exactamente lo que iba a decir, así que me callé.

—¿Y sabes por qué?

Negué con la cabeza. En la galería entreví un gran león de jade, un gong tibetano y, en una pared, dos colmillos de elefante cruzados como sables.

—Porque os faltaba un buen entrenamiento —concluyó Théophraste Lupin. Salimos de la galería y el hombre me señaló a mis amigos.

Lupin y Sherlock se habían vendado las manos con gasas blancas y daban puñetazos a un gran saco colgado de una cuerda. Sherlock golpeaba el saco y Lupin lo empujaba contra él y lo hacía rotar continuamente. Y luego intercambiaban posiciones.

—El combate, señorita Irene —sonrió el padre de Lupin—, es un arte. Igual que la música o la danza. Hay que estudiar y aplicarse mucho. No debe dejarse nada al azar.

Reí, cohibida, pensando en cómo habría replicado mi madre a una frase así. Al padre de Lupin no se le escapó mi azoramiento. El hombre se envaró visiblemente mientras me preguntaba:

—¿Encuentra inconveniente estar aquí, señorita? ¿O quizá le ha parecido inadecuado que la haya recibido bajando de mi árbol de la meditación?

—¡Oh, no! ¡De verdad que no! —me apresuré a decirle, y era completamente sincera—. Es solo que nunca había pensado que liarse a puñetazos pudiera ser algo… ¡artístico!

Théophraste Lupin se agachó sobre los talones, reduciéndose así a una altura un poco menor que la mía. Ni Sherlock ni mucho menos Lupin nos habían visto aún y seguían dándole puñetazos al saco.

—Es porque usted solo ve la superficie de las cosas, señorita… —me murmuró con el tono de voz de quien dice algo importante—. Pero cada movimiento del cuerpo es gracia, energía, equilibrio. Se trata de usar de manera armónica el cuerpo con el que hemos

nacido.

—*Mens sana in corpore sano* —murmuré.

—Exactamente —concordó él—. Por lo que me cuenta Lupin, estoy convencido de que su mente es excelsa, señorita Irene. Y rara vez he visto un rostro más agraciado que el suyo…

Me ruboricé de nuevo y más violentamente que antes; nunca había conocido a nadie que hablara de un modo tan descarado. Y aquello me divertía y asustaba al mismo tiempo.

Sentí una presión entre los omóplatos y me puse rígida.

—Pero la pregunta es —prosiguió él—: ¿cuánto conoce las posibilidades reales de su cuerpo?

Sentí un pinchazo entre los hombros y me aparté con un movimiento brusco, gimiendo por la punzada.

—Un simple dedo —me hizo ver él entonces mientras yo me masajeaba, sorprendida, la base del cuello—. Un simple dedo y el estudio del arte oriental de lucha, y no necesitará nada más para poner fuera de juego al próximo gamberro.

No sabía qué decir. Me había quedado sin palabras, literalmente. Si la familia Lupin quería impresionarme, ¡lo había conseguido!

Él volvió a ponerse de pie.

—Creo que mi hijo y el joven Holmes la están esperando.

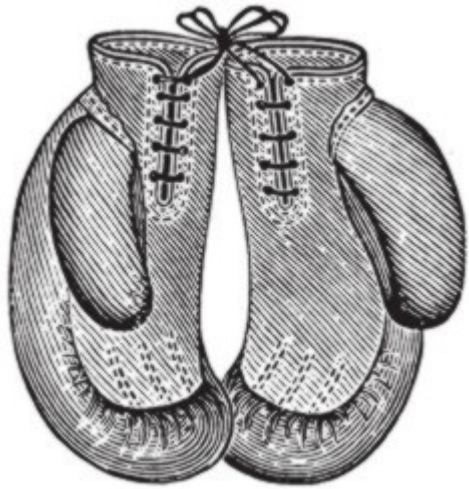
—Antes o después, me gustaría aprender —le confesé.

—Oh, yo siempre estoy aquí, señorita Irene. Aquí o… ¡meditando en el árbol del patio! —añadió sonriendo.

Le devolví la sonrisa y me dirigí hacia mis amigos intentando no hacer caso de aquella pequeña e insistente punzada que aún sentía en la espalda.

Capítulo 17

O TODOS O NINGUNO



La pelea con los gamberros de la tarde anterior había dejado algunas marcas: Sherlock tenía un cerco oscuro alrededor del ojo izquierdo y un corte en el labio superior, mientras que Lupin se había despellejado superficialmente un costado, donde también tenía un feo hematoma que hacía sus movimientos más rígidos que de costumbre.

Ambos estaban descamisados y tenían la piel cubierta de gotitas de sudor. El físico de Lupin era magro y perfectamente moldeado, como si estuviera esculpido, mientras que Sherlock era tremendamente delgado. En su piel clara se veían las venas hinchadas de los bíceps y las manos.

Sherlock fue el primero en desenrollarse las gasas que le vendaban los puños, pero lo detuve.

—¿Qué haces? —le pregunté—. No iréis a dejarlo por mí, ¿verdad?

Él me miró fijamente, respirando despacio, con las sienes latiéndole furiosamente.

Me volví hacia Lupin.

—¿Puedo probar yo también?

Rio. Me miró con los ojos muy abiertos y por fin comprendió que hablaba en serio.

—No he dado un puñetazo en mi vida… —dije sonriendo—. Quizá sea hora de que aprenda, ¿no crees?

Sherlock adelantó el mentón antes de responderme y escupió en su mano el protector de dientes rudimentario que llevaba.

—Con nosotros siempre estarás segura… Ayer nos cogieron por sorpresa —dijo antes de nada.

Le sonreí. No había nada que hacer, con él no servían de nada las formalidades.

—En todo caso, estoy bien —le dije.

—Ya lo veo —dijo él.

—Tú, en cambio… —sonreí.

—Estoy perfectamente, no creas.

—Tus guantes, Irene —dijo Lupin tendiéndome las vendas—. Dame las manos. Te enseño cómo se hace.

Le dejé envolverme los dedos con las vendas, protegidos por una capa de algodones, y luego, cuando terminó, me golpeé los puños uno contra otro.

Noté que Théophraste Lupin nos estaba observando desde la galería de la casa y me acerqué con desenvoltura al saco colgado.

Sin preguntar nada a nadie, como una perfecta fanfarrona, me apresté a dar el primer puñetazo de mi vida. Puse en él todas mis fuerzas y… ¡sentí un gran dolor en la mano, mientras que aquel maldito saco se movió, más o menos, un milímetro!

Más tarde nos sentamos en corro, agotados por los saltos a la comba y los ejercicios que Lupin nos había obligado a hacer. Había llegado el momento de hablar.

—Solo una cosa es segura —empezó Lupin—. Mejor dicho, dos.

La mirada de Sherlock no parecía tan convencida.

—La primera es que en este asunto está también implicada gente de aquí, de Saint-Malo. Por lo tanto, no es simplemente una historia de forasteros, como habíamos pensado.

—¿Y la segunda? —le pregunté.

—Que ahora nos lo han hecho entender.

—¿Hablas de los chicos de ayer? Pero ¿quiénes eran? —volví a

preguntar.

Lupin y Sherlock menearon la cabeza.

—No sabemos quiénes son.

—Pero ellos sí —observé—. Por lo que parece, están organizados, y nos seguían desde hacía días.

—No estaría tan seguro… —dijo Sherlock—. Puede ser, en cambio, que sean granujas insignificantes y que simplemente nos hayan oído hablar en el Hôtel des Artistes.

Recordé el ruido de pasos a la carrera que había oído el día anterior en el vestíbulo del hotel y se lo conté. Ese detalle parecía confirmar la teoría de Sherlock.

—Spirou, el único al que reconocí… —dijo Lupin—. Es pinche de cocina. Puede que corriera a advertir a los demás y el tonto de su jefe decidiera tendernos una emboscada…

—Tal vez —lo interrumpió Sherlock, dubitativo—. O puede que el jefe de la panda sea solo el esbirro de alguien y fuera ese alguien quien dio la orden de prepararnos la encerrona.

—¿Alguien? —repetí, un tanto confundida por las palabras de Sherlock—. ¿Y quién sería ese alguien?

—No lo sabemos. Pero probablemente alguien más importante y más peligroso. Alguien que, a diferencia de esos gamberrillos, es lógico imaginar que está implicado en el caso Lambert o en el robo del collar —conjeturó Sherlock.

—No sé si tienes razón —comentó Lupin—. Pero, a quienquiera que esté detrás de esta historia, ¡ahora nosotros le hemos mandado nuestro mensaje a fuerza de trompazos!

Sí, pensé, los gamberros habían creído, probablemente, que se las veían con dos petimetres de ciudad y, en cambio, habían topado con huesos duros de roer. Pero también era cierto que, sin la intervención resolutiva del señor Nelson, posiblemente a aquella hora no habríamos estado allí hablando, con solo unos pequeños moratones.

Me masajeé los dedos doloridos. No me había gustado eso de dar puñetazos, pero estaba contenta de haberlo hecho. Me sentía más ligera.

—¿Tenemos un plan? —pregunté tras un largo rato de silencio. Todo lo que habíamos dicho era acertado, pero no hacía progresar ni un paso la investigación.

—Spirou —concluyó simplemente Sherlock.

—¿Es decir?

—Es el único del grupo al que conocemos —dijo Lupin—. Y también uno de los posibles eslabones débiles. No sé lo implicados que estarán Spirou y los demás, pero, en todo caso, parecían saber más que nosotros.

Sherlock trazó una serie de pequeños surcos en la tierra con una ramita seca.

—Además, sabemos dónde vive, su padre es pescador y duermen en una casita justo a la entrada del puerto.

Esperé a que Sherlock expusiese el resto del plan. Era mucho más sencillo de lo que imaginaba.

—Sigámoslo —dijo— y veamos lo que hace cuando no trabaja en la cocina del Hôtel des Artistes.

—Si nos conduce a una guarida de malhechores que hablan de Lambert o collares robados… —prosiguió Lupin.

—¡La cosa está hecha!

Yo meneé la cabeza.

—Me parece bastante peligroso. ¿Y si nos ven?

—No nos verán —respondió Lupin con seguridad—. Nos disfrazaremos. Y además… Sherlock es muy bueno siguiendo a alguien sin llamar la atención lo más mínimo.

—Y te garantizo que Lupin no lo es menos —añadió Sherlock.

Los miré, volviendo a pensar en la historia de la ventana de mi casa y en quién de los dos me habría seguido a escondidas. «¿Quizá los dos, cada uno a espaldas del otro?», me pregunté. La idea me hizo sonreír.

—No es seguro que este Spirou nos conduzca en seguida a donde queremos ir —dije. Entre otras cosas porque, pensé, en realidad no teníamos la menor idea de adónde queríamos ir—. Nos podría llevar un montón de tiempo.

—Haremos turnos —propuso Lupin, que recibió la inmediata aprobación de Sherlock.

—¡Buena idea! ¿Quién de los tres empieza? —dije, haciendo que mis amigos se volvieran hacia mí con miradas estupefactas. Abrí los brazos y busqué sus ojos—. ¿Qué? ¿Qué he dicho de raro? —pregunté.

—Ni hablar, Irene, tú no… —empezó a decir Lupin con la

cabeza gacha. Pero lo silencié con un gesto de irritación.

¡No daba crédito a lo que oía! Aquella era la clase de actitud que habría esperado de mi madre, desde luego no de mis nuevos amigos y compañeros de aventuras. Recuerdo que, en ese momento, sentí crecer en mi interior una rabia enorme. Respiré hondo y desfogué aquella rabia con palabras:

—Escuchadme bien…

—Irene… —intentó interrumpirme Sherlock tímidamente, pero le hice una seña para que se callara.

—Los dos, porque no tengo ninguna intención de repetirlo. Esta aventura la hemos empezado juntos los tres: Sherlock, Lupin e Irene. E hicimos un pacto la tarde en que encontramos aquel cuerpo en la playa. Decidimos que descubriríamos lo que había ocurrido los tres juntos. Sabíamos que sería peligroso y quizá por eso precisamente lo hicimos.

—No seas niña —intervino Sherlock, cortante—. ¡Haces que esta historia suene como si fuésemos los caballeros de la Tabla Redonda!

—Puede ser —rebatí de morros—. Pero ¿qué es lo que somos nosotros tres…? ¿Nada?

—Irene, yo… —farfulló Lupin.

—¿Tú qué, Lupin? Si no hubiese aparecido mi mayordomo ayer por la tarde, ¿qué habrías hecho con tres gamberros encima de ti? Y tú, Sherlock, ¿ya has preparado la comida y la cena a tus hermanos para que tu mamá pueda jugar tranquilamente a las cartas con sus amigas? ¿Quiénes creéis que sois, eh?

Estaba furiosa. Había dicho palabras de las que, lo sabía, me arrepentiría. Respiré hondo de nuevo.

—¿No hicimos un pacto? ¿De veras que no? ¿No lo hicimos? Entonces hagámoslo ahora.

Me levanté.

Tendí mi mano envuelta en vendas, con la palma hacia abajo.

—O vamos hasta el fondo los tres juntos o lo dejamos de una vez por todas.

Evité mirarlos. Mantuve los ojos fijos delante de mí, puestos en el mar. Y la mano tendida, el brazo rígido para evitar que temblara.

Lupin fue el primero en levantarse. Puso su mano sobre la mía y dijo:

—Está bien. Por mí vale. O todos o ninguno.

Una gaviota voló baja, a pocos metros de nosotros, recortándose contra el cielo nublado de aquella mañana de domingo que jamás olvidaría. Suspirando, también Sherlock se levantó. Puso la mano sobre la de Lupin, pero era tan grande que sentía el contacto de sus dedos también sobre la mía.

—Estáis locos —dijo.

—Dilo, Sherlock —musité sin mirarlo—. O todos o ninguno.

Meneó la cabeza largamente antes de decidirse.

—O todos o ninguno.

Y no excluyo del todo que Sherlock tuviese razón.

¡Quizá estuviéramos rematadamente locos!

Capítulo 18

PASEO NOCTURNO

No comprendí en seguida lo que eran.

Piedrecitas.

Eran piedrecitas arrojadas contra el cristal de mi ventana. Pensaba que se trataba de esos pequeños ruidos inexplicables que se oyen de noche en las casas viejas, pero eran piedrecitas que alguien tiraba contra la ventana.

Corrí a abrirla.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja.

Tuve la impresión de hablarle a la noche.

Era una noche insólitamente clara. La última de luna llena.

—¿Irene? —me respondió alguien desde el jardín, plateado bajo la luz lunar—. ¡Soy yo!

—¿Lupin? ¿Qué sucede?

—¡Spirou! ¡Se ha movido!

Spirou, pues claro. El pinche de cocina del Hôtel des Artistes. Me costaba entender, quizá porque todavía no estaba despierta del todo. Los pensamientos evolucionaban perezosamente en mi cabeza.

—¡Bajo en seguida! —le dije a Lupin.

Fui al cuarto de baño a tientas, buscando el mismo vestido que había llevado por la tarde. Oí rumores en la hiedra del muro de casa y, cuando me volví, vi la silueta de Lupin recortada contra el cielo.

—¡Lupin! —casi grité, y me escondí detrás de la puerta—. Por el amor del cielo, ¿qué haces aquí?

Él me tiró un bulto con ropa que rodó por el suelo.

—Es mejor que te pongas esto —dijo y desapareció de la misma manera que había aparecido.

Cerré los ojos y me entraron ganas de reír. ¿Qué podía esperar, después de haber conocido a su padre encaramado a las ramas de un plátano?

La ropa que me había dejado era de chico: un par de pantalones de pana, una blusita de niño, una gorra y un par de zapatos hechos polvo. Los olí: aunque eran poco más que jirones, olían a limpio.

Me vestí con todo aquello lo más de prisa que pude, luego fui hasta la puerta para escuchar; en la casa parecía que nadie se había dado cuenta de nada. Ni un ruido, aparte del rítmico y lento ronquido del señor Nelson.

—¡Lupin! —dije asomándome a la ventana.

Traté de imaginar una manera para bajar desde allí. Respiré hondo.

—¡Adelante, Irene! —me susurré a mí misma.

Luego me aupé al alféizar y busque un asidero, para lo que metí la mano en la hiedra. Por suerte, no fue difícil encontrar uno.

Entorné la ventana y, sujetándome al tronco más robusto de la hiedra, empecé a bajar.

No era tan fácil como imaginaba: en la oscuridad, era prácticamente imposible distinguir los apoyos y las hojas de hiedra reflejaban las luz de la luna como las escamas de un gran pez.

De todos modos, logré bajar hasta el césped; me despellejé una mano y una rodilla, pero apreté los dientes para no quedar como una quejica. Lupin me esperaba pasado el rosal. Reconocí sus ojos

brillantes en la oscuridad.

—¡Vamos! Sherlock nos espera en el puerto —me dijo cruzando la cancela.

También él se había disfrazado y llevaba ropas informales y decididamente más malolientes que las mías, un sombrerucho blando de viejo lobo de mar y una larga barba postiza que le confería un aspecto oriental.

Fui tras él sin decir palabra. Los zapatos que me había buscado me apretaban terriblemente y la blusita de niño entorpecía mis movimientos.

Bajamos al puerto y doblamos luego hacia los baluartes.

—Debería estar aquí… —murmuró Lupin escondiéndose en las sombras.

Pero Sherlock no estaba.

En el punto previsto para la cita no encontramos a Sherlock, sino… ¡una judía! Que, por su color blanco, relucía bajo la luna.

—Ha tenido que irse —intuí recogiéndola. Y no tardé en encontrar una segunda judía tres pasos más adelante. La cogí y se la enseñé a Lupin.

—Esta es su manera de decírnoslo.

—¡Spirou debe de haberse vuelto a desplazar! —dijo.

Seguimos las judías del suelo como si fueran las migas de Pulgarcito y pronto nos vimos bordeando los baluartes de la muralla y pasando bajo la gran puerta de la ciudad; desde allí, nos adentramos de nuevo a la ciudad vieja.

Caminamos pegados a los muros, intentando evitar a los poquísimos transeúntes. La escalinata de la iglesia parecía de marfil y plata, y el campanario proyectaba sobre la plaza vieja una sombra parecida a una gigantesca lanza.

Seguimos andando, nosotros mismos como dos sombras; bajamos una escalera empinada e irregular y doblamos por una callejuela a la izquierda, para pasar luego por una tétrica fila de arcos rampantes que parecían las costillas de un gigantesco esqueleto.

De repente, una mano salió de la sombra de una calleja lateral y agarró a Lupin por el cuello. Inmediatamente vi asomar de debajo de la blusa de mi amigo el cañón negro y largo de un mosquetón y un instante después el arma apuntaba a… la garganta de Sherlock.

—Me has dado un buen susto —se disculpó Lupin guardándose el arma bajo la ropa.

—Se os oía llegar a cien pasos —se quejó Sherlock soltando el cuello de nuestro amigo.

Me lanzó una larga ojeada.

—Te sienta bien —dijo refiriéndose a mi ropa.

—Y a ti el bigote —repliqué apretándome en las sombras de la calleja, en medio de los dos—. ¿He visto de verdad lo que he visto?

—¿Qué has visto? —me preguntó Sherlock.

—Nada de juegos conmigo, chicos —murmuré fríamente—. ¿Tienes una pistola, Lupin?

—Es de mi padre —contestó él—. Forma parte de sus trucos de escena. Nada de pólvora, pero parece auténtica.

Me la tendió.

—¿Ves? Solo sirve para asustar.

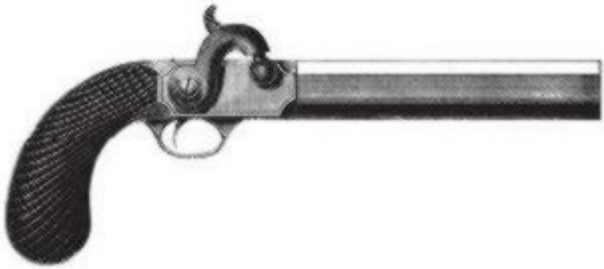
Era pesada, con la culata de ébano ornamentado con flores de lis de madreperla. Parecía más una voluminosa joya que una arma capaz de matar a alguien.

—¿Asustar a quién, chicos? —le pregunté mientras se la devolvía.

—Eso no lo sabemos aún —me respondió Sherlock, y a continuación nos hizo una seña para que lo siguiéramos.

Capítulo 19

MÁS ALLÁ DE LA OSCURIDAD



Nos agazapamos en la esquina de una plazoleta irregular de la que subía mal olor a humedad y basura. Los edificios que nos rodeaban eran altos, estrechos y decrépitos, y parecían viejas velas consumidas. La sombra ingente de la muralla quedaba a nuestra izquierda.

Sherlock nos señaló un portón ruinoso al otro lado de la plazuela.

No se distinguía casi nada, pero, al cabo de unos momentos, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudieron reconocer la figura de un hombre que hacía guardia en el portón.

—¿Ha entrado ahí? —preguntó Lupin, agachado delante de nosotros.

—Y no solo él —asintió Sherlock, que se había quedado detrás de los dos, en la sombra de la callejuela.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Desde que he llegado, al menos cuatro personas.

—Mala señal —dijo Lupin.

—O no —murmuró Sherlock—. Parece que hay una especie de reunión general. Quizá sea precisamente lo que esperábamos.

Oímos ruido de pasos acercándose y, al cabo de poco, una figura atravesó la plazoleta en dirección al viejo portón.

El recién llegado cruzó unas palabras con el hombre de guardia, que se apartó para dejarlo entrar en el edificio.

—Igual que los otros cuatro —murmuró Sherlock.

—¿Habéis podido oír lo que se dicen? —pregunté.

—Debe de ser una contraseña o algo por el estilo, pero… —Lupin meneó la cabeza—. Yo no he oído ni jota.

—¿Sherlock?

Él escrutaba la oscuridad que teníamos delante, con el perfil de su nariz subrayado por la luz de la luna, como el mascarón de proa de un barco en alta mar.

—¿Me has oído, Sherlock?

Me dijo que sí con un gesto.

—Oh, al diablo —dijo finalmente—. Lupin, dame la pistola.

Sherlock atravesó con perfecta calma la ruinosa plaza. Se dirigió hacia el guardián y desapareció con él en la oscuridad del vestíbulo.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Lupin, asustada.

—Que me ahorquen si lo sé —comentó mi amigo.

El tiempo pareció dilatarse y volverse interminable, remarcado por los latidos de mi corazón, cada vez más rápidos.

Sherlock salió del portón, al otro lado de la plazoleta, y nos llamó:

—¡Chicos!

Nos hizo una señal con la mano para que fuéramos.

Una breve mirada y Lupin y yo salimos disparados para cruzar la plaza de lado a lado y llegar hasta nuestro amigo.

—¡Echadme una mano, de prisa! —nos dijo Sherlock al tiempo que volvía a entrar en el edificio.

Había un cuerpo tendido en el suelo. Atado y amordazado. Reconocí al hombre que hacía guardia en el portón.

—¡Sherlock! —exclamé nada más ver el cuerpo.

—¡Venga, venga! ¡Nuestro amigo se va a echar una buena siesta, pero no será eterna! —soltó él agachándose para agarrarlo por los hombros.

Lupin lo cogió por los tobillos y, resoplando por el esfuerzo, lo escondieron en un cuartito vacío que había al lado.

—¡Una culata muy resistente, de excelente fabricación! —felicitó Sherlock a Lupin cuando terminaron, devolviéndole la pistola con una sonrisa.

Nos adentramos en los pasillos oscuros del edificio, atentos a la dirección en que nos desplazábamos. Sherlock caminaba por

delante de nosotros, como siempre, esquivando los obstáculos como si viera en la oscuridad. Lupin cerraba la fila.

Nos orientábamos siguiendo los ruidos que nos llegaban. Había voces lejanas, sonido de pasos, a veces una risa. Pero todo, absolutamente todo, estaba a oscuras. Los ruidos provenían de los pisos superiores de aquel antro. Subimos con cautela los peldaños de una escalera que parecía ir a desmoronarse bajo nuestros pies.

En cuanto nos asomamos al piso superior, nos encontramos delante de un cono de luz.

—¡Compadres! —nos saludó un segundo centinela.

Estaba reclinado en un diván Luis XVI desfondado y tenía a su lado una maltrecha lámpara de aceite que lo rodeaba de un halo de luz rojiza.

—Compadre… —le respondió Sherlock pasando por delante de él con los ojos fijos en el suelo.

La lámpara aclaraba parcialmente un techo decorado con escenas de caza y estucos ahora deteriorados por la humedad.

Farfullé algo incomprensible sin salir de las sombras y seguí a Sherlock con Lupin pisándome los talones; casi podía sentir su aliento en el cuello.

Las voces se hicieron más fuertes. De improviso, notamos bajo nuestros pies una alfombra de pasillo. Comprobamos las puertas a derecha e izquierda. Todas estaban cerradas.

El pasillo torció en ángulo recto y mi corazón con él. Conducía a un gran salón en el que se entreveían brillar los racimos de llamas de algunos candelabros.

Pasamos por delante de varias estancias, atestadas de mesas de juego y viejas sillas. Un garito, pensé. Un lugar de reunión secreto de jugadores de cartas y dados, de apostadores clandestinos. En la última sala, la mayor de todas, había una imponente chimenea coronada por un espejo y, en el centro exacto del techo, un gran agujero irregular del que colgaba una escala.

Parecía que buena parte de las voces que habíamos oído hasta aquel momento procedieran del piso superior.

Cruzamos una mirada y luego, sin decir palabra, Sherlock trepó el primero por la escalera.

Desapareció por el borde irregular del agujero.

Lupin me hizo una seña para que lo siguiera.

Agarré las cuerdas laterales de la escalera y subí. Cuando llegué arriba, un hombre me ofreció la mano para ayudarme a subir, pero la rechacé por miedo a que se diera cuenta de la pequeñez de mi mano y la lisura de mi piel.

—¿Eres el último? —me preguntó con un fuerte acento normando.

Bajé la mirada y hablé guturalmente para que mi voz sonara más grave.

—Falta uno todavía.

El otro gruñó. Trasegó un vaso de licor y me indicó que me fuera.

Reconocí a Sherlock a pocos pasos de distancia y fui hasta él. Lupin se unió a nosotros poco después.

Nos hallábamos en una gran estancia sumida en un barullo de voces, llena de viejos sofás, cojines y sillones desvencijados. Contamos una veintena de personas al menos, agrupadas en pequeños corrillos. Para nuestra fortuna, también allí la única iluminación la proporcionaban candelabros de los que goteaba cera. Sherlock, Lupin y yo buscamos un rincón oscuro y apartado, mientras las llamitas iluminaban parpadeantes la extravagante combinación de trajes elegantes y cicatrices, bufandas de seda y ojos de cristal, chalecos a medida y narices aplastadas, camisas almidonadas y rostros sin afeitar. Como si, para una fiesta de carnaval, los peores hombres de la calle se hubiesen disfrazado de caballeros. Las jetas, el agua de colonia barata, los muebles decadentes, los estucos descascarillados de los techos de la gran sala, las ventanas tapiadas para que no se filtrara la luz, las numerosas sillas y las mesas alargadas del juego de dados, todo contribuía a dar a aquel ambiente un no sé qué de infernal. Me habría gustado agarrar la mano de Sherlock o la de Lupin, pero no podía hacerlo, así que me limité a seguirlos tratando de que mi mirada no se encontrara con las de los presentes. Sentía que me asfixiaba aquel olor a cerrado, a moho y a humo que flotaba en el aire como algo sólido. Me sobresaltaba cada vez que vasos y botellas chocaban entre sí en un brindis o cuando pasaba junto a alguien que se reía o bisbiseaba rogando a la diosa Fortuna una buena tirada de dados.

Después de que subiéramos, la escalera había sido izada por el

agujero del suelo.

Sentí que se me encogía el estómago.

Era pura angustia. Estuviéramos donde estuviésemos, ahora no había modo de volver atrás.

Capítulo 20

UN CLUB DE CABALLEROS

De repente se hizo el silencio.

Las carcajadas cesaron, los vasos bajaron y la banda de quinquis y degolladores congregada en aquella enorme estancia calló de golpe, como si alguien hubiese dado la orden de enmudecer en el acto.

Sherlock, Lupin y yo nos apretamos uno contra otro en el rincón más oscuro que encontramos. Confiábamos en resultar completamente invisibles, sombras en medio de otras sombras.

Lo primero que vimos fue que las espaldas débilmente iluminadas de los malhechores más lejanos a nosotros se inclinaban levemente hacia delante.

Otros se quitaron los sombreros y los estrujaron entre sus manos. Hicimos lo mismo que ellos. Por suerte, pensé, Lupin me había despertado de golpe con sus piedrecitas contra la ventana y mi pelo debía de parecer lo bastante salvaje como para no suscitar sospechas.

El motivo del repentino silencio, las inclinaciones y reverencias

nos quedó claro por fin: era un hombrecito de cráneo brillante y ojos porcinos, embutido en un traje de gala gris dos tallas menor de lo debido. Los botones de madreperla del chaleco parecían a punto de salir proyectados y la corbata negra estaba anudada a su cuello con un nudo corredizo.

El hombre saludaba a diestro y siniestro con sus manos enjoyadas y de largas uñas, que me recordaron a las del *concierge* del Hôtel des Artistes. Pero, aparte de aquel miserable detalle, los dos hombres no tenían nada más en común.

Se dirigió al centro del salón, donde habían montado una tarima de madera. Me fijé en los pantalones de su traje, que se le ciñeron a las piernas con el saltito que tuvo que dar para subir a la misma, y en las cadenas de oro de sus dos relojes, que llevaba orgullosamente en el bolsillo del chaleco.

—¡Señores! —empezó a decir una vez en la tarima—. Señores y señoras, porque, para fortuna nuestra, ¡en nuestras reuniones no admitimos señoras!

Aquel comienzo hizo reír a los presentes, Lupin incluido, al menos hasta que le lancé una mirada matadora.

—Me alegra de verdad que hayáis venido todos —prosiguió el hombre—, puesto que los acontecimientos de los últimos días están poniendo en serias dificultades nuestros negocios. Todos hemos sido testigos de la curiosidad de los policías y de sus preguntas inoportunas. Curiosidad e investigaciones que podrían hacer peligrar nuestro bien ensayado método de cobro de préstamos…

Alguno rio.

—Así es, señores… —prosiguió el hombre—. El caso del náufrago, como lo han denominado en la ciudad, nos ha echado encima más husmeadores de los que estamos dispuestos a soportar. Y tenéis razón, con toda la atención puesta en los últimos acontecimientos, podría volverse más difícil trabajar en paz, sin policías merodeando alrededor.

—¡Bien dicho, Salvatore! —exclamó alguien.

Salvatore hizo un gesto para que todos permanecieran callados.

—Pero no perderé tiempo en inútiles circunloquios… Os adelanto que las últimas noticias son tranquilizadoras. Parece que el inspector Flebourg no pedirá refuerzos al distrito central y que, en los próximos días, la presión de la policía aflojará.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los asistentes.

—Para aquellos de vosotros que no estaban presentes en nuestra anterior reunión de caballeros —siguió diciendo Salvatore—, recordaré brevemente lo sucedido. Ese parisino, el llamado náufrago, el hombre que fue encontrado la otra mañana en la playa al norte de Saint-Malo, había contraído con nosotros deudas de juego por valor de casi doscientos napoleones.

Miré a Sherlock y a Lupin. Era una cifra realmente considerable. Suficiente para hacernos comprender lo que había ocurrido después.

—Sin sumar las cuentas de los dos hoteles en los que se alojaba.

—¿Hemos descubierto cómo se llamaba, Salvatore? —preguntó uno de los presentes.

El hombre de la tarima se metió los pulgares en el chaleco y se echó a reír.

—¿Y qué importa cómo se llamase? ¡Ahora está muerto!

Una carcajada resonó en el salón.

—¿Y nuestra deuda, Macrì? —preguntó otro—. Si fuese el Hôtel des Artistes el que nos debiera cuarenta napoleones, primero le vaciaría la bodega y luego le quemaría las cortinas… Pero, con un muerto, ¿cómo lo hacemos?

El hombre llamado Salvatore Macrì tuvo que gesticular lo suyo sobre la tarima para restituir la calma.

—¡Señores! ¡Tengan la amabilidad, señores! ¡Todo está bajo control! —dijo agitando las manos enjoyadas como un director de orquesta—. ¡La deuda ha sido saldada!

En cuanto se hizo de nuevo algo de silencio, Salvatore Macrì dio una palmada. Le entregaron una bolsa de piel que abrió ante los ojos de los presentes. Estaba llena de billetes de diversa cuantía.

—¡Este es el precio que he obtenido de nuestro amigo el orfebre de París, el de la rue du Temple, a cambio del collar de diamantes con que la señora Martigny ha contribuido gentilmente a nuestra causa! —exclamó Salvatore Macrì en medio del murmullo que se había alzado al enseñar el dinero—. ¡Calma! ¡Señores! ¡Un momento de calma! Demos las gracias a la señora Martigny, naturalmente, pero sobre todo a la habilidad acrobática de nuestro llorado señor Poussin o Lambert, los nombres con que se hacía llamar, por haber logrado introducirse en su casa desde el tejado y robar para nosotros el collar. Es una lástima, he de decir, el haber

descubierto sus dotes de acróbata tan tarde; trabajando para nosotros, habría podido desvalijar las viviendas de algún otro rico visitante a nuestra ciudad, ¿no creéis?

Los asistentes rieron.

—Pero, por desgracia, su carrera de pésimo jugador y excelente ladrón ha tocado a su fin. ¡Recemos una plegaria por él, señores! Y ahora sigamos con los números, que, desde luego, ¡nos interesan más!

Levantó la bolsa y la enseñó a los presentes.

—Naturalmente, ya he descontado mi comisión y una cifra simbólica para convencer a nuestros dos, ejem, «amigos» de la policía de que obstaculicen la investigación. Lo cual han hecho con presteza, contentísimos de desairar a ese lechuguino del inspector Flebourg. Y lo que queda sirve para cubrir de sobra los gastos que a todos nosotros nos acarrearon las diversiones de nuestro huésped de doble nombre. ¡Son casi sesenta napoleones de oro! —concluyó el hombrecillo de gris con un *crescendo*.

Una serie de pintorescas exclamaciones e imprecaciones que nunca había oído se dejaron oír en seguida entre la congregación de caballeros, subrayando aún más, por si acaso hubiera habido necesidad, la naturaleza criminal de aquella reunión.

Colándonos entre ellos aquella noche, habíamos descubierto en poco tiempo buena parte de la historia que ignorábamos y cada uno de nosotros tres, ahora, estaba haciendo en su interior las conexiones restantes. En aquel edificio en ruinas estaba camuflada una especie de timba clandestina, controlada por aquel italiano vestido de gris, Salvatore Macrì. Un lugar donde se aligeraban los bolsillos de los ricos veraneantes a la búsqueda de distracciones y que, por lo que parecía, tenía contactos nada limpios con las actividades de buena parte de los hoteles de la ciudad. También la policía recibía su recompensa. Y daba la impresión de que nuestro náufrago se había endeudado hasta tal punto con aquellos nobles señores de navaja fácil que había sido obligado a robar las joyas de una señora para poder pagarles.

Cada elemento de la historia parecía encajar en su sitio ahora, y cada comportamiento tenía su explicación: por eso los gamberros callejeros, peces pequeños de aquella organización, nos habían amenazado; y por eso también el inspector Flebourg siempre se

mostraba tan torpe en sus investigaciones; no era él el mal investigador, sino que, parecía ser, estaba rodeado de hombres pagados para entorpecer el curso de la justicia.

La cabeza me daba vueltas, pusiera donde pusiese mis pensamientos no veía más que personas siniestras y dedicadas al crimen. Nunca antes había pensado que pudiera haber organizaciones secretas que practicasen negocios sucios en las sombras de amenas ciudades turísticas. Ni había pensado nunca que pudiesen existir traidores entre los hombres de la ley.

Pensándolo ahora, después de todo lo que he vivido, casi envidio la ingenuidad de aquellos años y el rigor de mis principios más profundos; esos mismos principios a los cuales, pese a todas las razones que haya tenido en contra, nunca he renunciado. Como la amistad; la amistad indisoluble, por ejemplo, que a partir de aquel verano me unió al más grande de los ladrones y al más grande de los detectives de todos los tiempos.

Los siniestros personajes llegados para aquella reunión se arremolinaron en torno a Salvatore Macrì y su bolsa, dándose codazos y berreando frases irrepetibles. No pude evitar imaginármelos como otros tantos cerdos delante del comedero.

Era evidente que la reunión estaba llegando a su fin, y Sherlock, Lupin y yo intentamos pasar inadvertidos a la espera de que dejaran caer de nuevo la escalera y pudiésemos salir de allí.

Me sentía sudada y sucia, pero no era la suciedad física la que me hacía sentir a disgusto, era más bien el forzoso contagio con aquellas personas, cuya existencia, como ya he dicho, ignoraba hasta entonces.

—Esperad un momento… —nos susurró en determinado momento Lupin. Y se paró a cruzar unas palabras con uno de los «caballeros».

Sherlock y yo fingimos que nos interesábamos en una de las ventanas tapiadas de la casa, moviéndonos lo menos posible, con las manos en los bolsillos y evitando que nuestra mirada se encontrara con la de otros.

Oímos ruido de jaleo en el piso inferior, pero al principio no hicimos caso. Luego, sin embargo, el bullicio se volvió más intenso y alguien empezó a llamar a voces a Salvatore Macrì.

El jefe de la organización tardó aún unos instantes en oírlas, más

de lo que necesitamos nosotros para alarmarnos.

Lupin llegó hasta nosotros en dos zancadas y cruzó una mirada con Sherlock que no logré interpretar.

—Por allí —dijo Sherlock indicándonos la puerta por la que había aparecido Macrì y que se encontraba en la parte opuesta a aquella desde la que nos habíamos introducido en la sala.

—¡Y démonos prisa! —añadió Lupin agarrándome del brazo.

Nos movimos rápidamente, salvando viejas alfombras y sillas maltrechas mientras, abajo, los gritos se volvían más claros:

—¡Salvatore, Salvatore! ¡Han amordazado a Jerôme!

Ya no quedaba duda de que nos habían descubierto: Jerôme debía de ser el guardián del portón que Sherlock había dejado fuera de combate con un golpe en la cabeza.

Intentamos proseguir nuestra huida sin llamar la atención, pero, justo cuando casi habíamos alcanzado la puerta por la que había llegado Macrì, esta se abrió en las narices de Sherlock y apareció el pequeño Spirou con una bandeja de plata llena de tacitas desportilladas. Según parecía, también allí su función era la de pinche y camarero. Nos miró a los ojos y hubo un momento de indecisión en los cuatro. Luego Spirou chilló:

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡¿Qué hacéis aquí vosotros?!

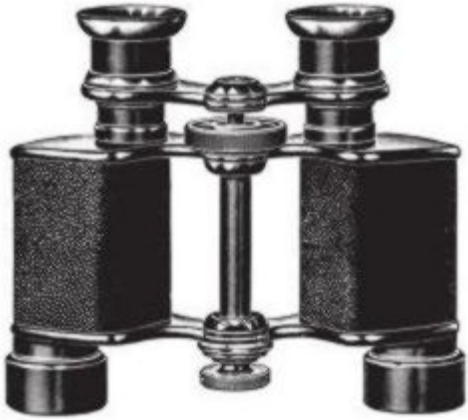
—¡Quítate de nuestro camino, maldito estúpido! —exclamó Sherlock. Lo tiró al suelo de un empujón en medio de un estrépito de tazas y cucharillas de plata, y saltamos por encima de él.

El estupor duró menos de tres segundos.

Corrimos a las habitaciones de Salvatore Macrì mientras un rugido de rabia se alzaba a nuestra espalda como una marea.

Capítulo 21

ACRÓBATAS BAJO LA LUNA



—¡Por este lado! ¡Rápido! —gritó Sherlock poniendo pies en polvorosa delante de mí.

Lupin estaba a mi espalda y se volvía continuamente para controlar a nuestros perseguidores. Sherlock abría las puertas a golpes de hombro y atravesábamos las habitaciones a la carrera, una tras otra.

—¡Abrid paso, venga! —gritamos a dos achacosos hombres de la servidumbre.

Los tiramos al suelo y Lupin apuntó su pistola contra ellos.

—Y no os mováis de aquí, ¿está claro?

Sherlock hizo saltar de una patada la última cadenita de la última puerta y nos vimos en un hueco de escalera oscuro como el infierno. Se agarró a la barandilla y se asomó para mirar abajo.

—¡Maldición! —gruñó al ver una fea jeta aparecer abajo y subir corriendo los peldaños. Ya venían.

Podíamos oír el ruido que hacían nuestros perseguidores, que avanzaban por las habitaciones que habíamos dejado atrás, así que solo teníamos una vía de escape.

Lupin fue el primero en subir.

Yo meneé la cabeza.

—Pero, si subimos, ¿cómo…?

—¡Vamos, no tenemos tiempo! —me gritó Sherlock alzándome casi en vilo para convencerme de proseguir.

En aquella dirección estaban los tejados.

Abriendo de un empellón una puertecita vieja y destartalada, desembocamos en una pequeña terraza plana.

Casi me desmayo del vértigo. A nuestro alrededor, veía los tejados de las casas del barrio viejo, uno junto al otro, negros y con reflejos plateados bajo la luz de la luna, salpicados de chimeneas puntiagudas. Las nubes de la tarde parecían haberse licuado en el curso de la noche y el mar, a lo lejos, se asemejaba a una superficie de mercurio.

Reinaba un gran silencio sobre la ciudad.

Y se oían los gritos y los pasos furiosos de nuestros perseguidores en la escalera por la que habíamos subido.

—Vamos —dijo Lupin saltando el primero la barandilla de la terraza.

—¡¿Qué?! —exclamé—. No lo dirás en serio, ¿verdad?

No me cabía en la cabeza que pudiéramos escapar por allí.

Por toda respuesta, mi amigo se agazapó sobre las tejas y empezó a recorrer la falda del tejado hacia el lado corto del edificio. Hacia el alero de madera.

Miré a Sherlock.

—¿Sherlock? —pregunté.

—No tenemos otra alternativa —me contestó él—. Si nos cogen, me temo que no se conformarán con regañarnos.

Un estruendo a nuestra espalda me convenció más que mil palabras. Salté la barandilla y empecé a andar a cuatro patas por las tejas. Se movían bajo el peso de mi cuerpo y crujían de modo funesto. Podía ver el final del tejado a pocos metros de mí, sobre la plazuela hedionda que habíamos atravesado un rato antes. Solo al imaginar lo alto que estábamos… Resbalé.

Sherlock me agarró al vuelo.

—¡Adelante, Irene, está casi hecho! —me animó.

Toda la culpa era de aquellos malditos zapatos, que me quedaban demasiado estrechos. Me los quité de dos golpes secos y

los arrojé al vacío. Ni siquiera los oí caer al suelo.

Ahora podía notar las tejas bajo los pies descalzos y descubrí que estaban calientes y eran porosas.

Llegamos hasta la esquina del tejado en la que estaba Lupin.

—¡Eh, vosotros! —gritó una voz detrás de nosotros.

Los primeros esbirros de Macrì habían llegado a la terraza. Miraron alrededor y, en cuanto nos localizaron, un par de ellos saltaron al tejado.

—¡Alto ahí!

Lupin se puso en pie. Me miró y miró a Sherlock.

—¿Listos?

Afirmamos con la cabeza.

Lupin respiró hondo, echó un vistazo a nuestros perseguidores, que se acercaban a gatas por el tejado, y saltó al edificio contiguo.

—¡Ahora tú, venga! —me exhortó Sherlock.

Viendo a Lupin hacerlo, me había parecido facilísimo, pero, en cuanto me puse de pie al borde del tejado, fue como si las estrellas del cielo se hubieran puesto a bailar sobre mi cabeza.

—¡No mires abajo! ¡Salta! —chilló Sherlock.

Me di cuenta de que se volvía alarmado para comprobar si los canallas se nos echaban encima.

—¡SALTA, IRENE!

Cerré los ojos, los volví a abrir y procuré grabarme en la cabeza solo el tejado del edificio contiguo. Salté.

Y nada más saltar me encontré al otro lado. Así de sencillo.

Me volví y vi a Sherlock volando hacia mí. Me aparté justo a tiempo para dejarle espacio y reanudé la carrera.

—¡QUIETOS AHÍ, VOSOTROS! —gritaron las voces a nuestra espalda.

Lupin se movía como un gato. Había aprendido de su padre a trepar y a mantener el equilibrio, y no parecía tener miedo de nada. Calculaba la dirección por la que escapar, buscando los caminos menos arriesgados, y gracias a su guía, saltando de un tejado a otro de la ciudad, logramos despistar a los granujas que nos pisaban los talones. Dar saltos se fue haciendo poco a poco más fácil y natural. Y cuando oí un grito y un golpe detrás de mí, Sherlock me impidió mirar a ver qué había ocurrido y me ordenó:

—No te vuelvas, siguen ahí.

Pero lo cierto es que muy pronto solo quedamos los tres

moviéndonos entre las chimeneas y las buhardillas de la ciudad. Los estrépitos, los gritos y las maldiciones se fueron apagando en la noche, como si nunca hubieran existido.

Lupin nos guio a un rincón prácticamente invisible entre dos edificios, donde nos guarecimos para recobrar aliento, apretados unos contra otros. Solo en ese momento me di cuenta de que me dolían los pies. Iba a decir algo, pero Lupin me lo impidió. Respiramos el aire fresco de la noche tratando de calmarnos.

—Voy a comprobar si se han ido realmente… —susurró Lupin tras un rato que me pareció larguísimo—. No os mováis de aquí.

Me pregunté adónde habíamos ido a parar e intenté orientarme tomando como referencia el campanario de la catedral. Pero fue inútil, el corazón me tamborileaba en el pecho y perturbaba con su ritmo precipitado cualquier pensamiento.

Del mar llegó un soplo de viento. Me di cuenta de que estaba temblando. Sherlock me abrazó. Me dejé abrazar y descubrí que él también temblaba.

La luna llena era como una gran moneda de plata en mitad del cielo. No sabría decir cuánto tiempo permanecimos abrazados a la sombra de aquel tejado, pero, cuando empecé a percatarme con cierta angustia de que Lupin no volvía, alcé los ojos para mirar frente a mí y me quedé de piedra.

—¿Sherlock? —susurré.

Sentí que se sacudía junto a mí, como si lo hubiese despertado.

—¿Tú también ves lo mismo que yo?

Un par de tejados más allá, una figura, muy erguida, parecía observarnos.

Comprendí que también Sherlock la había visto, porque su cuerpo se puso rígido.

Era un hombre completamente vestido de negro. La distancia nos impedía reconocer sus facciones, pero no cabía duda de que estaba vuelto hacia nosotros.

—¿Crees que es… el ladrón de los tejados? —murmuré asustada.

El hombre nos miraba, tan inmóvil que, durante unos segundos, pensé que era simplemente una estatua. Pero por fin se movió por el tejado de la casa en que se encontraba y me hizo sobresaltarme.

Volví a pensar en la figura encapuchada que había visto desvanecerse en la playa y me asaltaron los mismos escalofríos de

entonces, como si tuviésemos ante nosotros a un ser sobrenatural.

¿Por qué seguía observándonos?

Se movía lentamente, con una gracia altiva, como si los tejados de la ciudad fuesen su reino indisputable. Me vino una idea, pero la descarté en seguida, porque aquella sombra era demasiado grácil y demasiado alta para ser el señor Nelson. Pero entonces ¿quién era?

—¿Qué quiere de nosotros, Sherlock?

—¡Shhh! —me hizo callar él sin dejar de observar aquella figura misteriosa hasta que la vio desaparecer en la oscuridad.

Sherlock saltó hacia delante, pero un ruido en el tejado, a nuestra espalda, lo detuvo a mis pies.

—¿Chicos? —susurró la voz de Lupin—. ¿Seguís aquí? ¡Vía libre! Podemos bajar.

Salí de las sombras que nos habían cobijado y llegué hasta Sherlock. Cruzamos una simple mirada que significaba: no le hables de lo que hemos visto.

Entramos en un desván polvoriento a través de una claraboya rota y, desde allí, bajamos a la calle por una empinada escalera de caracol. Fuimos a dar a un callejón oscuro y silencioso, de empedrado malparado e irregular. La piedra resultaba dura y fría en comparación con las tejas tibias.

Miramos a un lado y a otro antes de empezar a andar. Cada portal podía esconder un peligro. Y los malhechores de la timba podían estar escondidos en cualquier parte.

La ciudad nos parecía ahora una gran trampa oscura dispuesta a tragarnos.

Nos dirigimos hacia mi casa sin decir nada. Bordeamos los baluartes y llegamos al pedestal del monumento a René Duguay-Trouin, donde la tensión que nos atenazaba por fin se atenuó un poco.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Ahora sabíamos de la existencia de los «caballeros» de Macrì, pero ellos también de la nuestra.

—Aunque Spirou hable con los demás —murmuró Lupin—, no es alguien a quien esos hombres hagan mucho caso.

—De todas formas —añadió Sherlock, amenazador—, siempre podemos convencerlo para que no hable.

—¡Ah, muy bien, señor Holmes! —solté—. ¿Quieres comportarte

como esos señores? ¿Con amenazas?

—Y tú, en cambio, ¿qué propones hacer? —replicó él, cortante —. ¿Decirlo en casa, a mamá y a papá?

—Necesitamos ayuda, por supuesto. Son hombres sin escrúpulos y ya han intentado intimidarnos una vez —insistí—. Y no creo que tarden mucho en darse cuenta de que éramos nosotros.

—Puede que yo tenga una idea —intervino entonces Lupin.

Sherlock lo miró.

—Me habéis visto pararme a hablar, allí en el garito —siguió diciendo el joven Lupin.

—¿Y? —le pregunté.

—Lo he hecho para intentar descubrir el nombre de los agentes de policía que tiene comprados Macrì. Habéis oído lo que ha dicho él, ¿no? Que el inspector Flebourg es incorruptible, pero algunos de sus hombres no, por lo que parece.

—¿Y has descubierto quiénes son?

—Tengo dos nombres, sí —dijo Lupin, y nos los dijo—. Si el inspector es de verdad incorruptible, bueno, podría venirle bien saber los nombres de las manzanas podridas de su distrito.

—¿Qué propones que hagamos? —le preguntó Sherlock.

—Hablar con mi padre —respondió Lupin—. Y hacer que la información le llegue a Flebourg. Después de todo, sabemos cómo se llama el jefe de la organización, sabemos que tiene cómplices en buena parte de la ciudad, que ha robado el collar y…

—No, no lo sabemos —intervino Sherlock—. El collar lo robó Poussin, o Lambert, o como se llamara. El italiano solo fue a los orfebres del barrio judío de París para revenderlo.

—Quizá sea posible recuperarlo —dije yo—. Sabemos que ha sido adquirido en la rue du Temple y…

Sherlock movió las manos en el aire nerviosamente.

—¡No, no y no! ¡Estamos equivocados! —vociferó.

Lupin y yo lo miramos un tanto sorprendidos.

—¿Es que no lo entendéis? ¡Hay algo que no cuadra en todo este asunto! Poussin robó el collar y así pagó su deuda… Pero, entonces, ¿por qué lo han matado?

—Tal vez quisieran castigarlo —dije yo.

—¿Por pagarles? —replicó Sherlock, perplejo—. No lo creo… Si ese tipo hubiera sido un ladrón tan hábil, habría sido mucho más

sensato seguir valiéndose de él.

—En efecto, también Macrì ha dicho algo parecido —admití.

Lupin, de todos modos, no estaba convencido en absoluto.

—¿Y creer en lo que dice un sinvergüenza como Macrì? Qué ingenuidad… ¡Ese hombre sería muy capaz de hacer pagar una afrenta con la vida!

—Una cosa es segura, y es que nuestro hombre con dos nombres tenía mucho talento para meterse en problemas —observé.

—Eso también es verdad… —ponderó Sherlock, pensativo—. Y quizá Macrì no era el único criminal que tenía cuentas pendientes con él.

Nos quedamos callados. Nuestras cabezas estaban aún llenas de dudas. Oímos ladrar a un perro a lo lejos.

—Habla con tu padre, Lupin —murmuré—. Mantengámonos tranquilos unos días.

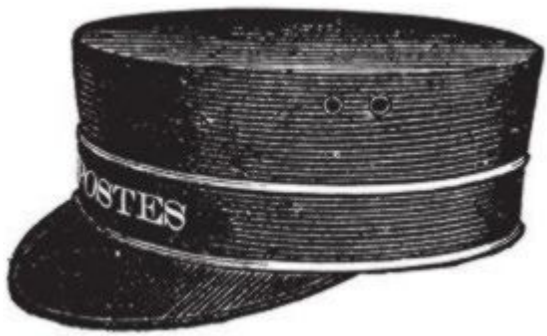
Estaba decidido. Evitaríamos que nos vieran juntos en la ciudad o en el puerto hasta que las aguas se calmaran.

Nos despedimos dándonos un último y fuerte abrazo, y quedamos en vernos, si no había novedades, en la casa Ashcroft el jueves siguiente.

No imaginaba que un día después yo estaría en París con mi padre.

Capítulo 22

RUE DES MÉZIÈRES NÚMERO 6



El lunes por la mañana no podía saber todavía si Lupin había hablado o no con su padre sobre los policías corruptos, y tampoco si Théophraste había pasado la información al inspector Flebourg. Aunque, aparentemente, el asunto del náufrago y el del robo del collar estaban resueltos, mis pensamientos seguían volviendo a los acontecimientos de los últimos cuatro días.

Mi padre se disponía a regresar a la ciudad, para lo que dio orden de que le preparasen un carruaje. Se marcharía justo después de la comida para poder llegar a París esa misma noche.

Los dos días de vacaciones que había pasado en el mar parecían haberle repuesto y también el humor de mi madre, normalmente áspero y huraño, parecía haberse endulzado.

Acompañé al señor Nelson a la oficina de correos por dos motivos.

El primero era que quería caminar a la luz del sol por las callejuelas de la ciudad, para tratar de reconstruir cuáles habían sido mis recorridos nocturnos. Y el segundo, aunque nunca lo habría confesado delante de Sherlock y Lupin, era que me daba demasiado miedo andar por ahí sola.

—¿Va todo bien, señorita Irene? —me preguntó Horace a medio camino—. Todavía no ha abierto la boca.

Y aquel silencio, en efecto, no era propio de mí. Estaba increíblemente atenta a cada detalle, a cada persona con la que nos cruzábamos, para ver si alguien me miraba de una manera distinta a la habitual o si, en cambio, como era más probable, la idea de haber sido descubierta era solo una fijación mía.

—Es solo que he dormido mal, Horace —le contesté.

Él miró por un instante las escasas nubes del cielo.

—¿Mal o simplemente… poco?

Lo miré tratando de comprender si se había dado cuenta de mi escapada por la ventana y quisiera darme a entender que lo sabía. Pero la máscara oscura de su rostro estaba totalmente impasible. Recorrimos en silencio, pues, la calle que llevaba a la oficina postal. Cuando entramos había ya una considerable cantidad de gente y nos pusimos a esperar pacientemente en la cola. Ya no había rastro de los animados murmullos y las charlas del pasado viernes, sino saludos mucho más normales y conversaciones sobre el tiempo incierto de aquel extraño verano. Las nubes del día anterior parecían anunciar tormenta y, en cambio, la tormenta parecía haberse esfumado.

Nadie podía imaginar que, en realidad, solo iba a retrasarse unos días.

—¡Señorita! —me llamó en un momento determinado una voz que me pareció vagamente familiar.

Reconocí, a la puerta de un despacho próximo, un rostro pacífico que me saludaba desde debajo de una gorra con el monograma imperial, símbolo del servicio de correos francés. Era el director con el que habíamos hablado el sábado por la tarde en el vestíbulo del Hôtel des Artistes.

Le devolví el saludo y él me hizo seña de que me acercara. Le dije al señor Nelson que me perdonara un momento y fui hacia el director.

—¿Cómo está? —me preguntó mientras le estrechaba la mano—. ¿Tiene correo que despachar?

Le expliqué que era el señor Nelson quien se ocupaba de la correspondencia de mis padres, pero en seguida tuve claro que no me había llamado para hablar de aquello.

—¡Precisamente, la correspondencia!

El hombre se dirigió a su caótico escritorio y se puso a buscar

algo. Mientras, me explicó:

—El otro día despertó mi curiosidad respecto a la correspondencia del misterioso huésped de la habitación 31…

Tardé unos segundos en recordar que Jacques Lambert se alojaba en aquella habitación del Hôtel des Artistes.

—Así que he hecho unas comprobaciones. Bueno, por lo que parece, sus suposiciones no eran acertadas. No aparece ninguna correspondencia enviada a la redacción de un periódico de El Havre o Brest.

—Así que no era periodista.

—Es lo que he pensado yo también.

Le di las gracias por habérmelo dicho y le prometí que informaría a mis amigos.

—No se pondrán muy contentos, pero al menos es algo que podemos excluir.

—¡Pero lo que acabo de decirle no significa que no haya nada interesante en la correspondencia del señor Lambert! —añadió entonces el director de la oficina postal con aire complacido.

—¿Ah, no?

—¡Le confesaré que ha sido emocionante investigarle! Primero descubrí que Lambert expedía prácticamente toda su correspondencia a una única dirección de París. Y luego descubrí… ¡esto! —dijo enseñándome un pequeño sobre.

—Oh. Y dígame, ¿qué es?

—Un sobre anónimo que, de todos modos, está remitido a la misma dirección parisina.

—¿A la que Lambert enviaba siempre sus cartas?

—¡Así es! ¿Ve? No figura remite, pero el destinatario es el mismo. Me he dado cuenta confrontando los registros, gracias a su indicación. El sobre estaba ya en la diligencia del sábado por la tarde hacia París… Pero lo recuperé y me lo traje aquí, querida señorita.

Era un sobre pequeño, demasiado delgado para contener joyas y, mientras el director le daba vueltas entre los dedos, vi que iba dirigido al número 6 de la rue de Mézières.

—Así que he procedido a avisar al inspector Flebourg, que pasará esta mañana a requisarlo. Quién sabe, podría ser útil para la investigación…

Asentí, pensativa.

Pero no dejaba de repetirme «Rue de Mézières 6, rue de Mézières 6» para grabármelo en la memoria.

—Su hallazgo podría ser decisivo, señor… —lo felicité.

—Yo también lo he pensado —dijo él sonriendo—. Y deseaba decírselo, puesto que también es mérito suyo y de sus amigos.

Volví a darle las gracias y me despedí de él, pero, cuando ya estaba casi fuera de la oficina, me vino una pregunta a la cabeza:

—Disculpe, señor director —le dije volviéndome de nuevo hacia él—. Una pequeña curiosidad: si el sábado esa carta estaba aún entre el correo de salida, ¿cuándo la depositaron?

—También lo he comprobado —me respondió el director—, pero no sé darle una respuesta. Debió de llegar la semana pasada y luego, por error, permaneció aquí más tiempo de lo normal.

De todos modos, no era importante, lo importante era que tenía unas señas.

Capítulo 23

EN PARÍS

—Tienes que ser más indulgente con tu madre… —me decía mi padre mientras el carruaje nos dejaba en la estación para coger el tren directo a París.

—Tienes toda la razón, papá —le contesté—. Pero a veces no es tan fácil.

—Tampoco es fácil ser una buena madre. Cada cual lo hace lo mejor que puede.

Yo no estaba tan convencida, pero no tenía la menor intención de llevarle la contraria. Por otra parte, la discusión entre nosotros estaba desequilibrada: mi padre sabía que mis relaciones con mi madre tenían muchos altibajos, mientras que yo no sabía a qué se debían las continuas tensiones entre ellos. Lo descubriría años más tarde, cuando por fin conocí a mi verdadera madre.

Pero aquel verano, cuando el señor Nelson cargó las maletas de mi padre y mi pequeño *nécessaire* de viaje en el tren, todavía era una niña adoptada que no sabía que lo era.

—¡Hasta muy pronto, Horace! —me despedí del mayordomo cuando la locomotora silbó—. El tiempo de descubrir algo y vuelvo.

—Se lo ruego, señorita Adler —me despidió él afectuosamente. Parecía que quisiera montarse conmigo en el tren y poco faltó para que me despeinara con una caricia.

No hace falta decir que había sido facilísimo convencer a mi padre de que me llevara a París con él e imposible hacer otro tanto con mi madre. Lo que más parecía angustiarla era el viaje de regreso, que tendría que hacer completamente sola en tren.

—¿Qué sentido tiene ir a París para un solo día? —casi gritaba mi madre.

Mi pretexto había sido patético. Dije que necesitaba ciertos libros que se encontraban en nuestra casa de París y que no podía esperar a que mi padre me los mandara. Los cogería la noche de mi llegada y al día siguiente tomaría nuevamente el tren para volver a mi lugar de veraneo.

—¡Eso es una chiquillada, Irene! ¡Nada más que una chiquillada! —estalló mi madre antes de resignarse ante mi testarudez.

Por una vez, tenía razón. Solo que ni de lejos podía imaginar de qué clase de chiquillada se trataba.

Corrí a mi asiento en el carruaje y me acomodé junto a la ventanilla, enfrente de mi padre. Él me miraba satisfecho, como si observara un pequeño tesoro.

—No hay quien te pare, ¿eh? —me preguntó.

Y fue como si, con aquella simple frase, me hubiera querido decir que conocía toda la historia de mi aventura secreta.

Mi padre se iba a trabajar cuando el sol no había salido todavía, así que no supo a qué hora dejé nuestra casa en Saint-Germain-des-Prés al día siguiente para ir a pie al número 6 de la rue de Mézières. No estaba lejos de donde vivíamos y probablemente fue aquella cercanía la que me indujo a actuar sola para llevar a cabo una parte de la investigación de la cual ni Sherlock ni Lupin estaban al corriente.

Crucé la rue de Saint-Sulpice y proseguí hacia los jardines para torcer luego por una callecita de casas bajas y estrechas, de tipo más bien popular.

El número 6 correspondía a una casita de dos plantas que debía de haber conocido tiempos mejores. Llegué a ella cuando aún no eran las ocho de la mañana. Mi tren salía a mediodía y tenía conmigo todo lo necesario para la vuelta, incluidos los famosos

libros que me servirían para la pequeña representación ante mi madre.

Junto a la cancela, en uno de los pilares de ladrillos que la sostenían, había una campanilla de latón. Tiré de la cuerda, que produjo un delicado repiqueteo, y me dispuse a esperar que alguien viniera a abrirme.

Para mi sorpresa, llegó una señora bastante mayor, vestida con gran sencillez, a la que debía de haber interrumpido durante su aseo matinal. Tenía un rostro muy hermoso pero también muy marchito. El tiempo había sido despiadado con sus facciones.

—¿Qué desea, señorita? —me preguntó mientras terminaba de secarse las manos.

No me había preparado una historia propiamente dicha, así que no sabía exactamente de qué manera explicar mi presencia allí. Elegí, por tanto, el camino más directo, la única pista que había entrevisto y que había seguido hasta aquella dirección, incluso arriesgándome a hacer un largo viaje para nada.

—Lamento molestarla, señora —empecé a decir con una gran sonrisa tranquilizadora—, pero… no sé bien cómo decírselo. ¿Conoce a una persona que se llama François Poussin, o quizá… Jacques Lambert?

Ella me miró, asombrada y apenada al mismo tiempo, y yo traté de intuir, por la expresión de su rostro, en qué estaba pensando mientras me miraba.

—Sé que de vez en cuando manda una carta a estas señas —seguí diciendo sin perder la sonrisa—. Así que me he preguntado si usted, o alguien de esta casa…

Como si hubiese intuido los acontecimientos de Saint-Malo, la señora se echó a llorar sin previo aviso.

E igual de repentinamente me preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado a Julien?

Capítulo 24

EL HOMBRE DE LOS MUCHOS NOMBRES

El jueves por la tarde, tal como habíamos quedado, nos encontramos en la casa Ashcroft.

Cada uno llegó por un camino distinto, con pocos minutos de diferencia uno de otro.

Sherlock fue el primero. Yo la segunda. Y Lupin el último, en su barca de remos.

Los tres teníamos grandes novedades que contarnos. Según parecía, el inspector Flebourg había actuado: el soplo sobre la conducta deshonesta de dos de sus hombres había convencido al íntegro funcionario de la *Gendarmerie* para pedir refuerzos a la jefatura provincial y utilizarlos para poner orden en la ciudad.

—Cuando entraron en la plazuela —nos contó Lupin con los ojos brillantes—, de Salvatore Macrì no quedaba ni rastro.

El italiano había escurrido el bulto dejando al descubierto su red de contactos y a los peones que empezaban a colaborar.

—En mi opinión, dentro de poco se sabrá quién mató al hombre de los dos nombres —explicó Lupin. Y añadió que el inspector había confesado a su padre que la hipótesis del suicidio había que descartarla totalmente: el náufrago tenía en la nuca un gran hematoma, como el de alguien que ha sido golpeado con fuerza. Luego le habían metido las piedras en los bolsillos para que se hundiera, pero lo habían tirado al mar en un lugar inapropiado desde el cual la corriente lo había llevado a la orilla.

—Entonces debe de haber sido alguno de los de la banda que conoce poco el mar —observó Sherlock imperturbable—. De otro modo no habría cometido un error tan grave.

«¿Y la nota?», se preguntaron los chicos. ¿Qué sentido tenía aquella nota?

Yo seguí callada aún, porque quería contar la sensacional novedad de la que me había enterado en mi breve viaje a París.

—Yo he descubierto que mi madre conoce muy bien a la señora Martigny —contó Sherlock—. Y al enterarme, me he sentido muy estúpido. Figuraos, ¡es una de las tres señoras con las que juega al bridge todas las tardes!

Sherlock le había hecho una serie de preguntas a su madre, mediante las cuales había descubierto que el robo de la joya supuso un golpe realmente duro para la familia Martigny. Su marido, advertido de lo sucedido por telegrama, incluso amenazó con divorciarse, pues la joya desaparecida era la más valiosa de la familia. El hombre había insistido en que la mujer no la llevase consigo durante su veraneo en la costa. Huelga decir que su señora no había querido hacerle caso.

—Por lo que parece, sin embargo —siguió contando Sherlock—, las amigas de mi madre han apoyado a la señora Martigny. El robo ha sido tan espectacular e imprevisible que sería muy difícil culpar a la señora de descuido.

Y después de una larga pausa, repitió meditabundo:

—Muy difícil.

Tenía la mirada ausente y no dejaba de morderse el labio inferior.

—Eso no es todo, ¿verdad? —le pregunté.

—No sé qué decir —confesó Sherlock con una mueca—, pero hay algo que sigue sin cuadrarme…

—¿Sospechas que la solidaridad femenina de las amigas de la señora Martigny no es sincera? —apremié.

—Bueno, de hecho —intervino Lupin—, las mujeres no saben trabajar en equipo.

Mi mirada lo traspasó como una flecha.

—En fin, ¡salvo excepciones! —añadió entonces con una risita.

Sherlock se levantó de la arena, en la que nos habíamos sentado, y empezó a andar de un lado para otro.

—No, no es eso —dijo—. Encuentro muy normal que cuatro señoras, amigas entre ellas, tiendan a comprenderse y a apoyarse… Y tengamos en cuenta que mi madre ha sido la última en llegar al grupo, las otras tres vienen de veraneo a Saint-Malo desde hace mucho, se juntan desde hace años.

Las otras tres, dejando a un lado a la señora Holmes, eran la señora Martigny, la señora Foucher y la baronesa Gibard.

—Pero no termino de entender, sin embargo, cómo es posible que alguien como nuestro hombre de los dos nombres lograra introducirse desde aquel tejado, robar el collar y finalmente salir por donde había entrado sin que nadie lo viera.

—¿Qué hay de increíble en todo eso? —le pregunté, luchando dentro de mí por el deseo de contar lo que había descubierto en París de labios de la madre de nuestro hombre misterioso, que en realidad no se llamaba Poussin y tampoco Lambert.

—Es bastante elemental —respondió Sherlock—. ¿Os acordáis de cuando le dimos la vuelta en la playa?

Lupin y yo asentimos.

—Pesaba mucho —concluyó Sherlock—. Y no solo a causa de la ropa empapada y las piedras de los bolsillos, no… Era un hombre más bien rellenito y nada musculoso.

Miré a Lupin, que asentía gravemente.

—Es cierto. No parecía estar en forma.

Sherlock me miró, como invitándome a hablar. Yo, no obstante, no tenía nada que decir sobre la corpulencia de aquel hombre. Sin embargo, tenía otras cosas que decir de él. Muchas más.

—François Poussin o Jacques Lambert se llamaba, en realidad, Julien Lascot —empecé diciendo, dejando de piedra a mis amigos —. Y lo sé seguro, dado que he tenido oportunidad de hablar con su madre.

Ambos se sentaron.

Y me miraron en silencio.

Ahora me tocaba hablar a mí.

—Su madre se lo esperaba. Dice que sabía que un día u otro alguien llamaría a su puerta para comunicarle la noticia de que su hijo había muerto. Pero siempre había supuesto que sería un policía y no una joven como yo.

Sonreí al recordar el momento en que me había hecho sentar en su sencillo pero digno salón.

—Los Lascot nunca han sido pudientes, el padre de Julien era albañil y tenía cierta reputación entre sus clientes, pero, según parece, Julien no quería saber nada ni de estudios ni de seguir las huellas de su padre. Se escapó de casa por primera vez, a los dieciséis años, y desde entonces no había vuelto del todo. Aunque su madre no me lo dijo explícitamente, comprendí que Julien se había convertido en un pequeño malhechor que vivía a salto de mata, obsesionado por la idea de demostrar lo que valía. Escribía periódicamente a su casa para contar sus proezas y se esforzaba en recalcar cada uno de sus éxitos con palabras enfáticas. En realidad, según cree su madre, estaba despilfarrando su dinero, su belleza y su poder de fascinación dejándose arrastrar por las peores pasiones: el juego y… ¡las mujeres de los demás!

Esperé que aquella noticia calara bien en la mente de mis amigos y continué:

—Julien era un mentiroso empedernido. Probablemente no contó ni una sola verdad en toda su vida. Cada vez que un negocio o una apuesta le salía mal, cambiaba de ciudad y volvía a empezar. Por eso su madre se esperaba una noticia como la que le di.

—Pero ¿estás segura de que ese Julien era precisamente nuestro hombre, el hombre de la playa? —me preguntó Lupin en ese punto de mi relato.

Conté entonces mi encuentro con el director de la oficina de correos y que probablemente la policía había llegado a la misma conclusión.

—Pedí a la señora Lascot que no contara a nadie mi visita… —añadí—. Y ella me aseguró que guardaría el secreto.

«Me lo esperaba —me dijo cuando nos despedimos en la puerta —. Duele decirlo tratándose de tu hijo, pero las personas de mala

vida siempre acaban mal». Y con esas palabras me despidió.
Sherlock, Lupin y yo hablamos largamente sobre el significado real de aquel descubrimiento. Al final, con todo, los tres coincidimos en que parecía la única explicación sensata de los hechos. Fue Lupin quien hilvanó los elementos:

—Las personas de mala vida siempre acaban mal —empezó a decir, repitiendo la amarga frase de la señora Lascot—. En el fondo, esto lo explica todo: el hombre de la playa no era un profesional del robo habilidoso, como ha hecho notar Sherlock, pero su vida, en todo caso, estaba hecha de embaucamiento, mentiras, pequeñas estafas y robos ocasionales. Esta vez había hecho su pequeña obra maestra, un golpe de experto, pero no fue suficiente. Se mezcló con gente como Macrì e incluso peor que Macrì, y con eso firmó su sentencia de muerte.

El «caso del náufrago», como había sido bautizado por los habitantes de Saint-Malo, podía darse por cerrado. Quedaban aún, por supuesto, detalles importantes que aclarar, por ejemplo si había sido el propio Macrì o algún otro malhechor de su banda el que había ordenado la muerte de Lascot. Pero, ahora que sabíamos qué clase de hombre había sido nuestro «náufrago», parecía claro que aquel era un delito gestado en los ambientes del hampa.

Los tres estábamos electrizados por lo que habíamos descubierto en nuestras indagaciones y repetíamos, imitándolas, las situaciones importantes, absurdas o peligrosas en las que nos habíamos visto envueltos en la última semana.

Fue, por fin, una bonita tarde de tranquilidad en la que volvimos a tomar contacto con la ciudad en que pasaríamos los dos meses siguientes, y con la vieja casa abandonada que se había convertido en cierto modo en nuestra guarida secreta. La sede de nuestro pequeño círculo de investigadores aficionados.

—Julien Lascot encontró su merecido… —comenté en determinado momento—. Y la única que de verdad ha perdido algo en esta historia ha sido la señora Martigny.

Miraba las olas del mar desplazarse perezosamente delante de nosotros, subiendo con la marea. En menos de una hora tendríamos que ponernos a remar para volver al puerto antes de que anocheciera.

Y luego, a partir del día siguiente…

«Quién sabe —pensé—, quién sabe lo que sucederá».

—Diría que no ha sido la única —dijo entonces Lupin a mi espalda. Él y Sherlock estaban barajando unos naipes para ensayar un número de prestidigitación que les había enseñado el padre de Lupin.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con curiosidad.

Lupin las contó rápidamente delante de nosotros, sobre la arena, y añadió:

—Esto explica por qué no me sale, falta una carta.

Las dividió por palos y resultó evidente que la carta que faltaba era la dama de picas.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida por aquella coincidencia. Era la misma carta que habíamos encontrado como marcapáginas en el librito rojo robado en la habitación de Julien Lascot, cuando todavía pensábamos que se llamaba François Poussin.

Junto a nosotros, Sherlock se había puesto más pálido que un fantasma. Miraba las cartas y no hablaba. Cuando me di cuenta, casi me asusté.

—¿Sherlock? —le pregunté tratando de sacarlo de aquel estado —. ¿Sherlock? ¿Qué te ocurre?

—No es posible, sencillamente no es posible… —empezó a repetir él.

—¿No es posible qué? —le pregunté. Miré sus ojos desorbitados y luego las cartas—. ¿De quién es esta baraja? —le pregunté a Lupin.

—Es de mi madre —respondió Sherlock en voz tan baja que me costó oírlo.

Capítulo 25

TRES AMIGAS

Para quien no conozca las reglas del bridge, el juego de cartas que las señoras practicaban todas las tardes a excepción de la del jueves, recuerdo las principales, que ya he mencionado. Nadie sabe explicar con certeza a qué debe su nombre, que significa «puente», pero lo cierto es que se juega entre cuatro personas, una pareja contra otra, con una baraja francesa de cincuenta y dos cartas. Lo primero que se hace es la declaración, es decir, la apuesta al número mínimo de bazas ganadoras que se tendrán en el transcurso del juego propiamente dicho. Al término de las declaraciones, uno de los jugadores «muere», es decir, muestra sus cartas, que desde ese momento serán utilizadas por su pareja de juego.

Es, en resumidas cuentas, un juego de cartas «con muerto». Y ese es un aspecto que sin duda deberíamos haber tenido en cuenta desde el principio.

El viernes de aquella misma semana convencí al señor Nelson para que nos ayudara. Todo lo que tenía que hacer era retrasar el

momento en que la señora Holmes salía de casa el tiempo suficiente para que nosotros pudiéramos hablar con las otras jugadoras.

Nos presentamos en casa de la señora Martigny y nos hicimos anunciar por la servidumbre como los tres hijos de la señora Holmes, que iban a buscar a su madre.

Entramos con desenvoltura en el salón de la casa, la estancia contigua a aquella en la que, según lo que había contado la señora, se había introducido Julien Lascot para sustraer el collar.

—Señor Holmes… —nos saludó la señora Martigny, reconociendo al hijo mediano de su compañera de cartas. Luego, sin embargo, su convencional recibimiento pareció vacilar al ver a dos desconocidos en vez de a Mycroft y a Violet, los dos hermanos de Sherlock. De todos modos, no se atrevió a preguntar el motivo.

Y nosotros lo aprovechamos.

—Vuestra madre todavía no ha llegado, me temo —nos informó la señora Martigny, aún muy lejos de suponer por qué habíamos entrado en su salón.

—Lo sé perfectamente, *madame* —respondió Holmes con una ligera reverencia—. Madame Fouchet, baronesa Gibard, disculpen la interrupción…

—En realidad, todavía no habíamos empezado, señor Holmes —explicó la señora Martigny—. Como le he dicho, aún esperamos a su madre.

—Lamentablemente, creo que habrá una interrupción, señoras —dijo Holmes—. Pero antes quisiera presentarles a mis amigos: *mademoiselle* Adler y el señor Lupin.

—¿Adler ha dicho? —cacareó la baronesa Gibard—. ¿Por casualidad no será la hija del señor Leopold Adler?

—Para servirla, señora —la saludé.

—Tuvimos un agradabilísimo té el domingo por la tarde… —prosiguió la baronesa Gibard.

Miré a mi alrededor; el salón y las señoras despedían resplandores dorados. Ellas lucían espléndidas joyas y vestidos formales pero elegantes; la estancia era de un vivo color ocre, con tapicerías y cuadros de marcos dorados, un bonito ramo de lirios sobre la mesa principal, vasos de cristal y bandejas con pastitas a las que pronto se sumarían unas tazas de té.

—Me temo, en cambio, que no conozco a su familia, señor Lupin

—dijo con cierta presunción la señora Martigny.

—Imagino, sin embargo, que conocerá a la de mi madre, Henriette
d'Andresy,
o a nuestros primos, los Dreux-Soubise.

La señora Fouchet se llevó la mano a la boca.

—¡Oh, cielos! ¡Pues claro! Entonces usted es… ¡Oh, pobre muchacho!

Lupin levantó una ceja y desplegó una sonrisa que habría podido rajar el grueso brocado de las cortinas.

—Soy hijo de ese famoso gimnasta que arruinó a la familia
D'Andresy,
exactamente.

La señora Fouchet había enrojecido como un tomate.

—Oh, perdóneme, querido muchacho, en absoluto quería insinuar que…

—Disculpen —la interrumpió Sherlock—. Discúlpenme las tres, señoras, pero siento decir que esta conversación no nos lleva a ninguna parte. Y puesto que el tiempo es escaso, me gustaría que supieran que nosotros tres hemos hablado largo y tendido antes de presentarnos ante ustedes. Y que hemos recogido pruebas aplastantes de cuanto estamos a punto de decirles.

—¿Pruebas aplastantes, señor Holmes? —repitió sus palabras la señora Martigny.

—Exactamente, señora. E imagino que sabe muy bien de qué estamos hablando.

Noté una fugaz mirada entre las señoras sentadas a la mesa y un temblor incontrolable en los labios de la señora Fouchet. Si hubiese tenido que apostar quién de las tres se vendría abajo antes, ya tenía a mi primera candidata.

La señora Martigny tentó una réplica.

—Señor Holmes, considero que sus palabras y su comportamiento son un tanto inoportunos.

—No tanto como el suyo, si me permite decirlo —replicó Sherlock—. Y ahora se lo ruego, déjenme hablar, porque la situación es tan embarazosa para mí como lo es para ustedes.

Me di cuenta de que la voz de Sherlock le había flaqueado por la tensión y que a mi amigo le costaba dominarse. De todas formas, lo

consiguió.

Lupin le impidió a la señora Martigny que cogiera la campanilla con la que llamaba a los criados y la invitó a sentarse, presa de un creciente nerviosismo.

—Sabemos lo que le sucedió a Julien Lascot —comenzó diciendo Sherlock—. O tal vez debería llamarlo por el nombre con que ustedes, señoras, lo conocieron, François Poussin o quizá Jacques Lambert…

Las vi desencajar los ojos y desmoronarse, dejando caer el brazo sobre la mesa o abandonándose sobre los blandos divanes del salón.

—Así pues, les pregunto si prefieren ser ustedes quienes nos cuenten cómo sucedió todo o si quieren que seamos nosotros quienes lo hagamos.

—No sé a qué se refiere, señor Holmes —dijo la señora Martigny con voz neutra y gélida—. No sé cómo tienen el valor de entrar en mi casa y…

—Fui yo —intervino la baronesa Gibard.

—¡Annette! —la reprendió la señora Martigny.

—¡Pues sí! —se rebeló ella—. ¡Ahora ya es inútil pensar en ocultarlo! Si lo han descubierto estos chicos, ¿cuánto creéis que tardará en hacerlo la policía? Yo no puedo vivir con este sentimiento de culpa encima… Todas las noches, en sueños, vuelvo a verlo… ¡A ÉL!

—¡Está muerto, Annette! —chilló la señora Martigny—. ¡Está muerto!

—¡Está muerto, tienes razón! —respondió la señora—. Y yo lo maté.

—¡No fuiste tú! —replicó la señora Martigny—. ¡No fue culpa tuya!

—Tiene razón, Annette… —dijo entonces la señora Fouchet.

Me miró y sonrió, avergonzada.

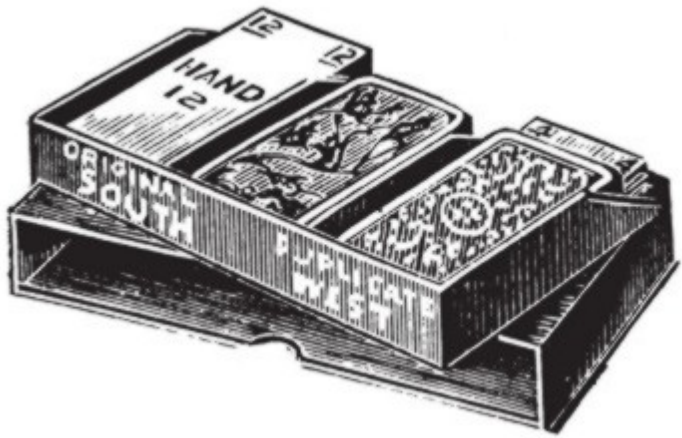
—No fue ninguna de nosotras tres. O, si lo prefiere, fuimos las tres.

Se levantó despacio de la mesa y tiró sobre el tapete verde las cartas de la baraja con que se disponían a jugar.

—Así es, queridos chicos, ¡tres asesinas en el mismo salón!

Capítulo 26

UNA HISTORIA DESAFORTUNADA



Había sucedido que aquel sinvergüenza de Julien Lascot se había presentado, con dos nombres y dos direcciones distintas, a la señora Martigny y a la señora Fouchet, ignorando que las dos eran buenas amigas. La técnica de Julien había sido similar en ambos casos: una bonita sonrisa, unos cumplidos galantes, flores, buena conversación, referencias cultas a la vida de ciudad, un pequeño simulacro para hacer creer que era un rico hombre de mundo… Trucos, todos, que tenían por finalidad introducirse en casa de las respectivas señoras.

Y una vez dentro de las casas, despojarlas de sus objetos valiosos. La señora Martigny no había sido robada, como ella había confesado, por un ladrón acrobático que se había colado desde el tejado, sino, simplemente, por un invitado que la había atrapado con el anzuelo de su amable conversación.

La señora había descubierto el robo mucho antes de hacerlo público. Cuando Julien había sido encontrado muerto, el collar ya había desaparecido hacía más de diez días, y la señora Martigny estaba buscando una manera de poder confesar a su marido que había sido tan ingenua como para dejar entrar en su casa a un

perfecto desconocido.

La señora Fouchet no había sido menos, salvo que para ella los objetos que faltaban en su casa eran más irrelevantes: un par de cubiertos de plata y dos pendientes de perlas. Pero, cuando había hablado con la señora Martigny, las dos amigas habían descubierto en seguida que el personaje que las había burlado durante aquellas semanas era, probablemente, la misma persona. Y en cuanto hablaron con la tercera amiga de siempre, habían descubierto que Julien también se había presentado hacía poco ante ella. Solo había sido un encuentro casual, pero la baronesa Gibard respondía a la perfección a la clase de mujeres que Julien perseguía: señoras elegantes, de cierta edad y muy ricas.

Le habían tendido una trampa, una cena en casa de la baronesa. El petimetre se había presentado a la puerta vestido con elegancia: chaqueta, camisa inglesa y gemelos. El mismo atavío con el que, un día después, había sido encontrado en la playa.

No sospechaba nada, sobre todo no sospechaba que, aquella noche, moriría en circunstancias realmente poco honrosas. Estaba tranquilo, casi arrogante; gracias al collar robado, había saldado sus deudas con Salvatore Macrì y pensaba que podría seguir comportándose como si nada.

Lo que ignoraba era la trama de secretos que se teje en las pequeñas localidades de veraneo para ricos, como Saint-Malo, donde las personas se conocían mucho más de cuanto las convenciones aconsejaban.

Una vez en casa de la baronesa Gibard, Julien se dio cuenta inmediatamente de que se había metido en una fea situación. Se encararon con él las tres señoras que había intentado embaucar, que lo acusaron de robo, y reaccionó como mejor pudo, rechazando las acusaciones.

La discusión subió de tono.

Y el altercado fue seguido de una rápida riña: un empujón de la baronesa Gibard, el pobre Julien que tropieza con el borde de una alfombra y acaba golpeándose violentamente la cabeza con el pico de un mueble.

Murió en el acto.

La primera reacción de las tres señoras fue, naturalmente, la de llamar a las autoridades, pero la señora Martigny pensó otra cosa.

La muerte accidental de aquel estafador, hábilmente camuflada como algo distinto, le permitiría tener una excusa con la que justificarse y esconder las circunstancias reales del robo de su collar. Las amigas le hicieron caso, sabían que el marido de la señora Martigny no le perdonaría nunca una ligereza así, y aceptaron llevar a cabo su ingenioso plan.

La casa de la baronesa Gibard daba directamente al mar y, atracada al muelle privado, había una barca. Las tres señoras transportaron el cuerpo de Julien hasta ella, le llenaron los bolsillos de piedras y se hicieron a la mar. Para simular mejor un suicidio, le metieron en el bolsillo una nota que la policía no había encontrado. Dada su inexperiencia marinera, tiraron el cuerpo en una zona en que la marea lo devolvió rápidamente a la orilla, y fue hallado incluso antes de que la señora Martigny hubiese podido denunciar el robo acrobático de la joya de la familia.

Se había hecho justicia. O al menos eso pensaban las señoras hasta nuestra llegada.

—Y ahora, ¿qué tenéis intención de hacer? —le preguntó a Sherlock la señora Martigny cuando terminaron de contar los hechos—. ¿Se lo diréis a la policía?

La pregunta quedó largo rato en suspenso en el aire perfumado de flores. Las tres ingenuas y plácidas señoras habían matado accidentalmente a un hombre y luego habían intentado ocultar su cuerpo con el único fin de salvar su respetabilidad.

Lo que habían conseguido, debido entre otras cosas a nuestra intervención, era que el inspector Flebourg desarticulara una banda de criminales que operaba en la ciudad. Una banda que contaba con contactos y traidores en las filas de los gendarmes. Las tres señoras (y nosotros con ellas) habían desencadenado una intervención inesperada y tal vez no deseada de la justicia, que había castigado o acorralado a culpables. Pero no a los verdaderos culpables de la muerte de Lascot.

—¿Que qué vamos a hacer, pregunta? —empezó a decir Sherlock—. Una sola cosa, créame. Descubrir toda la verdad. Incluidos los mínimos detalles de esta historia. Los que aguardan aún una explicación.

Y sin añadir más, desapareció por el pasillo a nuestra espalda.

Instantes después, yo grité, sobresaltando a la señora Martigny y

a sus invitadas en su elegante salón.

Agarré el brazo de Lupin.

De la penumbra del pasillo había visto surgir una silueta oscura que se había ido haciendo cada vez más nítida… ¡Era la figura encapuchada que había visto aquel día en la playa!

¿Qué hacía allí? ¿Y quién era?

Las explicaciones no tardaron en llegar. De debajo de la capa azul salió una sonora carcajada y un instante después apareció el rostro divertido de Sherlock Holmes.

—¡Sherlock! ¡Eres un maldito estúpido! —exclamé colérica.

—Permíteme que lo dude, querida mía… —replicó él—. ¡No se te habrá escapado que acabo de resolver el misterio del encapuchado azul! Que, de ahora en adelante, podemos llamar simplemente… ¡baronesa Gibard! —concluyó, mostrando, con un gesto teatral, el escudo de la familia de la noble dama cosido en la capa.

La baronesa abrió mucho los ojos y empezó a tartamudear.

—Oh, bueno, yo… Yo… Yo no…

—Cálmese, baronesa, y explíquenos —la invitó Lupin con voz tranquilizadora.

—Yo… En fin, después de lo que habíamos hecho… no conseguía estar en paz. No dormía por las noches y por el día me pasaba el tiempo caminando por la playa envuelta en esa capa oscura. Miraba sin cesar el mar, convencida de que, de un momento a otro, volvería a ver el cuerpo de François. Y he aquí que, de repente, mi pesadilla se hizo realidad… En la playa vi… vi…

La baronesa se echó a llorar y no pudo proseguir su relato.

Pero me había aclarado completamente el detalle de la misteriosa figura encapuchada que había visto aquel día en la playa.

La pregunta de la señora Martigny resonaba aún en el aire con su eco amenazador.

«¿Qué tenéis intención de hacer?», iba repitiendo aquel eco.

Lo que fuéramos a hacer no lo decidimos aquella tarde; no hubo tiempo, porque en ese preciso instante hizo su entrada, jadeando, la señora Holmes.

Se disculpó por el retraso diciendo que había tenido que hablar largo rato con un tozudo hombre de color y luego, en cuanto se

percató de que sucedía algo insólito, preguntó cándidamente:

—¿William? ¿Qué haces tú aquí?

Lupin y yo retrocedimos un paso esbozando una tímida sonrisa.

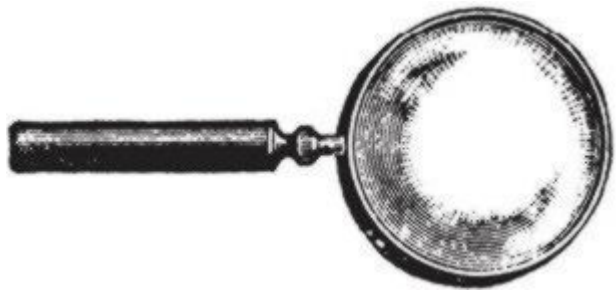
Sherlock sacó del bolsillo la baraja en la que faltaba la dama de picas y, con una envarada sonrisa, respondió:

—Hemos venido a traerte esta baraja. Debió de caerse cuando jugasteis en nuestra casa.

Dicho esto, se despidió.

Capítulo 27

EL ÚLTIMO MISTERIO



Hablamos con la policía. Mejor dicho, escribimos directamente al inspector poniendo mucho cuidado en no revelar nuestra identidad. Pero, de lo que sucedió en los días siguientes a nuestra resolución de los hechos, no trascendió nada, ni hubo más llamativas acciones policiales. Casi pareció que el caso del náufrago de la playa se hubiese olvidado deliberadamente, así como a los implicados. De esa manera, se dejó de hablar también del robo del collar de diamantes de la señora Martigny. En las semanas que siguieron a nuestra investigación, el grupito de jugadoras se deshizo y la señora Holmes tuvo que encontrar otras amigas con las que entretenerse en las largas tardes de verano. Las tres nobles damas dejaron de ser vistas en el pueblo y, si fueron arrestadas, la noticia no se divulgó.

De la suerte que corrieron las tres damas no sé nada más o, quizá, prefiero no decir nada más. Por lo que a mí respectaba, y por lo que respectaba a nuestra pandilla, habíamos alcanzado el objetivo que nos habíamos fijado, el descubrimiento de la verdad. Cómo se usara aquella verdad o a quién sirviera nos importaba poco.

Sherlock, Lupin y yo seguimos viéndonos, saliendo juntos y entrenándonos. Théophraste era un maestro excelente, pero con un lado oscuro que a veces me inquietaba. Prefería los momentos en que estábamos solos los tres dando puñetazos al saco o ensayando

los movimientos de distintas artes marciales.

A veces leíamos en voz alta los clásicos que más nos gustaban, recitándolos delante de los arrecifes de la casa Ashcroft. Otra veces preparábamos por turnos números de prestidigitación y luego intentábamos descubrir los trucos.

Fuimos a pescar con el hermano mayor de Sherlock, que demostró ser mucho menos incapaz de lo que él lo pintaba. Conocí también a su hermanita Violet, a la que le regalé uno de mis vestidos más pequeños.

Nuestras familias no se frecuentaban y nosotros procuramos que no lo hicieran. Habrían podido estropearlo todo como solo los adultos saben hacer, incluso de buena fe.

De aquella primera aventura nuestra quedaba pendiente un último y pequeño misterio. El misterio del fantasmagórico ladrón de los tejados que había hecho palidecer a Lupin cuando, en vista de sus capacidades acrobáticas, le había hecho dudar (lo supe mucho tiempo después) de que se tratara de su padre.

Pero el ladrón de los tejados no era su padre.

Dejad que os cuente esta última parte tal como la descubrí yo misma.

En la siguiente luna llena, Sherlock vino a buscarme a mi casa y me reuní con él inmediatamente utilizando el «atajo Lupin», es decir, la ventana.

Me acompañó por las calles de la ciudad vieja hasta cierta casa donde, con ayuda de unas ganzúas, abrió la puerta que daba a la escalera y subimos al tejado.

Durante todo el trayecto no dijo ni una palabra y respondió siempre con monosílabos a las preguntas que le hice.

Cuando estuvimos en lo más alto de la casa, Sherlock se sentó y esperó.

Descubrí lo que esperaba en cuanto la luna llena subió al cielo y el resto de la ciudad se durmió.

Vi la silueta negra y delgada de un hombre que se desplazaba lentamente por el tejado situado frente a aquel en el que nos encontrábamos.

El ladrón de los tejados.

Estaba allí, a pocos pasos de nosotros.

Parecía vernos e ignorarnos al mismo tiempo y seguía su camino

con una flema envidiable.

Solo que esta vez yo estaba lo bastante cerca para poder reconocerlo.

—¿El doctor Morgoeuil? —pregunté, incrédula—. Pero ¿qué está haciendo?

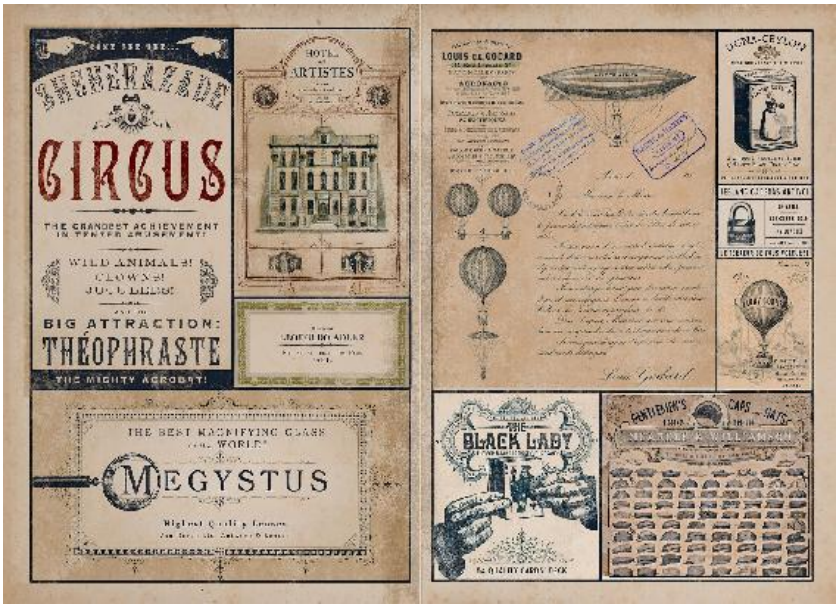
Sherlock, a mi lado, tenía aquella sonrisa burlona que con el tiempo terminé detestando. Sonreía así cada vez que alguien estaba a punto de tener que admitir que él había descubierto algo antes que los demás.

—Es sonámbulo —me aclaró—. Cada vez que hay luna llena sale a dar un paseo por los tejados.

El doctor Morgoeuil no estaba casado y vivía solo en la ciudad desde hacía más de cincuenta años. He ahí la explicación, muy sencilla, de la historia del legendario ladrón de los tejados.

Teníamos la sensación de haber descubierto todos y cada uno de los misterios de los que habíamos sido testigos. Y la certidumbre de no saber aún, en el fondo, nada de nosotros mismos.

Pero para saberlo faltaba aún mucho, mucho tiempo.


CIRCUS
THE GRANDEST ACHIEVEMENT
WILD ANIMALS!
CLOWNS!
BIG ATTRACTION:
THÉOPHRASTE
THE MIGHTY ACROBAT!
HOTEL
ARTISTES
THE BEST MAGNIFYING GLASS
MEGYSTUS
LOUIS CL. GODARD
THE
BLACK LADY
GENTLEMEN'S
CARS
GATS